www.flacsoandes.edu.ec

Ecuador: subdesarrollo y dependencia
por Fernando Velasco Abad.

Fernando Velasco.
27 de abril de 1949 –9 de septiembre de 1978

CONTENIDO

FLACSO - Biblioteca

pág.

Presentación..... VII
El pensamiento y la acción política de Fernando Velasco..... IX
Introducción..... 1
Desarrollo y subdesarrollo..... 5
El método de análisis del desarrollo..... 40
La herencia colonial..... 74
La vinculación al mercado mundial..... 119
La crisis y la búsqueda de nuevas soluciones..... 157
La nueva fase de la dependencia..... 201

PRESENTACION

FLACSO - Biblioteca

Este libro fue escrito por Fernando Velasco Abad entre 1970 y 1972. Constituyó su tesis para optar al título de economista en la Pontificia Universidad Católica del Ecuador. Sin embargo, es mucho más que una usual tesis estudiantil. Como el lector apreciará, en este texto el autor saldó cuentas con aquella "escuela" de pensamiento que reduce el estudio de la economía a una técnica despolitizada –en apariencia– y que confiere a países como el Ecuador la calidad de dependencias menores del Fondo Monetario Internacional.

Constatando que el desarrollo es la preocupación predominante en las ciencias sociales, el autor aprehende las limitaciones del desarrollismo y ataca su médula: la concepción de las clases dominantes sobre "su" desarrollo económico, el método de análisis de los economistas burgueses y el trasfondo del liberalismo filosófico en una línea economista que auspicia el capitalismo de Estado. Mediante el debate, Fernando Velasco logra ubicarse en una posición "histórico–estructural", asumiendo un punto de vista distinto sobre el origen y desenvolvimiento de nuestra formación social y del Estado ecuatoriano, asunto que es el tema más ampliamente enfocado en este trabajo.

Sin embargo, en *Ecuador: subdesarrollo y dependencia*, el autor no logra llegar más allá de lo que se denomina "vertiente de izquierda" de la Teoría de la Dependencia. En este sentido, en este texto Fernando Ve-

lasco aún es cepalino y dependentista. Pero, hay que decirlo, el texto es una importante muestra de su honestidad y rigurosidad intelectual, elementos substanciales de su personalidad, que lo condujeron a una activa militancia en las organizaciones gremiales y en la Izquierda.

El volumen trae un estudio preliminar de Alejandro Moreano*: *El pensamiento y la acción política de Fernando Velasco*, con el cual el libro adquiere su real dimensión y, a su vez, la figura de Fernando Velasco es medida en los límites de la circunstancia histórica –y teórica– que le tocó vivir.

Así, para la Editorial El Conejo, es halagador poder ofrecer este estudio que, junto con *Reforma Agraria y Movimiento Campesino Indígena de la Sierra* **, permite acceder a un pensamiento socialista con notabilísima perspectiva y que procedió de una vertiente poco usual, pero determinante, en la lucha social de América Latina: el humanismo cristiano que, en cortos años, se convirtió en el autor en un excelente gérmen de marxismo latinoamericano.

*Alejandro Moreano, sociólogo y ensayista, director de la Escuela de Sociología de la Universidad Central del Ecuador.

**Fernando Velasco, *Reforma Agraria y Movimiento Campesino Indígena de la Sierra*, Quito, Editorial El Conejo, 1979.

EL PENSAMIENTO Y LA ACCION POLITICA DE FERNANDO VELASCO

por ALEJANDRO MOREANO

I

Una de las características más sorprendentes del pensamiento y el estilo de Fernando Velasco es su claridad y sencillez; su transparencia. Y es que esa transparencia es expresión de otra, mucho más profunda y significativa: aquella que dice relación con la correspondencia inmediata y directa de su pensamiento con el movimiento general de la sociedad ecuatoriana.

En efecto, en el desarrollo de su pensamiento, en las condensaciones, virajes y desplazamientos del mismo, se puede leer de manera casi inmediata las viscisitudes del desarrollo político de las fuerzas sociales más avanzadas del Ecuador contemporáneo. Nadie como él para constituir un pensamiento tan extremadamente sensible a la vida. De allí que en los movimientos de su pensamiento y acción política se manifiesten de manera transparente las relaciones de fuerza de la sociedad ecuatoriana, en los terrenos social, político, ideológico.

Procedente de las filas del humanismo cristiano, una de las vertientes de pensamiento revolucionario de América Latina, Fernando Velasco atravesó diferentes fases y distintas concepciones: del humanismo al materialismo, de las ideas democristianas al socialismo revo-

lucionario, de las tesis de la CEPAL al análisis marxista de las estructuras del capitalismo dependiente, de las capas medias progresistas a la praxis revolucionaria de los trabajadores.

Por supuesto, ese periplo de Fernando Velasco no fue un mero producto de su voluntad política, honestidad personal y sed insaciable de conocimientos. Fue la expresión, mediada por esas grandes capacidades, del desarrollo objetivo de la lucha de clases. América Latina, a partir de la revolución cubana, y en menos de 20 años, ha atravesado y superado vertiginosamente épocas enteras del desarrollo político de la humanidad. De las mil y una noches a las corrientes de vanguardia, de la edad de piedra a la era atómica, América ha cantado al unísono los sones precolombinos, los cantos gregorianos, la Marsellesa y la Internacional. En estos 20 años, América Latina ha unificado la revolución francesa y la bolchevique, la formación auténtica de la nación y el internacionalismo militante de la clase obrera. Desarrollo desigual y combinado, amalgama de épocas distintas, sucesivas y simultáneas a la vez; mosaico, jeroglífico y rompecabezas: el movimiento real de la sociedad latinoamericana ha sido un motor extremadamente rico y múltiple para el desarrollo de un pensamiento político lleno de mutaciones y virajes, pero vivo y germinal.

Con la revolución cubana al principio y la revolución sandinista al final, estas dos décadas de América Latina han estado caracterizadas por transformaciones sustanciales en todos los órdenes y por una acción abierta y frontal de todas la clases.

En la subjetividad de Fernando Velasco, ese proceso se manifestó en su descubrimiento progresivo del marxismo y la radicalización creciente de su compromiso político.

II

Sin duda alguna, el proceso de acumulación originaria y desarrollo del capitalismo latinoamericano ha seguido un curso tempestuoso y magnético.

La revolución mexicana y la épica campesina de Villa y Zapata; la gesta de Sandino; las álgidas luchas contra las tiranías del Caribe y los desembarcos imperia-

listas; la huelga general insurreccional contra Machado; el gobierno antiimperialista de Antonio Guiteras; la "república socialista" de Marmaduke Grove; el gobierno nacionalista y revolucionario de Jacobo Arbenz; la revolución boliviana del 52; la insurrección popular contra la tiranía de Pérez Jiménez en Venezuela: he allí algunos de los principales hitos de la gran marejada revolucionaria, democrática y antiimperialista de los pueblos de América.

Sin embargo, el desarrollo del capitalismo no siguió esa vía democrática abierta por la gran revolución campesina del México de Villa y Zapata. Por el contrario, las burguesías latinoamericanas no se encaramaron en el poder en la cresta de la oleada revolucionaria de sus pueblos, sino en la punta de las bayonetas de los ejércitos criollos y de los *marines* yanquis, y con las manos mancilladas en la sangre de sus pueblos. La época burguesa de América Latina ha estado caracterizada por una suerte de contrarrevolución permanente que ha conducido a la consolidación de la dominación imperialista, al fortalecimiento de la maquinaria estatal y los cuerpos de seguridad, y a la constante represión a las masas populares. Más aún, las burguesías latinoamericanas, reaccionarias sin haber sido revolucionarias, envejecidas antes de haber llegado a la pubertad, iniciaron su ocaso histórico sin haber resuelto las tareas fundamentales de toda transformación burguesa: la democracia y la soberanía nacional.

La revolución cubana fue el gigantesco acontecimiento histórico que desnudó el carácter de la burguesía de América Latina, inició el derrumbe de la misma y los albores de una nueva etapa histórica.

En efecto, gestada como revolución democrática —por su programa y por la configuración del frente de clases— la epopeya de Fidel desencadenó una violenta confrontación interna e internacional que abrió el camino del socialismo al pueblo cubano y alteró sustancialmente la perspectiva histórica de todos los movimientos revolucionarios de América Latina. La dialéctica social comprendida entre enero de 1959 y abril de 1961, entre el febrero y el octubre cubanos, reveló que sólo el socialismo es capaz de llevar hasta el fin las transformaciones

agrarias, democráticas y antiimperialistas, y que las burguesías latinoamericanas son enemigas de sus propias banderas.

Mas, a pesar de abrir las puertas del socialismo para América Latina, la revolución no influyó de manera inmediata en el fortalecimiento de la clase obrera en la perspectiva de una oleada de revoluciones proletarias. Al contrario, sus ondas sonoras llegaron a otros oídos receptivos: la intelectualidad, la juventud patriótica, las alas radicales de los partidos y movimientos nacional-reformistas –APRA, Acción Democrática, el peronismo– y sectores del ejército y la Iglesia: los rebeldes de Carúpano y Puerto Cabello, las guarniciones de Yon Sosa y Turcios Lima, las filas del capitán Lamarca, el grupo Golconda, Domingo Lain, Camilo Torres... Es decir el ala jacobina del movimiento político e ideológico general de la sociedad burguesa.

Dicho proceso político obedecía, sin duda, a la peculiar configuración de clases y sistema de contradicciones sociales que la vía junker, reaccionaria y neocolonial del capitalismo, había engendrado hasta los años 60 en la mayoría de las formaciones sociales de América Latina, marcadas aún por la dominación imperialista y la supervivencia de estructuras precapitalistas en la producción agraria y de rasgos despóticos en el Estado. Producto de todo ese proceso político y de la realidad social fue la formación en casi toda Latinoamérica de Frentes de Liberación Nacional.

Mas, las burguesías criollas y el imperialismo implementaron una estrategia –reformas combinadas con la represión– tendiente a quebrar las bases materiales de los Frentes de Liberación Nacional. La reforma agraria para acelerar la diferenciación del campesinado, la consolidación y modernización de la maquinaria estatal burguesa, la industrialización a marchas forzadas, la incorporación de la pequeña burguesía a la dinámica del desarrollo capitalista, fueron algunos de los principales componentes de esa estrategia político–militar de los Frentes de Liberación Nacional –guerra campesina, detonada por el foco guerrillero de la intelectualidad revolucionaria, que se combina en los últimos trechos con las huelgas

insurreccionales de la ciudad– perdió su base material y su horizonte social. La intelectualidad jacobina se quedó finalmente sola y aislada en su maravilloso asalto al cielo.

Esa contradicción y límites del movimiento revolucionario, fue superada en la década del 70 con la emergencia histórica del proletariado, y la constitución de un nuevo bloque histórico y de otra dirección de clase del mismo. Hasta entonces, la fuerza social y política motriz del desarrollo del pensamiento revolucionario fue la democracia nacional, la intelectualidad jacobina, las corrientes radicalizadas de la Iglesia y de los viejos partidos nacional-reformistas de la burguesía. De hecho, esa base social abrió un horizonte de visibilidad para el surgimiento y desarrollo de un amplio espectro de corrientes no-marxistas en el seno del pensamiento revolucionario.

Además, la efervescencia política de las clases y capas intermedias de la sociedad, provocó efectos pertinentes en el desarrollo del pensamiento burgués y en la conformación de un poderoso "suelo ideológico intermedio" cuyos componentes fundamentales fueron el eclecticismo y el desajuste entre contenidos teóricos liberales y formulaciones políticas socialistas.

Expresión del conjunto de esas determinaciones fue el desarrollo, en la década del 60, de varias corrientes de pensamiento revolucionario no marxista –castrismo, maoísmo, nacionalismo revolucionario, teología de la liberación, anarquismo...– y el surgimiento, en el seno del pensamiento oficial, de una tendencia en progresiva radicalización y que desembocó en la llamada vertiente de izquierda de la Teoría de la Dependencia.

Ese movimiento intelectual estuvo, además, sobredeterminado por un poderoso movimiento ideológico a escala mundial, generado por la revolución vietnamita, la descolonización africana, la crisis del movimiento comunista internacional, la rebelión de las minorías nacionales, especialmente el Poder Negro en Estados Unidos, el Mayo francés... A pesar de sus obvias diferencias, ese movimiento estuvo generado por una múltiple gama de fuerzas sociales, entre las cuales el proletariado no fue la hegemónica y dirigente. De allí el amplio espectro de co-

rrientes ideológicas no marxistas y el renacimiento revolucionario de las ideas anarquistas y humanistas en el interior de dicho movimiento, cuyos símbolos fueron Frantz Fanon, Jean Paul Sartre y Herbert Marcusse.

Es muy sintomático que la mayoría de esas corrientes intelectuales hayan invocado, explícita o implícitamente, el pensamiento del joven Marx. Sin duda, esa invocación es la expresión de aquello que Sartre señaló: el marxismo es la filosofía del mundo moderno, la atmósfera o el campus problemático en cuyo interior gira todo pensamiento. Pero, el joven Marx es también el signo de un momento histórico en que la lucha de clases ha creado el horizonte social propicio para la "ruptura epistemológica", y la constitución del materialismo histórico como hecho social y teórico a la vez. Ese momento y horizonte social propicio no es otro que la emergencia de la clase obrera a la escena social y política como fuerza capaz de dirigir la sociedad y la historia.

Y es evidente, tal como lo hemos señalado, que hacia fines de la década del 60 y comienzos de la del 70, América Latina se vio sacudida en sus cimientos por la presencia revolucionaria de la clase obrera que, por primera vez en su historia, se presentaba a la palestra como real alternativa de poder y dirección de la sociedad. Ese proceso que permitió superar la crisis de dirección política provocada por la quiebra social y política de la democracia nacional, abrió también el horizonte de visibilidad social para el surgimiento del marxismo y la superación de las anteriores corrientes revolucionarias no marxistas.

Se argüirá, empero, que el materialismo histórico en tanto ciencia de la historia, tiene cien años de existencia, y que desde Mariátegui, Mella y otros grandes pensadores marxistas, existe un movimiento teórico marxista. Nosotros no negamos –¿cómo podríamos hacerlo?– esa verdad, pero sostenemos que hasta los 70, el pensamiento marxista era secundario y subordinado a otras corrientes, y profundamente infiltrado por las mismas. Es en los momentos actuales que el marxismo se ha convertido en un poderoso movimiento hegemónico en la escena intelectual y política.

Y es que el marxismo no es un conjunto de verdades esenciales y metafísicas depositadas para siempre en los libros sagrados. La misma lectura de El Capital y otros textos, es un proceso condicionado históricamente por el grado de desarrollo de la lucha de clases. No es por azar, o fruto de maniobras editoriales o académicas, que durante los 60 los libros clásicos del marxismo hayan sido muy poco leídos por los dirigentes e ideólogos de la izquierda latinoamericana –Fanon, Sartre, Mao Tse Tung, Marcusse, Baran, Sweezy, Nkrumah, fueron los autores preferidos– y que esa lectura se haya convertido en un movimiento colectivo en la década del 60. Entre una y otra década media el Cordobazo, la Asamblea del Pueblo, la revolución chilena. Es decir, la presencia por primera vez en la historia de Latinoamérica del proletariado como fuerza social independiente y revolucionaria.

De allí que una mirada retrospectiva encuentra en las corrientes ideológicas latinoamericanas de la década del 60, cuyo fundamento social fue la democracia revolucionaria, el gran movimiento intelectual previo y necesario al surgimiento social del marxismo. Sería muy interesante realizar un análisis comparativo del campus problemático común entre el núcleo teórico de las corrientes revolucionarias de los 60 en América Latina, el populismo ruso, y la izquierda hegeliana, el socialismo utópico francés y la economía política que antecedieron a la fundación del materialismo histórico y cuyo signo de síntesis previa a la ruptura fue el joven Marx. ¿Acaso en la Teoría de la Dependencia no encontramos una gran maduración del pensamiento cepalino; en las tesis de Debray sobre el foco guerrillero la concepción de la idea absoluta de la revolución que se realiza progresivamente en la historia hasta devenir guerra de todo el pueblo; en gran parte de las formulaciones estratégicas de la Izquierda de los 60 una presencia remozada de las utopías revolucionarias? Preguntas cuya respuesta merece indudablemente un largo análisis, pero que lo traemos a colación aquí para situar el marco ideológico conflictivo que explica las mutaciones y desarrollo del pensamiento de Fernando Velasco.

El período comprendido entre el Cordobazo ar-

gentino y la formación de los Cordones Industriales de la revolución chilena, viene a constituir el 1848 latinoamericano. Es decir, el hito histórico que abrió la nueva época anunciada por la revolución cubana. La época de la formación marxista del pensamiento latinoamericano y su unidad con la clase obrera.

El origen y el desarrollo del pensamiento y la praxis de Fernando Velasco se sitúan, precisamente, en la fase de transición de las corrientes ideológicas revolucionarias no marxistas al período de la lenta producción del pensamiento marxista. En efecto, entre 1968 y 1973, el pensamiento de Fernando Velasco estuvo dominado por las corrientes cepalinas y la Teoría de la Dependencia en el nivel económico; las tesis radicales de la Democracia Cristiana en el terreno político; y el humanismo cristiano de la CELAM, y de la Declaración de Medellín de la Iglesia Católica en el plano ideológico.

Educado en el seno de la ideología católica, Fernando Velasco siguió la línea evolutiva de los grupos cristianos conmovidos por la crisis del viejo aparato conservador de la Iglesia, los vientos renovadores del papado de Juan XXIII y el Concilio Ecuménico Vaticano, y el surgimiento de corrientes progresistas y aún revolucionarias en el seno de la Iglesia. Junto a ellos participó en acciones sociales en el pueblo, bajo la guía de las tesis de la Pedagogía de la Liberación de Paulo Freire; y, organizó el "secuestro" del párroco progresista de la iglesia de Iñaquito de apellido Camarata para impedir su traslado a España. De hecho, sus primeros pasos en la comprensión política del mundo, tenía que darlo en el seno de la atmósfera ideológica en la cual se había formado.

Será a partir de 1973, y en correspondencia con su creciente compromiso sindical y político con el movimiento obrero y popular, que se producirá el vigoroso viraje de Fernando Velasco hacia las posiciones revolucionarias teóricas y prácticas del marxismo. Transformación intelectual marcada por la peculiar forma que asumió en el Ecuador la transición histórica latinoamerica-

na a la que hemos aludido.

III

La crisis de la vieja Iglesia reaccionaria y semifeudal no fue más que uno de los índices de la crisis general de la vieja República del capital comercial y de la gran propiedad agraria, iniciada en los años 60.

El viejo régimen oligárquico, fundado en la producción agraria de exportación y en el sistema de hacienda de los Andes, había sufrido una grave erosión política con la llamada revolución popular del 44. La "Gloriosa", si bien débil como revolución agraria y campesina y mediatizada por una dirección liberal y parlamentaria liquidó, empero, el espectro de un régimen despótico a la manera de las tiranías del Caribe y perfeccionó la maquinaria estatal capitalista. De esa manera, el Estado consolidó su capacidad para absorber los movimientos sociales que surgirían de la gran telaraña de relaciones precapitalistas sobrevivientes. Es decir, en el 44 se abrió una larga época de contrarrevolución girondina que tuvo en el "placismo" su dirección política y concluyó con la consolidación del gobierno de Jaime Roldós.

Por eso, la crisis social y política general, detonada por la crisis del banano, encontró en el gobierno directo del aparato estatal, la Junta militar del 63–66, el instrumento idóneo para resolverla en favor del desarrollo y profundización del capitalismo y la consolidación de la burguesía. Las rebeliones campesinas y el auge de un movimiento antiimperialista de masas, fueron derrotados finalmente en base a una vieja receta reaccionaria: represión al movimiento radical de la sociedad y absorción de sus efectos en un programa de reformas dirigidas desde y por la maquinaria estatal.

Y es que la Junta militar había logrado remover algunos obstáculos para un mayor y más libre desarrollo del capital y surgimiento de nuevas fuerzas burguesas; y, en consecuencia, estrechar considerablemente el marco social y político para el fortalecimiento del jacobinismo revolucionario. De hecho, el Ecuador fue uno de los pocos países latinoamericanos en que los movimientos

guerrilleros nunca lograron echar raíces y consolidarse, evaporándose en escarceos y manotazos al aire.

Esa debilidad del movimiento insurreccional y del "castrismo" revolucionario del Ecuador, pesaría duramente en el desarrollo ulterior del pensamiento y la praxis políticos de las fuerzas más avanzadas del país. No solamente que permitiría a la burguesía tener las manos libres para conducir sin escollos la política ecuatoriana en los años 70 sino que, a partir del 68, provocaría un gran vacío político e ideológico que sólo empezaría a ser colmado varios años después. En efecto, luego de la derrota de Ñancahuazú y de los frentes guerrilleros rurales de América Latina, los movimientos similiares del Ecuador se disolvieron sin haber forjado un centro de condensación histórica, teórica y práctica, que se acumule en la memoria revolucionaria del pueblo. Nada; bastó que la dictadura de Velasco Ibarra clausurara las universidades para que los grupos que se proclamaban portadores del proyecto guerrillero se desmoronaran en escombros y migajas.

De allí que, cuando Fernando Velasco insurge en la vida intelectual y política, a fines de la década pasada, un pesado silencio, una capa de polvo y ceniza envuelve a la izquierda revolucionaria, incapaz de crear la atmósfera política necesaria para concentrar a la intelectualidad más avanzada de la sociedad.

Tal fue una de las razones fundamentales de que en la década del 70 hayan surgido nuevas fuerzas revolucionarias —que tuvieron en Fernando Velasco uno de los principales organizadores y dirigentes— sin continuidad alguna con los movimientos de los 60. Nuevas fuerzas, producto del ingreso de la clase obrera a la escena social en medio de un auge significativo del movimiento de masas, especialmente campesinas, y de un movimiento ideológico peculiar, sin conexión con el pensamiento de los Frentes de Liberación Nacional y que tuvo su origen más bien en las concepciones y en la práctica de los círculos cristianos revolucionarios y en la llama-

da vertiente de izquierda de la Teoría de la Dependencia.

En efecto, en el Ecuador fueron las tesis de Teothonio dos Santos y Ruy Mauro Marini, la Pedagogía del Oprimido de Paulo Freire, la Teología de la Liberación– las fuentes originarias del pensamiento de Fernando Velasco –antes que la tesis de los Frentes de Liberación Nacional y la teoría del foco guerrillero de Regis Debray o las concepciones de Frantz Fanon, o Mao Tse Tung, los principales componentes de ese momento teórico previo y necesario para la ruptura teórica del marxismo. Ruptura cuyas condiciones sociales de posibilidad fueron reabiertas a partir de 1972, con el resurgimiento histórico de la clase obrera ecuatoriana.

A pesar de todas las reformas realizadas, la Junta militar de los 60 no logró resolver los principales problemas que permitan la consolidación de la burguesía como una real y estable dirección histórica de la sociedad: el problema agrario, la afirmación nacional y la reforma o modernización de los mecanismos políticos e ideológicos de legitimación "democrática".

Por eso, las fuerzas políticas de la vieja República, erosionada y en proceso de descomposición lograron, sin embargo, derrocar a la Junta militar de 1963 y retardar, aunque epidérmicamente, el proceso de modernización general de la sociedad burguesa. Empero, pocos años más tarde, el *boom* petrolero permitiría, a un nuevo gobierno del aparato estatal dirigido por el general Rodríguez Lara, resolver dichos problemas. En efecto, los contenidos centrales de la política de dicho gobierno fueron la incentivación política, jurídica y económica, para la culminación de la transformación junker de la agricultura serrana; el reformismo nacionalista en materia petrolera; la quiebra de las bases materiales del viejo poder oligárquico; y, el estímulo al fortalecimiento de nuevas fuerzas económicas y políticas de la burguesía, capaces de reorganizar las formas de dominio político. Fue en el marco de esa política reformista de Rodríguez Lara

que se produjo el poderoso auge y radicalización del movimiento de masas manifestado en los sucesivos virajes radicales de la CEDOC y, en menor grado, de la CEOSL; la unidad de las tres Centrales; los poderosos desfiles unitarios del 1ro. de mayo y las dos grandes huelgas generales.

Reformismo burgués y ascenso decisivo del movimiento de masas y del proletariado: he allí los condicionamientos históricos de la transformación marxista del pensamiento de Fernando Velasco, el desarrollo de una nueva corriente de pensamiento socialista y la formación de las fuerzas revolucionarias del 70, particularmente la Izquierda Cristiana y el Movimiento Revolucionario de los Trabajadores (MRT).

IV

Desde 1973-74, hasta su trágica muerte el 9 de septiembre de 1978, la vida de Fernando Velasco estuvo totalmente ligada a tres procesos fundamentales, cuya unidad es el motor de la izquierda ecuatoriana: el fortalecimiento de la unidad y lucha de las tres grandes Centrales Sindicales nacionales, especialmente la CEDOC; el desarrollo del pensamiento marxista cuyo objeto central es la lucha de clases del actual Ecuador; y, como expresión aún débil e incompleta de un proceso de fusión también débil e incompleto de los dos procesos anteriores, la formación de un nuevo movimiento revolucionario, el MRT, y la unidad del conjunto de la Izquierda.

Su compromiso con la lucha sindical y política de los trabajadores es, sin duda, el eje central de la vida de Fernando Velasco y el motor del desarrollo de su pensamiento. En sus funciones de dirección de la CEDOC y de organización y dirección del MRT, jugó un papel importante en la orientación de la lucha general de los trabajadores ecuatorianos.

Los años siguientes al golpe militar de Rodríguez Lara fueron años decisivos en la formación del movimiento popular del Ecuador. Fiel a su carácter de clase, el gobierno militar buscó afirmar una base campesina de masas para debilitar a las viejas fuerzas oligárquicas, rom-

per los obstáculos económicos y políticos al desarrollo del capital y neutralizar y contener a la clase obrera. Así, mientras seguía una línea reformista y nacionalista en materia agraria y petrolera, dictaba un conjunto de medidas, entre ellas los decretos antiobreros, tendientes a represar al movimiento obrero en los límites necesarios a las nuevas modalidades de acumulación capitalista.

De allí que en los años 74 y 75 se produjo un auge significativo de las huelgas y acciones obreras que llegaron incluso a delinear nuevas formas de organización y lucha que desbordaban el aparato sindical clásico. Más aún, esa efervescencia en las bases obreras impulsó un proceso de presión creciente sobre las dirigencias reaccionarias de la CEOLS y la CEDOC, para articular la unidad que se estaba gestando en las luchas concretas. El primero de mayo de 1974 se produjo el primer desfile unitario de las tres Centrales, y de esa formidable demostración de fuerza, el movimiento obrero surgió con un gran peso y presencia en la escena política.

La CEDOC fue, sin duda, el centro neurálgico en que se condensaron los principales contenidos motrices del auge del movimiento de masas, y el escenario de la principal lucha ideológica en el seno de los trabajadores, cuyo resultado fue decisivo para la perspectiva general de la lucha. El sucesivo desplazamiento de las direcciones conservadora, burocrática y demócratacristiana y la emergencia de una joven dirección forjada en los combates directos de clase, surgida de las entrañas mismas del trabajo y con una orientación socialista, fue sin duda alguna el eje y el elemento articulador de la unidad de las tres Centrales, la formulación del Programa General de los 9 puntos y la línea estratégica de las grandes huelgas generales. En todo ese proceso, la labor orientadora de Fernando Velasco fue de singular importancia.

En el curso general del auge de la lucha de masas de aquel período el movimiento campesino tuvo un papel peculiar. Sin duda alguna, la vía junker impulsada por el Estado había tramontado los escollos en que la lucha de clases podía desembocar en una movilización general y revolucionaria del campesinado. Las principales

zonas de tensión y relaciones sociales conflictivas habían sido resueltas hasta el 70, con la abolición de las diversas formas de renta pre-capitalista. De hecho, la llamada "hacienda moderna emergente" –en la terminología del informe del CIDA, el libro que por lo demás sirvió de guía intelectual de las reformas burguesas*–, beneficiaria de una alta renta diferencial, se convirtió en el eje indiscutido de la nueva estructura productiva del agro. La nueva fase de la reforma agraria burguesa, iniciada en los 70, tuvo por objetivo resolver los problemas de las zonas atrasadas en las cuales imperaban las "haciendas tradicionales en descomposición", represando la lucha campesina en la periferia de la hacienda capitalista y convirtiéndola en mecanismo de presión para la modernización general de los terratenientes. La ley agraria del 73 y los mecanismos de extinción de dominio y reversión de tierras, fueron la expresión jurídica de ese proyecto.

Dentro de ese marco político y jurídico, la lucha campesina, bajo la forma predominante de la toma de tierras, y que venía desarrollándose desde la década pasada, tuvo un auge significativo. El movimiento campesino Ecuarunari ** y, sobre todo la FENOC***, se constituyeron en la forma organizativa y centralizadora de ese vasto movimiento. Sin duda, la perspectiva de aquello que Andrés Guerrero ha dado en llamar vía campesina subordinada, no rebasaba los marcos de la vía prusiana dominante, pero constituyó uno de los vectores de la gran movilización de la época y el fondo agitacional necesario para la elaboración de una línea revolucionaria para el problema agrario y el movimiento campesino en general. Fernando Velasco estuvo profundamente ligado a las luchas de la FENOC –encontró la muerte precisamente en el cumplimiento de una de sus tareas–. De ese profundo compromiso social y político surgieron nuevos artículos, folletos y el libro *Reforma Agraria y*

*Comité Interamericano de Desarrollo Agrícola (CIDA), *Tenencia de la Tierra y Desarrollo Socioeconómico del Sector Agrícola, Ecuador*, Washington, D.C., Unión Panamericana, 1965.

** Ecuarunari. Ecuador Runacunapac Riccharimui.

***FENOC. Federación Nacional de Organizaciones Campesinas.

Movimiento Campesino Indígena de la Sierra, esfuerzos fundamentales por comprender la dinámica de la lucha de clases en el agro en el curso de la reforma agraria y por delinear los contenidos centrales de una estrategia revolucionaria.

Forjado en el compromiso militante con la lucha gremial de los trabajadores, Fernando Velasco sintió la necesidad de trabajar denodadamente por crear las condiciones para la construcción de la organización política de la lucha obrera y popular. Tal como él dice:

> "El carácter sindical de nuestra acción nos ha ligado estrechamente a las masas, y ha posibilitado una experiencia que la sintetizamos en planteamientos político-organizativos que pueden ser una primera respuesta de la izquierda socialista. Pero también ha generado una peligrosa confusión entre el nivel sindical, característico de la lucha reivindicativa, y el nivel político propio de la lucha revolucionaria. Creemos que es ésto lo que debemos superar urgentemente. Asumiendo, en general, como correcta nuestra práctica anterior. DADAS LAS CONDICIONES EN QUE ACTUAMOS, es evidente que ha llegado el momento de dar un salto cualitativo".*

Esta comprensión permitió a Fernando Velasco iniciar el segundo gran viraje en su práctica y en su pensamiento. Si en 1972-73 se desplazó de la acción social de los grupos cristianos bajo una concepción demócrata-cristiana a la participación en la lucha directa de los trabajadores, en 1975-76 se desplazó a la acción política revolucionaria conciente: el activista sindical devenía en militante revolucionario.

Pero, ese viraje no fue un hecho casual. Marx ha señalado que los comunistas son aquellos que en cada lucha concreta, en tiempo y espacio, hacen valer los inte-

*Fernando Velasco, *Las nuevas condiciones económicas y políticas del Ecuador y la respuesta de la clase trabajadora*, Quito, CEDOC, mimeo, 1976.

reses históricos y universales del proletariado. De hecho, toda acción de los trabajadores deja un sedimento, un resumen de sí misma, cuya acumulación es el Partido revolucionario. La intensa lucha social de los años 74-76 necesariamente debía condensarse y resumirse en una suma de cuadros revolucionarios forjados por la misma. A partir de entonces el compromiso fundamental de Fernando Velasco fue desarrollar la organización del MRT en el marco general de la unidad de la izquierda.

V

La producción intelectual de Fernando Velasco cubre una variedad de gamas: el carácter de la formación social ecuatoriana y de su historia, el problema del imperialismo y la lucha nacional, las transformaciones agrarias y el movimiento campesino, la formación de un sindicalismo clasista y revolucionario, la relación entre la vanguardia política y los sindicatos, la educación ideológica y política de las masas, problemas de la táctica y la estrategia. Es decir, los principales problemas teóricos y políticos, cuya correcta comprensión es fundamental para la organización y dirección del proceso revolucionario.

En el presente libro *Ecuador: subdesarrollo y dependencia*, en el capítulo *La estructura económica de la Real Audiencia de Quito* del libro *Ecuador, pasado y presente*,* Fernando Velasco enfrenta el problema del carácter de la formación social ecuatoriana y de su historia. Difícil y complejo problema que ha suscitado un amplio movimiento teórico e investigativo en los últimos diez años y en el cual han participado múltiples intelectuales.

En el momento en que dichos textos fueron escritos, predominaba en el pensamiento social latinoamericano y ecuatoriano, la corriente denominada Teoría de la Dependencia.

Dicha teoría fue el producto de los efectos que la

*Fernando Velasco, et.al., *Ecuador: pasado y presente*, Quito, Instituto de Investigaciones Económicas, Editorial Universitaria, 1975.

crisis del movimiento revolucionario de los 60, el debilitamiento general de los Partidos Comunistas, el curso socialista de la revolución cubana, la contrarrevolución impulsada por el imperialismo y la emergencia de la clase obrera y de los movimientos guerrilleros urbanos, produjo en el pensamiento oficial progresista. La mayoría de los estudiosos de la dependencia provenían de los países del Cono Sur y de organismos internacionales como la CEPAL. Mediada, y aún invertida, por su núcleo teórico no marxista, dicha teoría resaltó –sin embargo– un fenómeno histórico fundamental: el predominio del modo de producción capitalista en el proceso de internacionalización creciente del capital; la modificación consecuente de las formas de dominación imperialista en la composición de las clases y en la formación del bloque histórico revolucionario, y la necesaria reformulación de la estrategia revolucionaria que dicha realidad entrañaba.

Sin duda, se cargaron las tintas sobre el carácter de la revolución a partir de una inferencia puramente lógica y deductiva del concepto de capitalismo, sin considerar en profundidad el carácter reaccionario y neocolonial del capitalismo latinoamericano que destacaba las tareas democráticas y antiimperialistas prioritarias de toda lucha revolucionaria. Sin duda, se subvaloró la eficacia específica de las contradicciones motrices y la lucha de clases internas en el desarrollo de cada una de las formaciones sociales, solamente a partir de cuyo conocimiento se puede elaborar una línea revolucionaria. Sin duda, el eclecticismo conceptual y la utilización de un andamiaje de categorías de la sociología weberiana y de la economía clásica indujeron a serios equívocos y limitaron la eficacia teórica de sus análisis.

Errores todos ellos provenientes del carácter de clase del movimiento ideológico en cuyo seno se gestó la Teoría de la Dependencia. Empero, las formulaciones substanciales de la misma, que hemos señalado, cambiaron de manera decisiva e irreversible el pensamiento revolucionario latinoamericano.

Tributarios originalmente de las "virtudes" y "defectos" de la Teoría de la Dependencia, dichos escritos de Fernando Velasco constituyen un aporte invalorable

al conocimiento de la formación económico-social ecuatoriana. Estudios posteriores han superado muchas de sus limitaciones. Pero, sin el marco histórico general, la periodización establecida y la formulación de algunas leyes fundamentales, producidas por dichos escritos, esos nuevos estudios no hubieran podido producirse. Fernando Velasco es, indudablemente, uno de los principales fundadores de la nueva sociología ecuatoriana. Queda en pie, además, una gran lección, insuperada y aún olvidada por los nuevos investigadores: la preocupación fundamentalmente política en la investigación, el conocimiento de los diversos niveles y leyes de la estructura de la sociedad ecuatoriana y de su historia con el objetivo de formular científicamente una estrategia revolucionaria.

El análisis del problema agrario, formulado en su libro *Reforma Agraria y Movimiento Campesino Indígena de la Sierra* es, sin duda, el mejor aporte de Fernando Velasco al pensamiento marxista ecuatoriano y el mejor estudio político sobre el tema. Respecto a los anteriores escritos varios años antes, constituye la expresión del desarrollo del pensamiento de Fernando Velasco en correspondencia con el desarrollo de la lucha social.

Otros estudios sobre las transformaciones agrarias de las dos últimas décadas, especialmente los de Andrés Guerrero, han demostrado con rigor científico el carácter general del proceso y las principales determinaciones económicas del mismo. Pero el libro de Fernando Velasco eleva esos análisis al plano político, los desarrolla en la comprensión de la lucha de clases gestada en el curso de la llamada reforma agraria, y descubre lo que es consubstancial al pensamiento leninista: la estrategia y la táctica de las diversas clases y sus representantes políticos.

Así, a partir de la formulación de las categorías básicas del análisis marxista en el capítulo II, el capítulo III, "La estructura agraria de la Sierra antes de 1964", analiza las contradicciones económico-sociales principa-

les que llevaron a todas las clases de la sociedad ecuatoriana a plantearse la resolución del problema agrario desde su propia perspectiva e interés. Indagar cuál es la contradicción fundamental, el carácter del sistema de hacienda, las tendencias en gestación y las posibles alianzas de clase, constituye el objetivo central de Fernando Velasco en interés de resolver los errores o aciertos de la dirección del movimiento campesino de aquella época, para extraer las lecciones necesarias para el futuro.

La conclusión política primaria que extrae Fernando Velasco de su análisis del ingreso terrateniente, la articulación de formas productivas diferentes y la inserción de la hacienda en la economía capitalista predominante a nivel global, es de una extraordinaria importancia: "Concluyendo, podemos afirmar que los hacendados tradicionales no constituían una fracción de la burguesía, pero tampoco eran una clase antagónica a ella. Sus contradicciones eran secundarias y, como señala Guerrero, se subsumían en la participación orgánica de los hacendados en la reproducción ampliada del modo de producción capitalista" (*Reforma Agraria*..., pp. 58-59).

A partir de esa conclusión, Fernando Velasco, en el capítulo IV, "La lucha por la reforma agraria 1964-78" cuestiona la estrategia dominante en la conducción del movimiento campesino de la época, según lo cual, en sus palabras "... apunta hacia una alianza con una hipotética burguesía nacional, antifeudal y antiimperialista" y que en la presente etapa se alinearía junto a las fuerzas del pueblo. En esta perspectiva, cobraría sentido la lucha que persigue fundamentalmente incidir en la contradicción al interior de las clases dominantes. Se buscaría fortalecer a la fracción progresista actuante al interior del gobierno de Rodríguez Lara, en detrimento de la oligarquía tradicional, para agudizar una contradicción que se resolvería a través de la "revolución nacional liberadora". "Sin embargo –concluye– tal como los porfiados hechos parecen demostrarlo, dada la hegemonía del modo de producción capitalista, dentro de la formación social ecuatoriana no existe ninguna contradicción de carácter antagónico entre la burguesía industrial y los terratenientes". (*Reforma Agraria*..., pág. 113).

De hecho, la vía junker concreta que siguió el capitalismo en el campo, prueba fehacientemente la corrección de la tesis de Fernando Velasco. La burguesía condujo las transformaciones operadas sin un conflicto de vida o muerte con la vieja clase terrateniente, a la cual, incluso, estimuló a modernizarse. De allí que, actualmente, una vez superados los principales escollos al desarrollo del capital en el campo, la burguesía ha puesto fin a la Reforma Agraria, es decir, a toda reforma de la propiedad y, en su lugar, ha levantado la tesis del desarrollo y fomento agropecuarios. Es decir, la paz social necesaria para el desarrollo de las inversiones en la agricultura. La propiedad burguesa de la tierra se ha erigido en el nuevo baluarte de la sociedad.

De acuerdo a esa comprensión justa, Fernando Velasco se planteó en numerosos artículos el problema de los nuevos contenidos de una línea estratégica revolucionaria del movimiento campesino. Si bien la vieja aspiración por la tierra, a través de la liquidación de los latifundios y la expropiación sin pago de la tierra, sigue en pie, nuevas realidades sociales imponen nuevos planteamientos. En primer lugar, el crecimiento del proletariado y de un numeroso semiproletariado rural. En segundo lugar, el fortalecimiento de un campesinado medio y rico, surgido de las batallas por la toma de tierras y que demanda, sobre todo, la democratización del crédito y la asistencia técnica.

Fernando Velasco murió cuando se encontraba en plena actividad teórica y práctica para enfrentar y resolver esos problemas planteados por la vida. Pero dejó señalados los lineamientos básicos: lucha independiente, progresiva hegemonía del proletariado y semiproletariado rurales, amplio frente que articule la lucha por la democracia, la tierra, el poder y el socialismo.

En diferentes artículos y textos, en sus libros sobre la economía ecuatoriana, en una conferencia suya publicada con el título *La dependencia, el imperialismo y las*

*empresas transnacionales**, Fernando Velasco plantea con toda seriedad y en toda su profundidad el problema nacional del Ecuador como país dependiente dominado por el imperialismo. Le interesa particularmente analizar las nuevas características de esa dominación: el control directo de los procesos productivos fundamentales por el gran capital financiero internacional, el desplazamiento de las inversiones del sector primario–exportador a la producción industrial. Esa reorientación tiene una importancia política fundamental, pues implica que el imperialismo ha dejado de estructurar una alianza con las fuerzas precapitalistas, para entrabar el desarrollo del capitalismo en las formaciones sociales dependientes deviniendo, por el contrario, uno de los motores del peculiar desarrollo del mismo.

En esas condiciones, la lucha por la soberanía nacional adquiere un sentido y perspectiva distintos. El imperialismo no constituye una estructura de opresión externa, sino un proceso permanentemente internalizado en todos los órdenes de la vida de nuestros países. La llamada "burguesía nacional" no tiene pues, una base material de existencia, menos aún de desarrollo. La lucha antiimperialista no tiene otros protagonistas que el proletariado, el campesinado, los sectores semiproletarios y las capas medias progresistas; y, se encuentra objetivamente ligado a la lucha contra la opresión del capital.

Por otra parte, Fernando Velasco analiza las nuevas formas orgánicas y jurídicas asumidas por el capitalismo mundial: la empresa transnacional. Su preocupación se centra en la signifcación política de ese proceso:

> "A otro nivel de relaciones políticas, nosotros tenemos que la presencia de la empresa transnacional afecta al conjunto de relaciones que mantiene el Estado nación con las empresas inversoras de fuera. ¿Por qué? Partamos de un ejemplo simple. En 1974, el producto interno bruto del Ecuador era de 3,6 billones de dólares. Frente a eso, noso-

*Fernando Velasco, *La dependencia, el imperialismo y las empresas transnacionales*, Quito, Editorial El Conejo, 1979.

tros tenemos que las rentas, ese mismo año –o sea la producción total– de empresas como la Exxon, que es la transnacional más grande que existe, era de 42 billones de dólares. Esto, ¿qué significa? Esto significa que la empresa transnacional como expresión de un determinado tipo de desarrollo, tiene a su vez una gran capacidad de presión económica que la utiliza, evidentemente, en su propio beneficio, lo cual supone que tiene posibilidad de imponernos a nosotros, en tanto país, un patrón de desarrollo que interesa a las necesidades de acumulación de la empresa transnacional y no a las necesidades nacionales"*.

Esa creciente fuerza política de la empresa transnacional en el marco de la creciente internacionalización del capital, cuyo centro general es, sin duda, el poder gigantesco del Estado imperialista de los Estados Unidos, constituye para Fernando Velasco una de las causas o premisas del carácter internacional de la lucha revolucionaria.

La articulación orgánica y estructural de la lucha por la democracia y la soberanía nacional con el socialismo y de la lucha nacional con la internacional, constituye para Fernando Velasco una necesidad política irrecusable dimanada del carácter objetivo del imperialismo contemporáneo.

Otro de los contenidos centrales de la reflexión teórica y de la acción práctica de Fernando Velasco, fue el problema cardinal de la organización de la vanguardia revolucionaria y su relación con la lucha y la vida diarias y concretas de las masas.

Para Fernando Velasco, la vanguardia revolucionaria no puede ser el producto de la determinación voluntaria de miembros supuestamente esclarecidos de la intelectualidad de Izquierda. La vanguardia revolucionaria es un hecho histórico producto de un complejo proceso social, en el cual son los propios trabajadores el eje central:

*Op. cit, pág. 63.

"Nuestra opción es el movimiento de los trabajadores en una perspectiva revolucionaria. Lo entendemos como un hecho histórico, pensado y desarrollado por los mismos trabajadores"*.

La famosa afirmación leninista de que el partido, y la revolución misma, son el producto de la fusión de la teoría revolucionaria con el movimiento espontáneo de las masas, ha sido entendido de una manera idealista y mecánica. Sin duda, algunas metáforas de Lenin como aquella de la introducción desde fuera de la teoría marxista, pues los obreros espontáneamente sólo alcanzan una conciencia sindicalista, han permitido esa tergiversación idealista, según la que la teoría marxista surgiría de la conciencia, frente a la cual la materialidad de la clase sería el elemento suerte y pasivo.

Las metáforas de Lenin solamente describen las formas diferenciales en que se desarrolla la producción teórica y la lucha social concreta. Pero el contenido de esas formas no es más que la materialidad de la clase, la praxis objetiva y universal del proletariado. Ni el marxismo ni el leninismo fueron producto del autodesarrollo del concepto sino la expresión teórica de las grandes luchas de la clase obrera. Los conceptos, las abstracciones teóricas no son, huelga decirlo, el contenido ni la fuerza motriz del pensamiento sino las formas organizativas del desarrollo del mismo, cuyo origen y motor es la praxis social de las clases. Los intelectuales revolucionarios no son sino los funcionarios orgánicos de la clase, en la medida en que disponen de la capacidad práctica de la producción teórica. Nada más. La metáfora de Lenin de la "introducción desde fuera la conciencia socialista", no alude a un supuesto origen metafísico de la teoría revolucionaria, sino que simplemente describe la relación formal de una dialéctica viva entre el sujeto social de la teoría y sus funcionarios intelectuales, especializados en elaborarla.

De allí que la ideología revolucionaria no sea el producto de una técnica pedagógica de los intelectuales, sino el fruto de la intensa lucha de clases que resquebra-

*Fernando Velasco, *La Formación de los trabajadores*, Quito, CEDOC, mimeo, 1975.

ja el poder de la ideología dominante. Esto es, la ideología revolucionaria no se "desprende" de la teroría marxista que vendría a ser el faro luminoso o el verbo divino. La ideología revolucionaria es una praxis en la cual la clase obrera gestiona y subvierte las estructuras materiales que la oprimen y, a la vez, producen las ideas dominantes.

La ideología dominante –y Fernando Velasco era muy claro al respecto– no es un mero producto de las técnicas propagandísticas y las formulaciones intelectuales de la clase dominante. No. La ideología dominante es un poder material, una realidad objetiva, producida diariamente en todos los poros de la vida social por la propia praxis material de la producción social.

Sin duda, el marxismo proporciona la teoría para develar la realidad. Pero ese develamiento, operado en el pensamiento es contínuamente anegado por la atmósfera totalitaria de la ideología dominante. Esta sólo puede ser subvertida en el terreno material mismo, allí donde las grandes luchas de los trabajadores conmocionan el poder material de la producción de las ideas. Sólo en el curso de esas luchas, la teoría marxista puede ser la guía intelectual de la praxis revolucionaria. El Partido es, entonces, la dialéctica viva de ese proceso, el núcleo concentrador que sedimenta, resume y acumula los efectos de la lucha de clases y, a la vez, por mediación de la teoría, los comprende, explica y generaliza. Tal como dice Fernando Velasco:

> "La ideología revolucionaria sólo puede existir como producto que logra expresarse únicamente por los resquicios que la lucha de clases abre en el sistema de dominación burguesa. Para actuar en esa coyuntura e ir quebrantando la dominación burguesa, se hace necesaria la existencia del Partido, aparato centralizador de la lucha de la clase trabajadora, que posibilite su concentración política ideológica (de la clase), tanto en términos de acción sobre las coyunturas de la lucha de clases, como en términos de eje acumulador de la experiencia político ideológica ganada por las clases trabajadoras

en sus diversas luchas"*.

El partido revolucionario es la expresión conciente, histórica y universal de la lucha concreta y real del proletariado. Es, además, el resumen, la síntesis, la memoria que construye y sedimenta la lucha social, dotado concretamente del proyecto revolucionario que se desprende de la situación material de la clase: la memoria teleológica.

De ese conjunto de contradicciones que conforman el desarrollo del ser político de las masas, surge un conjunto de complejos problemas sobre las relaciones prácticas entre la organización revolucionaria y la organización de las masas, entre el Partido y los sindicatos, la lucha por el poder y los combates de defensa frente al capital.

Esa relación es, sin duda, el problema cardinal de la dirección revolucionaria, sobre el cual se mantiene una rica, múltiple e inmensa polémica. Fernando Velasco planteó algunas tesis importantes para el desarrollo de la polémica y la práctica concreta de la construcción histórico–social de esa dirección revolucionaria; según él:

> "... la organización revolucionaria debe insertarse en el aparato de masas, construir su COLUMNA VERTEBRAL y, al mismo tiempo, mantiene su especificidad, su carácter insurreccional".
> "...dar desde ya un carácter político revolucionario a las luchas cotidianas de las masas, injertando en cada acción la lucha económica reivindicativa, una reflexión política del sistema... educando sobre esa base a las masas, en la perspectiva de acumular fuerzas independientemente y arribar a posiciones claramente clasistas... esto supone una determinada perspectiva organizativa que no se detiene en la construcción del núcleo de vanguardia. Es necesario impulsar y fortalecer al máximo los aparatos de la lucha económica de las masas y, junto a ellas, dialécticamente ligados, ir construyendo con los elementos avanzados, la organi-

*Fernando Velasco, *El programa de formación de cuadros*, Quito, FENOC, mimeo, 1976.

zación revolucionaria socialista"*.

Es decir, para Fernando Velasco, la organización revolucionaria es un complejo y múltiple proceso histórico, reivindicativo, político, ideológico, teórico, cuyo eje vertebrador es la existencia y la praxis material de los trabajadores. Sin duda, el problema es mucho más complejo que lo que hemos señalado y Fernando Velasco alcanzó a escribir y reflexionar. Empero, sus tesis mantienen gran validez en los momentos actuales.

Y, precisamente porque Fernando Velasco concibió a la dirección revolucionaria como un complejo proceso histórico, no redujo jamás su dimensión a las estructuras orgánicas formales de las actuales agrupaciones de la Izquierda. Más aún, consideraba que esa dirección revolucionaria es aún una empresa futura a estructurarse en los momentos de crisis revolucionaria y que en la actualidad asume la dialéctica viva de la unidad contradictoria del conjunto de la Izquierda ecuatoriana. De allí, su participación decidida en esa unidad, en el seno de la cual la crítica y la autocrítica constituyen, según él, los elementos fundamentales de su desarrollo interno.

VI

Múltiples son las lecciones y experiencias que el pensamiento y la vida de Fernando Velasco brindan. Nosotros queremos destacar dos, dadas las actuales condiciones políticas de la sociedad ecuatoriana.

La burguesía ecuatoriana ha logrado superar la crisis de la vieja República del capital comercial y la gran propiedad, y ha logrado construir un nuevo escenario político con actores jóvenes y remozados y, dotar al mismo, de una gran legitimidad. En palabras de Gramsci, la burguesía ha logrado establecer, aún cuando sea coyunturalmente, una relativamente sólida hegemonía histórica sobre el conjunto de la sociedad y expulsar de la escena oficial a la Izquierda revolucionaria.

*Fernando Velasco, *Las nuevas condiciones económicas y políticas del Ecuador y la respuesta de la clase trabajadora* , Quito, CEDOC, 1976.

Y es ésta, la Izquierda revolucionaria, la que se encuentra en crisis luego de haber sufrido una seria derrota histórica. El capitalismo ecuatoriano logró atravesar el estrecho de Scila y Caribdis del tránsito a su plena y universal hegemonía, sin las turbulencias de una marejada democrática y revolucionaria del pueblo.

En esas condiciones, la burguesía ecuatoriana, por primera vez en su historia, ha desatado una ofensiva intelectual y teórica. En efecto, desde los años 30, la intelectualidad del país ha sido contestataria del orden establecido, jacobina y socialista, opuesta al aparato estatal y enraizada en las fuerzas vivas de la sociedad. Mas, en esta década, el fortalecimiento político de la burguesía y la crisis de la Izquierda han creado las condiciones para la construcción de un movimiento ideológico oficial y la producción estandarizada de un nuevo ejemplar: el intelectual del Estado.

Esa asimilación se está produciendo de manera sutil y engañosa: el mecenazgo y el patrocinio institucional, la incorporación a una nueva burocracia de la cultura, la mercantilización de la producción artística. Una de esas formas, melíflua y bambalinesca, es la erección de la investigación empírica en categoría de valoración teórica y la conversión del intelectual en intérprete neutro y vacío de cualquier objeto de la realidad social e histórica. Objeto y sujeto devienen, así, categorías inertes de una praxis empirista totalitaria, para la cual da lo mismo la lucha de clases por el poder que las técnicas textiles de los obrajes de San Ildefonso en 1610, o la producción lechera de una hacienda ganadera de fines del siglo pasado. Hábil maniobra de diversión ideológica, ese empirismo está ligado a una profunda despolitización del pensamiento, palpable en el lenguaje estandarizado y aséptico, en la intercambiabilidad de los productos, en la ausencia de autor personal: el objeto cualquiera de un investigador cualquiera.

La ideología tecnocrática como atmósfera valorativa de la producción teórica, prácticamente domina el escenario de las ciencias sociales. Frente a esta situación, el ejemplo de Fernando Velasco es altamente significativo. Dotado de una formación intelectual más bien bur-

guesa y tecnocrática, objeto de tentaciones por los dueños del poder, Fernando Velasco supo avanzar y establecer claramente su compromiso, abierto, público, directo y práctico con los trabajadores y la acción revolucionaria. Más aún, para Fernando Velasco, el único criterio de verdad fue la eficacia política, la capacidad del pensamiento para elevarse a la formulación de una estrategia y una táctica de lucha por el poder revolucionario.

Por otra parte, en estos momentos de dispersión teórica, política e ideológica de la Izquierda, la vida de Fernando Velasco es, también, ejemplar. En medio de las luchas más limitadas y estrechas, de las fases de reflujo del movimiento obrero y popular, Fernando Velasco supo insistir en la necesidad de la concentración teórica y política, del fortalecimiento de la unidad ideológica, de la independencia política histórica, de la tenaz conservación de los objetivos estratégicos, del sueño revolucionario.

Fernando Velasco fue un ejemplo de intelectual revolucionario.

15 de febrero de 1981.

A Rosita

INTRODUCCION

La crisis de las exportaciones bananeras, el surgimiento de un polo industrial y el descubrimiento de petróleo en nororiente son tres acontecimientos que marcan transformaciones cualitativas en las estructuras básicas nacionales. Frente a esto, el economista, en la mayoría de los casos, sólo reacciona como sismógrafo del sentimiento general, registrando y traduciendo a un lenguaje técnico las expectativas de desarrollo que estos hechos promueven.

El por qué de esto es perfectamente comprensible. Aprisionada la ciencia económica por las limitaciones que conlleva un análisis fragmentario, estático y ahistórico, que arranca –en función de su perspectiva de clase– de supuestos alejados de la realidad, la educación universitaria del país no sólo que agudiza las deficiencias, sino que además minimiza las nuevas líneas de pensamiento económico que, conscientes de la crisis de las ciencias sociales, buscan en forma crítica nuevos caminos.

Es en este sentido que el presente trabajo

busca desarrollar una nueva perspectiva de análisis. Trata de interpretar la evolución histórica del país, partiendo de una constatación fundamental: la de que es en los procesos donde se revela el carácter de las estructuras.

Este enfoque dado al análisis supone el abandono de la concepción tradicional sobre la fragmentación de las ciencias sociales en compartimentos estancos. En la medida que la estructura socioeconómica es más que la simple agregación de sus integrantes, su comprensión exige la vinculación dinámica de las variables pertinentes, sin importar el que éstas pertenezcan al dominio de tal o cual ciencia, según la visión tradicional.

El trabajo parte de una revisión general de las concepciones de desarrollo y subdesarrollo, y de un análisis suscinto de los alcances y limitaciones del método usado por la economía convencional, a fin de contrastarla con el método histórico – estructural adoptado. Con estas bases, que de ninguna manera pretenden ser exhaustivas, se analiza en los siguientes capítulos el proceso de formación económica del Ecuador.

Como es obvio, un estudio no puede escapar a las limitaciones que el medio le impone. Pesan pues, sobre el presente, deficiencias teóricas–producto del débil desarrollo de las ciencias sociales–, además de vacíos investigativos, condicionados por el desarrollo descriptivo y, frecuentemente, acientífico que ha tenido la ciencia histórica en el país.

Estas limitaciones han configurado el campo específico de análisis. El trabajo analiza principalmente la evolución de las relaciones de

dependencia que ligan a la sociedad nacional con otras naciones dentro del sistema capitalista mundial. Si bien ello implica, en cierto modo, una simplificación, consideramos en cambio que constituye la relación de dependencia un punto privilegiado para la comprensión de los procesos que han ido configurando la situación actual.

Pongamos, finalmente, de manifiesto algo cuidadosamente escamoteado por las ciencias sociales. La elección de una metodología dialéctica en vez de la usual metodología empirista —fundada en el positivismo— es una opción ideológica que supone, en última instancia, adoptar una determinada posición de clase. En este sentido, la elección hecha implica la aceptación de la responsabilidad fundamental que el intelectual tiene: "la de ver más allá —lo señala Celso Furtado— de lo que permiten las lealtades de grupo y los vínculos de cultura. Con quien tiene un compromiso supremo es con la dignidad de la persona humana, y aquí reside el atributo inalienable del intelectual como ser". [1]

[1] Celso Furtado, *Dialéctica del desarrollo*, trad. por B. Hopenhayn, México, F.C.E., 1965, p. 24.

I. DESARROLLO Y SUBDESARROLLO

1. El Desarrollo como preocupación predominante de las Ciencias Sociales

Entre 1939 y 1945 las potencias mundiales dirimieron bélicamente la hegemonía mundial. Sin embargo, a diferencia de la guerra de 1914--18, ésta no fue una lucha por el reparto colonial, sino que, involucrando directa o indirectamente a todos o casi todos los países del globo, definió las nuevas condiciones que regirían en el sistema capitalista mundial. Era, en suma, el creciente poderío económico de los Estados Unidos que reclamaba una nueva estructuración geopolítica. Por ello, la rendición de Alemania y Japón no sólo significó la eliminación de dos grandes competidores por el control del mercado mundial, sino además una sustancial alteración en los roles específicos que venían cumpliendo los países que intervinieron en la conflagración dentro de la estructura económica y política mundial.

Si bien tanto la primera como la segunda

guerras mundiales son producto de la expansión del capitalismo en su fase monopolista, media entre ambas un extraordinario desarrollo de las fuerzas productivas, que altera el tipo de intereses puestos en juego. De la segunda guerra no surge simplemente un reparto de mercados, sino una economía que restablece, a un nivel más alto que el precedente, la tendencia integradora del imperialismo, afectada por la crisis mundial de 1929. El proceso integrador pues, no sólo se va a dar en la esfera del mercado, sino que se impulsará en los sistemas productivos comprendidos en su radio de acción. [1]

Sin embargo, este afianzamiento y centralización del capitalismo monopolista engendró y acrecentó, a diversos niveles, nuevas contradicciones. Por una parte, consolidó su polo antagónico: el sistema socialista mundial. El final de la segunda guerra marcó el advenimiento al poder –bajo la protección del ejército rojo– de los partidos comunistas en los países de la Europa Oriental y en la post–guerra, en pleno recrudecimiento de la guerra fría, Mao Tse Tung accedió al poder en China luego de derrotar al Kuomintang.

Además, este impulso integrador del capitalismo monopolista creó el ámbito apropiado para una súbita toma de conciencia de los países atrasados con respecto a su condición. Como dice Nurkse, " el conocimiento de, o el contacto con nuevos patrones de consumo abre nuestros ojos a posibilidades antes no reconocidas. Am-

[1] Ruy Mauro Marini, *Subdesarrollo y Revolución*, México, Siglo XXI, 1969, p.9.

plía el horizonte de la imaginación y de los deseos".[2] Esto desencadenó entre los pueblos pobres del mundo una revolución de expectativas crecientes. Gradualmente fueron percibiendo su situación y la posibilidad de superarla. De ahí la connotación eminentemente dinámica de la expresión "país subdesarrollado".

No todo se redujo, sin embargo, a una simple constatación de diferencias. El mismo proceso integrador de los sistemas productivos, llevado a un nivel más alto que el anterior, creó las condiciones objetivas para un avance teórico más profundo. El desarrollo de las fuerzas productivas, al patentizar ciertas contradicciones implícitas en el desarrollo capitalista, posibilitó una percepción más clara de los fenómenos. De la misma manera que la economía política clásica nació en un determinado instante de la historia de la humanidad —cuando el desarrollo de las fuerzas productivas y de los sistemas sociales había llegado a un cierto nivel— así mismo, a partir del final de la segunda guerra mundial, el acentuamiento de la fase integradora del capitalismo monopolista vino a facilitar, por decirlo así, una mayor transparencia del objeto social. Se crearon, entonces, las condiciones para el surgimiento de una teoría que analice específicamente el desarrollo de los países capitalistas dependientes.

Cabría, entonces, analizar cuáles han sido los efectos de esta ubicación en primer plano del problema del desarrollo para las ciencias sociales y, más específicamente, para la economía.

[2] Ragnar Nurkse, *Problemas de Formación de Capital en Países Insuficientemente Desarrollados*, trad. por M. Chávez, 4a. ed., México, F.C.E., 1966, pp. 70–71.

cabe aventurar algunos elementos que podrían dar luz sobre las motivaciones que condujeron a la adopción de ciertas posiciones básicas.

Fundamentalmente, la explicación radica en la existencia de determinadas situaciones objetivas que condicionan —consciente o inconscientemente— el desarrollo teórico de cada individuo. Estos condicionamientos objetivos —que no dejan de ser superables— pueden reducirse, en última instancia, a dos: el momento histórico vivido y la posición de clase.

Hablando de la elaboración científica de la economía, Schumpeter señala que el esfuerzo analítico va precedido necesariamente por un acto cognoscitivo preanalítico que proporciona la materia prima para el esfuerzo analítico y al cual él denomina "visión".[3]

Precisamente ésta determina la metodología de aproximación a un problema. Dentro de las ciencias sociales, la primera cuestión a la que se encuentra abocado un investigador es la delimitación de lo que se juzga imprescindible para la comprensión de un fenómeno. Es éste el momento del deslinde, no sólo de las disciplinas científicas sino también de las variables, en el sentido de determinarles un orden de prioridad y de necesidad para el análisis.

Ahora bien, esta opción está fuertemente predeterminada por el cuerpo de concepciones, de valores y de representaciones que estructuran la ideología del investigador, la cual llega a ser indiscernible de la experiencia vivida. Esto es,

[3] Schumpeter, *History of Economic Analysis*, cit. por Oswaldo Sunkel y Pedro Paz, "El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo", p. 84.

"cuando se piensa estar frente a una percepción oscura y desnuda de la realidad, lo que ocurre en verdad, es que se está frente a una percepción *"impura"*, marcada por las estructuras invisibles de la ideología". [4]

Ahora bien parecería que nos hallamos en presencia de un fenómeno de carácter exclusivamente subjetivo. Sin embargo, no es posible que esta visión preanalítica surja, aparentemente, de la nada. En tanto es conciencia, producto de un sujeto históricamente determinado, ella misma estará marcada y limitada por la historia. En otras palabras, la ideología, como fenómeno superestructural es el producto de una cierta circunstancia histórica, la misma que, por cierto, se halla simultáneamente especificada, entre otros elementos, por la estructura ideológica vigente.

Más aún, a un mayor nivel de concretización, ese hombre historicizado, fechado por así decirlo, se localiza en una determinada estructura de clases antagónicas, en función de la cual se genera la ideología. Así como existen clases dominantes y clases dominadas existe también una ideología dominante y una ideología dominada. De esta suerte se forma una ideología específica que es la fuente en la que se nutre esa "visión preanalítica" a la que se refiere Schumpeter.

[4] Marta Harnecker, *Los Conceptos Elementales del Materialismo Histórico*, 6a. ed., México, Siglo XXI, 1971, p. 70.

Lo primero que salta a la vista es la necesidad de un enfoque integrador, totalizante. Entendido el subdesarrollo como un fenómeno global, que afecta a todos los órdenes de una nación, es evidente que la explicación del mismo, para ser coherente, deberá conjugar aspectos económicos, políticos, sociales y culturales.

Esto, de ninguna manera supone una yuxtaposición de elementos dispares, que es a lo que frecuentemente nos conducen los trabajos puramente descriptivos, sino la necesidad de asignar a cada elemento su peso específico dentro de un contexto histórico. Así, el análisis podrá superar al objeto social, llegando a la elaboración de conceptos básicos, instrumentos de análisis aptos para desentrañar una realidad concreta.

Habría en este punto que hacer una nueva distinción. Cuando se plantea la necesidad de llegar a una superación del objeto social mediante la conceptualización, no se está implicando la elaboración de modelos que recojan ciertos aspectos de la realidad en forma sincrónica, a fin de observar más en detalle el funcionamiento e interrelación de ciertas variables económicas, sociales o políticas, para llegar así a una posible cuantificación, meta que parece ser para algunos el máximo nivel científico deseable. Tal tarea, si bien útil en tanto permite esclarecer el papel de ciertas variables fundamentales, no trasciende del plano descriptivo, el cual constituye apenas una pequeña etapa dentro del conocimiento científico. En cuanto al enfoque matematicista, tan en boga hoy en día, bien podríamos decir, parafraseando, lo que Bertrand Russel afirmaba con respecto a la Física: "la Economía es mate-

mática, no porque sepamos mucho del mundo económico, sino porque sabemos muy poco: lo que podemos descubrir sólo son las propiedades matemáticas del mundo económico". Esto, evidentemente, no significa negar todo valor a los modelos matemáticos, sino subrayar tanto su carácter auxiliar y complementario como el hecho de que no tienen realmente sentido si no es en el marco de una teorización histórica y estructural.

Otro aspecto, implícitamente anotado, pero que vale la pena recalcar por sus implicaciones, hace referencia a la necesidad de un enfoque dinámico. El desarrollo es un proceso, y por tanto la noción de temporalidad es consubstancial a su análisis. Hay que marcar el acento sobre esto, pues determina el método utilizado para analizar el fenómeno. No es suficiente, pues, comparar dos situaciones, hacer dos cortes temporales. El mismo concepto de desarrollo demanda, para su desentrañamiento, el análisis de la evolución del sistema. Es de aquí precisamente que saldrán las últimas causalidades que permitan detectar las leyes que rigen tal proceso.

Interesa detenerse aquí en un punto fundamental. Puesto que la noción de desarrollo implica un proceso global que se da a través del tiempo, parece evidente que debería existir un acuerdo general sobre el método para aproximarnos a dicho problema. Sin embargo, si revisamos la forma cómo la ciencia económica ha abordado la cuestión, encontraremos serias diferencias en el método, lo que, como es natural, ha conducido a diversos —y aún opuestos— planteamientos sobre esta problemática. Antes de exponer a muy breves rasgos lo esencial de cada escuela,

2. *La Noción del Desarrollo en la Economía*

La noción del desarrollo como preocupación fundamental de la economía no es algo nuevo. Estuvo presente en los escritos de los economistas clásicos, y si bien no aparece más entre los neoclásicos y en Keynes, es necesario reconocer en ellos la existencia de elementos que, retomados y profundizados, han conducido a una serie de concepciones contemporáneas sobre el desarrollo.

Sin embargo, un cambio de perspectiva se ha ido gestando, especialmente en la postguerra. Gradualmente, y por razones ya anotadas, el polo de atención se ha ido desplazando desde los países desarrollados hacia los subdesarrollados. Es entonces que surgen "teorías del subdesarrollo" que inundarán la bibliografía sobre el tema. Este proceso de conocimiento, también dialéctico, conocerá su síntesis. Y es así cómo a partir especialmente de la década pasada, se va elaborando constantemente una concepción que presenta al desarrollo y al subdesarrollo como los polos dialécticos de un solo proceso: el desenvolvimiento del sistema capitalista mundial.

Para los economistas clásicos, el incremento del producto social se sustentaba en la división del trabajo, la cual implicaba tanto un aumento en la habilidad específica como la posibilidad de utilizar maquinaria. A su vez, esta división del trabajo, como decía Adam Smith, es el resultado de la propensión del hombre al comercio, ya que de esta manera rompe su condicionamiento fun-

damental que es la dimensión del mercado.[5]

El proceso suponía, como es obvio, determinadas condiciones institucionales. Más concretamente, a fin de lograr tanto la maximización del excedente económico como su utilización racional, era necesario dejar actuar libremente las fuerzas del mercado ya que la acción de los empresarios en busca de su personal beneficio, conduciría necesariamente al logro del bien común.

El nacimiento de la economía política responde al surgimiento de una nueva clase social –la burguesía– que busca justificar sus actividades a través de un esquema de autointerpretación.

Dentro de esta perspectiva, se asigna al trabajo un valor nuevo, como herramienta para el perfeccionamiento ético del hombre y, por consiguiente, en el esquema puritano, como elemento de salvación. Paralelamente, surgirán nuevos valores, estrechamente asociados a las crecientes necesidades de acumulación del sistema. Así, en "La Riqueza de las Naciones", Smith –que a más de economista fue un reputado moralista– escribe que "todo pródigo es un enemigo de la sociedad, y todo hombre sobrio un benefactor de la misma", probando este aserto, de carácter ético, con una constatación económica, ya que "el número de las empresas prudentes y airosas prevalece sobre el de las imprudentes y desafortunadas".[6]

5 Adam Smith, *Investigación Sobre la Naturaleza y Causas de la Riqueza de las Naciones*, trad. y estudio preliminar de G. Franco, México, F.C.E., 1958, pp. 16–18.

6 *Ibid*, p. 308.

En suma, como anota Franz Hinkelammert, "esta ideología, clasista, refleja la pretensión del capitalista de ser la encarnación del interés general. Su trabajo de empresario, por lo tanto, es el único trabajo con sentido humano y todo otro trabajo se tiene que entender como un servicio hacia el empresario, que es el enlace entre el interés particular y el general".[7]

El siguiente hito en el pensamiento económico lo marcará Carlos Marx, quien sintetiza el materialismo de Feuerbach y la dialéctica hegeliana, en un sistema filosófico cuya teoría específica de lo social constituirá el materialismo histórico.

Su obra máxima "El Capital", es precisamente una aplicación del análisis materialista histórico al modo de producción capitalista en su fase premonopólica. En este contexto, profundizará y llevará hasta sus últimas consecuencias la teoría del valor, presente en Smith y especialmente en Ricardo, para desentrañar la esencia misma del sistema capitalista.

El enfoque dinámico y estructural de Marx va, evidentemente, a trascender los imprecisos límites de la ciencia económica. Más aún, como dice Althusser, la teoría marxista, como ciencia y filosofía, representa una revolución sin precedentes en la historia del conocimiento humano. Marx fundó una ciencia nueva: la ciencia de la historia. Después de Thales de Mileto que abrió al conocimiento científico el continente—Matemáticas y de Galileo que hace lo pro-

[7] Hinkelammert Franz, *Economía y Revolución*, Santiago, Ed. Del Pacífico, 1967, p. 64.

pio con el continente–Física, Marx abre un tercer continente: el continente Historia.[8] Por ello, el concepto dinámico de desarrollo es algo que está presente permanentemente en la obra de Marx. Sin embargo, restringiendo el concepto a su mera implicación económica, habría que concretarse al examen de los esquemas de reproducción capitalista expuestos en "El Capital". [9]

A través de la presentación sucesiva –por razones metodológicas– de los modelos de reproducción simple y en escala ampliada, Marx pone de manifiesto las leyes que rigen la acumulación del capital.

Dividiendo a la economía en dos grandes sectores:

I) Productor de medios de producción: maquinarias y materia prima, y, II) Productor de bienes de consumo,

Marx plantea las siguientes ecuaciones:

$$I = C_1 + V_1 + P_1$$
$$II = C_2 + V_2 + P_2$$

En donde: C = capital constante
V = capital variable
P = plusvalía

Ahora bien, para que exista acumulación es necesario que:

$$V_1 + P_1 > C_2$$

[8] Althusser Louis y Etienne Balibar, *Para Leer El Capital*, trad. por M. Harnecker, 2a. ed., México, Siglo XXI, 1969, p.7.

[9] Carlos Marx, *El Capital*, trad. por W. Roces, 4a. ed., II, México, F.C.E., 1966, caps. 20–21.

pues sólo así quedará en el sector un excedente disponible para ser reinvertido. Puesto que según Marx, los obreros no acumulan capital sino que gastan toda su masa salarial (V) en bienes de consumo, la plusvalía total generada en el proceso productivo tendrá que descomponerse en tres porciones: aquella destinada al consumo, a la que llamaremos P'; aquella acumulada, destinada a incrementar el capital constante, o P_c y finalmente, aquella destinada a incrementar el capital variable o P_v.

De esta manera, podríamos replantear las ecuaciones de la siguiente forma:

$$I = C_1 + V_1 + P'_1 + P_{c1} + P_{v1}$$

$$II = C_2 + V_2 + P'_2 + P_{c2} + P_{v2}$$

Ahora, es evidente que para que el sistema crezca en equilibrio es necesario que la generación de medios de producción sea equivalente a la demanda total por dichos bienes. O sea:

$$I = C_1 + P_{c1} + C_2 + P_{c2}:$$

o también

$$C_1 + V_1 + P'_1 + P_{c1} + P_{v1} = C_1 + P_{c1} + C_2 + P_{c2}$$

Simplificando:

$$V_1 + P_1 + P_{v1} = C_2 + P_{c2}$$

Esta última expresión señala la necesaria relación de intercambio intersectorial a fin de que ambos crezcan armónicamente.

Habría que aclarar además otro aspecto. Cuando señalábamos que parte de la plusvalía generada se debe acumular para que crezca la estructura productiva, dividíamos a esa plusvalía acumulada en dos porciones: una destinada a incrementar el capital constante y otra destina-

da a incrementar el capital variable. Esta distribución de ninguna manera es fortuita: se encuentra históricamente determinada por el propio desarrollo de las fuerzas productivas, expresado a través de la tasa de composición orgánica del capital (C/V).

En resumen, habría que señalar que las modalidades y la velocidad del proceso de acumulación están en buena parte condicionadas por factores históricos dados. Concretamente, por el desarrollo de las fuerzas productivas y por las relaciones sociales de producción, las mismas que determinan la estructura productiva vigente.

Marx deja a la ciencia económica clásica en un callejón sin salida, al llevar hasta sus consecuencias lógicas la teoría del valor trabajo. La burguesía, que la había utilizado como arma teórica mientras era una clase en ascenso, tratará, por todos los medios posibles, de olvidarla una vez que se halla ya plenamente establecida.

Fruto de este esfuerzo es la escuela neoclásica, que desde el último cuarto del siglo XIX propone como alternativa un instrumental nuevo de análisis basado en la posibilidad técnica de admitir cualquier combinación de factores dentro de una función productiva. Puesto que existe —al menos teóricamente— un infinito número de proporciones entre el capital y el trabajo, la remuneración de cada factor dependerá de su productividad marginal a partir de una situación de equilibrio, la cual se asocia al pleno empleo.[10]

[10] Celso Furtado, *Teoría y Política del Desarrollo Económico*, trad. por F. Oliveira y M. Soler, 2a. ed., México, Siglo XXI, 1969, pp. 41 y ss.

De esta manera, los neoclásicos obvian el enojoso problema del valor sustentado en el trabajo y plantean un mundo de relaciones inter-objetales, de relaciones entre cosas, en el cual el valor de cada una está dictado por su utilidad. Paradójicamente, en el dictamen de esa utilidad, juega un papel fundamental su precio.

Sobre esta base, plantean el desarrollo como un proceso gradual, armónico y acumulativo. Meier y Baldwin señalan que las teorías de la evolución de Darwin y Spencer influyeron mucho sobre Marshall y que fue esta actitud la que le llevó a justificar el empleo de las técnicas del equilibrio parcial estático para analizar los diversos componentes de la actividad económica total. [11] El condicionamiento ideológico es aún más explícito cuando afirman —en medio de ese mundo de miseria y explotación descrito magistralmente por Dickens— que el desarrollo beneficia a todos los grupos importantes en términos de renta, ya que la tendencia implícita al proceso es la elevación de los salarios reales del trabajo en su conjunto. [12]

Utilizando sus propios esquemas de análisis se cae, sin embargo, en una teoría del estancamiento antes que en una teoría del desarrollo. En efecto, el aumento de salario real sólo es posible mediante un incremento en la productividad del trabajo, la cual a su vez implica una previa acumulación del capital. Pero, este aumento en los salarios reales supondría una ma-

[11] Gerard Meier y Robert Baldwin, *Desarrollo Económico*, trad. por J. Irastroza, Madrid. Ed. Aguilar, 1964, p. 74.

[12] *Ibid*, p. 75.

yor participación de los asalariados en el excedente, y por tanto, una reducción de la tasa media de rentabilidad del capital.

Como por otro lado el ritmo de acumulación del capital depende tanto de su tasa de rentabilidad como de la tasa de interés, al disminuir el "precio de demanda" hay desestímulo para la acumulación, llegándose nuevamente a una posición de estancamiento. [13]

El instrumental sugerido por los neoclásicos estuvo dirigido al análisis de los problemas del corto plazo, como es evidente. Esto, aunado a los condicionamientos impuestos por el desenvolvimiento del capitalismo, en el que débilmente se iniciaba ya la fase monopolista, limitó el análisis y lo hizo microeconómico, estático y parcial. Dicho de otro modo, ya no interesaban los problemas del desarrollo. Más aún, consolidada social, política y económicamente la burguesía, la ciencia económica perdió esa condición de arma teórica revolucionaria, que la caracterizaba en la época de Smith y Ricardo. Carente de criticidad frente al sistema que contribuyó a crear, la economía se marcó cada vez por lo ideológico, trastocando en buena parte, lo científico por lo apologético.

Utilizando mucho del instrumental neoclásico, Joseph Schumpeter buscará en la figura del empresario el elemento que, en definitiva, logre el desarrollo a través de sucesivas rupturas en el equilibrio de una economía.

Concebido como un tipo ideal –de corte weberiano– el papel estratégico del empresario

[13] C. Furtado, *op. cit*, p. 43

reside no tanto en su capacidad de anticiparse a la demanda, como en su cualidad de transformador del proceso productivo al introducirle sucesivas innovaciones, que constituyen la clave del desarrollo económico.

Aceptando el materialismo histórico, Schumpeter niega la teoría marxista de la explotación. Se concentra en destacar el rol de la invención y en la exégesis del empresario innovador, que absorbe el excedente generado como premio a sus dotes especiales. Sin embargo, olvida Schumpeter que la innovación sólo es posible en virtud de un proceso de acumulación del capital, al cual le concede escaso interés. Más aún no existe esa figura ahistórica del empresario. Cada hombre actúa en condiciones concretas y el progreso técnico no es una fuerza exógena, sino un proceso social influído por la propia estructura socioeconómica. En otras palabras "el proceso de la invención mecánica puede considerarse como una corriente continua, consistente en una serie de actos de percepción que conduce a una síntesis acumulativa de elementos individuales pequeños". [14] Serán las condiciones objetivas de la estructura económica, las propias necesidades del sistema las que creen el marco socio–cultural apto para el surgimiento de las invenciones.

Así, la relación causal es a la inversa de lo planteado por Schumpeter. No es el empresario el que adoptando innovaciones hace el desarrollo: son las propias necesidades del desarrollo del sistema capitalista –en este caso– las que

[14] Meier y Baldwin, *op. cit*, p. 163

crean las condiciones socioculturales para que afloren tales innovaciones.

Mientras todas estas discusiones se mantenían, sin embargo, la desocupación y las crisis seguían existiendo. No se cumplía aquello de que, independientemente de la oferta de mano de obra, siempre habría trabajo si se aceptaba el salario dictaminado por el mercado. Las crisis, lejos de desaparecer, seguían acentuándose paralelamente al crecimiento del sistema, habiendo de culminar con la célebre de 1929 que conmocionó duramente a la estructura capitalista mundial. Y todos estos eran fenómenos ante los cuales muy poco podía explicar la economía neoclásica. Las propias necesidades del sistema iban a restituir a la ciencia económica algo de la perdida criticidad. Esta tarea la iba a cumplir la polifacética y extraordinaria figura de John Maynard Keynes.

Perteneciente a las filas de la "burguesía educada", como él se autocalificaba, [15] heredero de toda la tradición neoclásica, Lord Keynes "operando con los instrumentos habituales de la teoría convencional, permaneciendo muy dentro de los linderos de la 'economía pura', refrenándose fielmente de considerar el proceso socioeconómico como un todo, llegó hasta los límites mismos de la teorización económica burguesa e hizo explotar toda su estructura". [16]

[15] J.M. Keynes, *Essays in Persuasion*, citado por Dudley Dillard, "La Teoría Económica de John Maynard Keynes", trad. por J. Díaz, 8a. ed., Madrid, Ed. Aguilar, 1966, p. 327.

[16] Paul Baran, *La Economía Política del Crecimiento*, trad. por Nathan Warman, 3a. ed., México, F.C.E., 1964, p. 24.

Empero, esta reformulación que hace Keynes de la teoría neoclásica se caracteriza por limitarse al análisis de corto plazo. Puesto que, como dijo alguna vez, "a largo plazo todos estaremos muertos", no encontramos en su obra ninguna pretensión analítica frente al desarrollo. Hay en sus ideas, sin embargo, un núcleo central que al ser desarrollado nos lleva, por una parte, a los planteamientos de Alvin Hansen a propósito de la crisis de los 30, y por otra, a los modelos dinámicos de Harrod y Domar, los cuales buscan "adecuar instrumentos de análisis, que permitan revivir la tradición del pensamiento clásico, en el sentido de que con esos instrumentos sea posible estudiar la evolución de la economía real y descubrir sus tendencias a largo plazo".[17]

Básicamente, el problema a plantearse es el siguiente: partiendo de un nivel de ingresos de pleno empleo, se requiere que durante cada período sucesivo haya una tasa de inversión tal como para que pueda mantenerse este nivel, lo cual supone la necesidad de un enfoque dinámico del equilibrio.

En esta perspectiva, ya no es posible considerar —como lo hacía Keynes— a la capacidad productiva como un dato dado. Para que se pueda mantener este equilibrio dinámico en términos de pleno empleo es necesario que la nueva capacidad productiva sea utilizada. Esto implica, a su vez, un aumento tal del ingreso que sea capaz de absorber esa capacidad incrementada del sistema. El modelo dinámico deberá, pues, fijar una tasa de crecimiento del producto que

[17] O. Sunkel y P. Paz, *op. cit.* p. 245.

permita el equilibrio entre ahorro e inversión en las condiciones de pleno empleo de la capacidad de producción. [18]

Así planteado el problema, tanto el modelo de Harrod como el de Domar llegan a la conclusión de que el mantenimiento del equilibrio exige que el monto de la inversión, del ingreso y de la mano de obra, aumenten a una tasa igual. De este modo, la solución del problema reside en la capacidad que tenga la economía de producir un número suficiente de oportunidades de inversión para que ésta pueda ampliarse indefinidamente y a una tasa tal que no se provoque inflación ni deflación.

Es evidente que la real respuesta se hallará pues, fuera de los límites de la economía. Tal como se plantean estos tipos de modelo –abstractos y ahistóricos– pueden conducirnos, como máximo, a un nivel de mera concomitancia de fenómenos.

Puesto que en suma nos estamos moviendo en un plano más descriptivo que analítico, la elaboración no supera al objeto sino que se queda en la periferia. Podemos llegar a constatar cuantitativamente la presencia de una red de relaciones entre las variables seleccionadas, pero no se logrará la conceptualización teórica que permita captar globalmente al objeto social a fin de redefinir en este marco el papel de cada variable y el orden de causalidad que juega cada una en el proceso.

Hay que aclarar que ello no significa ne-

[18] Ver: *Ibid;* pp. 248 y ss. y Celso Furtado, *op. cit.*, pp. 62 y ss.

gar la validez de los modelos matemáticos; significa precisar el nivel al cual se mueven y las limitaciones que por este hecho les son inherentes dentro del proceso del conocimiento científico.

3. *Estado Actual de la Cuestión*

Habíamos anotado que especialmente a partir de la década del 50, el desarrollo pasa a ser la preocupación fundamental de las ciencias sociales. Este hecho, como es natural, determina el que progresivamente se vaya conformando un cuerpo, cada vez más amplio de doctrinas y teorías que buscan explicar los determinantes de la situación de subdesarrollo y, sobre esa base, plantean los caminos y alternativas para lograr el desarrollo de esos pueblos.

Si bien cada hipótesis tiene elementos que la individualizan, se buscará asociarlas en tres grandes grupos, por razones metodológicas y en función de las concepciones básicas que subyacen en ellas. Esto supone una relativa simplificación, pero parece la única posibilidad de lograr una apreciación objetiva y global de las actuales teorías sobre el desarrollo.

Cabe, finalmente, advertir que si bien se presentarán las tres concepciones como estadios sucesivos en el desenvolvimiento científico de las ciencias sociales, ello no significa una no–coexistencia temporal de las mismas: en mayor o menor grado, las tres se hallan presentes en el pensamiento sociológico y económico actual.

Desarrollo y crecimiento

El primer esfuerzo analítico y explicativo estuvo fuertemente influenciado, naturalmente, por el nivel teórico vigente en los países capitalistas industrializados. Se puede incluso decir que fueron los economistas de esos países los que "descubrieron" el fenómeno del subdesarrollo. Consecuentemente, en esta primera etapa —que aún sigue vigente en muchos aspectos— lo que se hace es trasplantar los análisis existentes a los países subdesarrollados.

En este contexto, el subdesarrollo se asocia a una baja tasa de crecimiento del ingreso por personas y se describe el fenómeno a través de una gama de indicadores de todo orden —que van desde el número de aparatos telefónicos hasta los índices de producción industrial. De este modo, se confeccionan listas de países que se inician con los Estados Unidos y finalizan con algún remoto país de Asia o de Africa. En algún punto de la lista se hace un corte que divide a los países en desarrollados y subdesarrollados. La diferencia entre los dos grupos es de carácter meramente cuantitativo y se ocasiona en el ritmo mantenido por la tasa de inversión.

La necesidad de explicar la causa de esta deficiencia crónica de la inversión, originó una progresiva incorporación de elementos extraeconómicos a la explicación. Así, se habla, por ejemplo, de que los habitantes de los países subdesarrollados carecen de una serie de atributos psicosociales presentes en los habitantes de países desarrollados, como son la conciencia de grupo, la subordinación del interés general al parti-

cular, la preeminencia de los principios sobre los líderes, etc. Estas tendencias naturales se expresarían a través de instituciones sociales, culturales y religiosas, las cuales, lejos de promover, obstan el surgimiento de un sector de empresarios innovadores. De esta manera, se explicaría tanto la inexistencia de tecnología como el mínimo porcentaje del excedente que se invierte productivamente.

Otros autores llegan a señalar limitaciones cuantitativas o cualitativas en los recursos naturales de un país. Se habla hoy con mucha frecuencia del excesivo crecimiento demográfico en los países subdesarrollados, señalándose los desfavorables efectos de una estructura poblacional con predominio de los menores de 15 años.

Así planteado el problema del subdesarrollo, la solución se formula, desde una perspectiva económica, en incrementar la tasa de inversión. A través de la construcción de modelos dinámicos de inspiración postkeynesiana, se fijan los condicionamientos que afectan a las demás variables estratégicas. Al mismo tiempo, se asigna un papel relevante al gobierno, y al capital extranjero por su aporte tecnológico. De ahí que esta concepción haya tenido gran influencia en la elaboración de los planes nacionales de desarrollo en América Latina.

Parece perfectamente lícito afirmar que nos hallamos ante una concepción de "desarrollo" en el sentido de que obtiene sus instrumentos de análisis y sus modelos del estudio de la forma en que se da el crecimiento económico en los países industrializados. Concibiendo a la economía como una ciencia ahistórica y deductiva, resulta

plenamente válida la aplicación de dichos modelos a nuestra circunstancia. La presencia de ciertos elementos sicológicos y sociales, en algunos autores, cobra más bien el carácter de una yuxtaposición para darle "sabor local" a la teoría. Además, esos elementos —en virtud de la separación de las ciencias sociales en departamentos estancos— no cumplen ningún papel estratégico en la formulación del camino hacia el desarrollo.

Hay que añadir que, estrechamente ligada a esta concepción está toda la teoría convencional sobre comercio internacional, la cual ensalza los beneficios del librecambismo, a fin de lograr una mayor eficacia tanto en la asignación de recursos como en la satisfacción de necesidades. Aplicando indiscriminadamente conclusiones que son válidas para países de elevado grado de diversificación en su estructura productiva a países subdesarrollados, lo único que se ha conseguido es desequilibrar la balanza de pagos y más aún, impedir un proceso autónomo de industrialización. Cabría preguntarse en este punto si la acción de organismos como el Fondo Monetario Internacional —que mantiene a ultranza esta posición, y que la impone a sus países miembros— responde a una especie de ingenuidad o si, por el contrario, se causa en una percepción del real problema y de sus implicaciones para los países subdesarrollados.

El Desarrollo como Modernización.

Si en la anterior concepción el acento se marcaba en lo sucedido en los países hoy desarrollados, a fin de reproducirlo en nuestras na-

ciones, la percepción del desarrollo como un proceso de modernización surge del intento de explicar la causa que determinó y mantiene a estos países como subdesarrollados. Este hecho posibilita, naturalmente, la aparición de elementos sociológicos y culturales, que juegan un papel vital en la explicación; además, releva la necesidad de un enfoque teórico y metodológico específico para el análisis del desarrollo y, concomitantemente, evidencia la imposibilidad de aplicar de manera indiscriminada la teoría económica convencional a los países subdesarrollados.

Es difícil rastrear en el tiempo el origen de una concepción amplia, que haya fundamentado la mayor parte de los trabajos sobre el desarrollo en la última década. Sin embargo, es bastante sugerente la opinión de Celso Furtado, al señalar la aparición del libro de Colin Clark, *The Conditions of Economic Progress* (1938), como un hito en este campo. Clark estudió las diferentes estructuras de los sistemas de producción, a partir del análisis del uso del factor trabajo, y su metodología permitió evidenciar la íntima relación existente entre la industrialización y el desarrollo. [19]

Este núcleo inicial se desenvolverá en dos direcciones básicas: por una parte, un grupo de analistas que acentúan la idea del desarrollo como sucesión de fases. La expresión más acabada de esta tendencia será la obra de Walt Withman Rostow: *Las Etapas del Crecimiento Económico*, obra que ha obtenido una sorprendente in-

[19] Celso Furtado, *op. cit.*, p. 117.

fluencia en programas como la "Alianza para el Progreso".

Basado en una descripción histórica del desarrollo norteamericano, supone Rostow que todos los países deberán recorrer las etapas que median entre la sociedad tradicional, "de tecnología y actitudes prenewtonianas", [20] y la sociedad de consumo de masas. Antecedida por una fase en que se sientan las "precondiciones", la etapa crítica es la del "despegue", cerca de la cual o en la cual, cree el autor, se halla la mayor parte de los países latinoamericanos. Esta etapa supone acumulación de capital, crecimiento de uno o más sectores manufactureros y surgimiento de un adecuado marco sociopolítico, a fin de vencer los escollos y resistencias que puedan oponerse a un desarrollo firme.

Con esta elaboración, —más descriptiva que analítica— pretende Rostow ofrecer una opción teórica alternativa frente al materialismo histórico[21]. Al leerla, no sabemos si nos hallamos ante el economista que funge de historiador o ante el historiador que oficia de economista. A la luz de una concepción historicista, para Rostow el desarrollo es el tránsito por un camino conocido —la historia no varía— que a través de varias estaciones intermedias nos lleva hacia la meta final: una sociedad como la norteamericana. El punto de partida es esa "sociedad prenew-

[20] Walt Withman Rostow, *Las Etapas del Crecimiento Económico, Un Manifiesto No Comunista*, trad. por R. Pimentel, 4a. ed., México, F.C.E., 1967, p. 16.

[21] El subtítulo de su obra es "Un manifiesto no comunista". Además, Rostow insiste en esta idea en el prólogo y en el cap. VIII.

toniana", definición que puede, como parece lógico, encubrir a cualquier sociedad anterior a Newton. De un plumazo pues, elude toda explicación con respecto al esclavismo y al feudalismo, que serían una especie de "prehistoria". El desarrollo comienza con el capitalismo y acaba en él. Sin embargo, nada explica teóricamente el que coexistan naciones que se hallan en tiempos distintos. Tampoco se sabe por qué la historia se detuvo en unos países– ¡como si ello fuese posible!–.

Criticar *in extenso* la obra de Rostow escapa a los alcances del presente trabajo. Queda solamente señalado el fuerte carácter ideológico que le ha conferido una categoría especial como producto de exportación.

La otra dirección que toma el análisis del desarrollo inspirado en los estudios de C. Clark es la teoría del dualismo estructural que tiene una contrapartida sociocultural en las teorías de la marginalidad y de la modernización.

El desarrollo industrial de un grupo de naciones del noroccidente europeo en el siglo XVIII y su expansión hacia países de economía anacrónica y precapistalista, provocó en la economía de estos últimos la formación de dos sectores: uno capitalista, vinculado al "país central" y otro precapitalista, en el cual se mantenían los sistemas productivos usuales.

Esta situación inicial se ha ido acentuando en el tiempo por la acción de una serie de factores reforzantes, en especial la tecnología. La acción de factores externos ha llevado, por otra parte, a la conformación de tres y no de dos sectores productivos: el enclave importador–expor-

tador, el hinterland atrasado y un núcleo industrial que produce para el mercado interno.

Así establecido el dualismo, éste "condicionará todo el proceso social subsiguiente. El dualismo de la estructura económica se reflejará, por un lado, en la distribución sumamente desigual del ingreso y por otro, en una demanda de bienes finales poco vigorosa... De esta manera, el excedente que pasa a manos de la clase dirigente tiende a originar formas de consumo suntuario o a filtrarse hacia inversiones en el exterior".[22]

En suma, el subdesarrollo se mantiene por este desequilibrio de factores productivos, el cual se expresa en un permanente desajuste entre la oferta y la demanda de los recursos. Esta situación es acentuada por la orientación de la tecnología asimilada, la que contribuye a acentuar la brecha intersectorial.

En líneas generales éste ha sido el planteamiento predominante de las ciencias sociales latinoamericanas desde 1949, cuando aparecen los trabajos de Jacques Lambert.[23] La supervivencia de una economía agraria feudal y latifundista, provocaba una situación de desequilibrio político, social, cultural y económico. Este hecho era coadyuvado por el mantenimiento del patrón de "desarrollo hacia afuera" que había perpetuado el atraso industrial, tecnológico e institucional a través de la dependencia del comercio exterior,

[22] Celso Furtado, *Dialéctica del Desarrollo*, trad. por B. Hopenhayn, México, F.C.E., 1965, p. 43.

[23] Ver especialmente: Jacques Lambert, *América Latina, Estructuras Sociales e Instituciones Políticas*, Trad. por P. Bordonaba, 2a. ed., Barcelona, ed. Ariel, 1970, y también Os Dois Brasis.

la misma que se había acentuado por el deterioro de los términos de intercambio que siguió a la finalización de la Guerra de Corea.

La profundidad de este dualismo y por ende el nivel de subdesarrollo de un país puede ser medido a través de la importancia relativa del sector atrasado. De este modo, el desarrollo implicaría dos condiciones necesarias: un incremento del ingreso por persona y un crecimiento —o al menos un estancamiento— del porcentaje de mano de obra ocupada en el sector avanzado.

Cabría preguntarse cuál va a ser la actividad que absorberá la mano de obra del sector atrasado, en condiciones tales que implique una creciente productividad del trabajo. Tradicionalmente, las economías latinoamericanas habían mantenido el modelo de desarrollo hacia afuera, basado en la exportación de bienes primarios. Sin embargo, autores como Myrdal, Singer y especialmente Prebish han demostrado empíricamente y Nurkse lo ha hecho teóricamente que cada vez son menores las posibilidades dinámicas del comercio para los países subdesarrollados.

Esto implica la necesidad de desarrollarse en base al crecimiento del sector industrial. El planteamiento de este modelo de "desarrollo hacia adentro", que históricamente sólo se había dado en la Unión Soviética, ha sido la preocupación fundamental de los principales analistas latinoamericanos. Fruto y expresión destacada de esta reflexión, fue el trabajo de la CEPAL durante la pasada década, presionando por una mayor ingerencia del Estado en el proceso — a través de la planificación—, por la adopción de una serie de reformas económicas e institucionales y por

la integración a nivel latinoamericano, como medidas que viabilicen el desarrollo hacia adentro.

A un nivel teórico más general se plantea la alternativa entre el desarrollo desequilibrado y el crecimiento concomitante y paralelo de todos los sectores de la economía, "único medio –dice Nurkse– de ampliar la magnitud del mercado y crear estímulos a la inversión". [24] Una modificación al respecto es la de Françoise Perroux quien postula la necesidad de "polos dinámicos de crecimiento", dentro de los cuales podría darse un desarrollo equilibrado que se difundiría por todo el país. De esta manera arguye, sería factible la alta concentración de capital necesario para el "despegue".

Todo este proceso supone, como es obvio, un notable esfuerzo de ahorro nacional. A este respecto, en un trabajo ya célebre,[25] Arthur Lewis plantea la posibilidad de aprovechar la considerable porción de mano de obra subempleada, propia de los países subdesarrollados. Es decir, si aquella porción de la población que tiene una productividad marginal nula, se transfiere del sector atrasado a otras actividades, el consumo global no tendría por qué aumentar y por tanto el producto adicional así obtenido sería la concretización del ahorro potencial disponible y por tanto, susceptible de ser invertido.

Toda esta concepción dualista, revisada aquí en apretada síntesis ha constituído un notable aporte al análisis del fenómeno del desarrollo,

[24] *Op. cit.*, p. 21.

[25] Arthur Lewis, "Desarrollo Económico con Oferta Ilimitada de Mano de Obra", El Trimestre Económico, *XXVIII*, 108.

FLACSO

al profundizar una serie de aspectos característicos de las economías subdesarrolladas y, posibilitando, por tanto, una visión más amplia y global del fenómeno. Además, marca el acento sobre la realidad del subdesarrollo, lo cual supone partir de datos empíricos –sobre los que se construye la teoría– subestimando así el enfoque deductivo y ahistórico, propio de la teoría económica convencional.

Esta concepción, por otra parte, no sólo se limitó a lo económico sino que tuvo su contraparte sociológica en la teoría del "cambio cultural", desarrollada originalmente por la escuela estructural funcionalista norteamericana [26] y retomada y profundizada en base a investigaciones empíricas por el Centro para el Desarrollo Económico y Social de América Latina, DESAL.

América Latina, según este enfoque, nació dicotomizada a consecuencia de la superposición cultural, lo que produjo a su vez, una dualidad de valores, estructuras sociales y de regímenes políticos y administrativos. [27] Esta dualidad tendría su expresión ecológica en la coexistencia de un "cordón urbano–costero, europeizado y un hinterland nativo, bárbaro e incivilizado". [28]

Esta situación inicial se "congeló" al mantenerse la superposición en lo cultural, en lo socio–étnico, en lo ecológico –aunque yuxtapuesto– en lo económico y en lo político, y ha de-

[26] Al respecto ver el análisis crítico de André G. Frank, *La Sociología del Desarrollo o el Subdesarrollo de la Sociología.*

[27] DESAL, marginalidad en América Latina, Barcelona, Ed. Herder, 1969, p. 16.

[28] *Ibid,* p. 20

terminado "la marginalidad" creciente de un vasto sector poblacional. Hay que anotar que este proceso se acentúa por el "herodianismo" de las clases dominantes que llegan a pensar y a actuar de acuerdo con los valores e intereses de la metrópoli.

De este modo, y a través de esta referencia histórica, se arriba a la situación actual, que se caracteriza por estar escindida en dos segmentos: la sociedad global, con su estructura clasista, y los marginales, "grupos sociales que, no obstante ser miembros de la sociedad, no llegan a penetrar en la intimidad de sus estructuras". [29] El grupo marginal se define por su falta de participación —activa o receptiva— y por su desintegración interna. Esta "falta de participación" sintetiza todas las carencias, toda la miseria, toda la dominación de que son sujetos, en mayor o menor grado, los sectores laborales más explotados. Allí están las altas tasas de mortalidad, los crecidos índices de analfabetismo, el bajo ingreso por persona, las deficiencias en calorías y proteínas, la falta de tierra, la carencia de seguridad social, el ningún peso político efectivo, la represión sistemática, etc.

A su vez, esta situación de marginalidad se caracteriza por su emergencia —dado el rápido crecimiento poblacional— por su globalidad —pues afecta a todas las facetas del actuar social— y por su radicalidad —el marginal requiere de una ayuda externa para superar su situación—.

Este enfoque, compartido parcial o totalmente por una serie de especialistas en ciencias

[29] *Ibid*, p. 49

sociales, ha traído en primer plano y en forma cuantificada el resultado del desarrollo capitalista en América Latina. Este aporte, que trasciende la esfera puramente científica, logrando repercusiones políticas, bastaría para justificar la presencia de DESAL, pues sienta precondiciones para un ulterior desarrollo y profundización de las ciencias sociales.

Empero, nos hallamos frente a un análisis forzosamente limitado por la misma visión sociológica que subyace en él. En efecto, si bien la teoría de la marginalidad no cae en ciertas ingenuidades y contradicciones que aparecen en las teorías del "cambio cultural", en cambio adolece de ese empirismo propio del estructural–funcionalismo. En suma, el análisis se queda a nivel de las relaciones sociales, lo cual le confiere un carácter descriptivo antes que analítico. Es por esto, que la categoría básica de la marginalidad describe acertadamente una situación, pero fracasa cuando se la usa como instrumento para explicar dicha situación.

Desarrollo y Cambio de Estructuras

La concepción del desarrollo como proceso de modernización, vino aparejada a una clara tendencia optimista en las ciencias sociales latinoamericanas. En ello intervinieron, tanto la coyuntura económica que predominó a comienzos de la década del 50 como una ideología, creada en ese marco, que permitía –y justificaba– una articulación de clases en torno a una "burguesía nacional", progresista e impulsora de la industrialización, y en la cual participaban acti-

vamente los sectores medios y el proletariado.

Los sociólogos y economistas latinoamericanos trascendían con sus formulaciones el plano especulativo, ya que la coyuntura política favorable las constituían en proyectos nacionales de desarrollo. Sin embargo, a la postre, existieron demasiadas contradicciones internas como para que el esquema se diese. [30] Más aún, al evaluar la pasada década, los cientistas sociales latinoamericanos constataban que sus predicciones estaban muy lejos de cumplirse. "El análisis de los problemas de América Latina –dice Helio Jaguaribe, uno de los principales ideólogos de la tesis de la "burguesía nacional"– lleva a un cuadro descriptivo e interpretativo en el que sobresalen tres puntos: 1) el estancamiento económico, político, social y cultural de la región; 2) la marginalidad creciente, interna y externa, y 3) la desnacionalización. . . de los sectores estratégicos de la economía,. . . cultural y político – militar". [31]

Todo esto condujo a una posición crítica con respecto a los instrumentos analíticos utilizados. Sin rechazar por completo los estudios previos, fue viéndose la necesidad de una reinterpretación de los datos en base a un método estructural e histórico. El problema era mostrar las implicaciones que surgen del tipo de combinación que se da entre economía, sociedad y política en momentos históricos y situaciones es-

[30] Ver al respecto: Theotonio Dos Santos, *La Dependencia y la Crisis de la Teoría del Desarrollo en América Latina*, Ruy M. Marini, Subdesarrollo y Revolución, André G. Frank, *op. cit.*

[31] Helio Jaguaribe, *et al.*, *La Dependencia Político–Económica de América Latina*, México, Ed. Siglo XXI, 1969, p. 6–7.

tructurales específicas. [32]

Se llega así a una concepción según la cual el desarrollo y el subdesarrollo son los polos de una contradicción dialéctica, es decir, partes de un solo proceso histórico: el desenvolvimiento del capitalismo que fue desarrollando y subdesarrollando a las naciones, según el papel que les cupo jugar. La noción causal y relacionante entre los dos polos del proceso es la dependencia, pero ya no planteada como un mero agente externo que limita el crecimiento histórico de un país. Se trata, precisamente, de substituír este concepto mecánico–causal por un tipo específico de concepto causal –significante, ya que las implicaciones de la dependencia son determinadas por un modo de relación históricamente dado. [33] En otras palabras, la forma específica que adoptará esta relación estará fijada por la estructura de clases del país dependiente. Puesto que el fenómeno es dialéctico, se da una interrelación entre lo interno y externo, la cual determina la especificidad histórica de cada situación.

En estas circunstancias, el desarrollo supone una radical reordenación del sistema productivo, en que se asientan las estructuras jurídico–política e ideológica, lo cual conlleva la ruptura de la relación de dependencia. Hay que señalar que, si bien la superación del dualismo implica, para los mantenedores de la posición antes mencionada, la realización de una serie de reformas que afecten decisivamente la estructura econó-

[32] Cardoso Fernando, y E. Faletto, *Dependencia y Desarrollo en América Latina*, 2a. ed., México, Ed. Siglo XXI, 1970, p.1.

[33] *Ibid*, p. 20.

mica e institucional, la perspectiva es distinta, pues ya no se busca únicamente la eliminación de las trabas que obstan un fluído crecimiento de la economía. La percepción histórica y totalizante del fenómeno del subdesarrollo lleva a una solución que, en último término, se define como una transformación de las relaciones sociales de producción.

Este hecho ha planteado dos problemas en el campo del desenvolvimiento teórico de esta concepción.

En primer lugar, ha sido afectada por las notables implicaciones políticas que conlleva, en virtud de la usual –aunque falsa– dicotomía que se presenta entre la actividad científica y la política.

Si bien la sociología ha logrado superar en algo este error de óptica, esto mismo ha significado un desigual desarrollo de los instrumentos analíticos que debieron haber sido aportados por otras ciencias y en especial por la economía. Presos aún de esa concepción que separa las ciencias sociales en compartimentos estancos, los economistas no han logrado sistematizar debidamente el fenómeno de la dependencia en una perspectiva más amplia que el tratamiento de los problemas del comercio exterior. Esta carencia teórica que se va superando muy lentamente, pues todavía pesa fuertemente el primer factor limitante señalado, hace de los trabajos más descriptivos que analíticos. Sin embargo, es precisamente éste el material que va posibilitando una percepción más profunda del proceso y por tanto, una superación del objeto social a través de la teorización.

II. EL METODO DE ANALISIS DEL DESARROLLO

1. La Economía Convencional

Cuando Adam Smith publicó en 1776 su célebre libro "Investigación sobre la Naturaleza y Causas de la Riqueza de las Naciones", distaba mucho de ser un desconocido. Ya en 1759, la aparición de su "Teoría de los Sentimientos Morales" le consagra intelectualmente y atrae a un considerable número de estudiantes, ansiosos de oír sus enseñanzas de Filosofía Moral en la Universidad de Glasgow. [1]

Este hecho, de haber sido Smith moralista y filósofo antes que economista, no es tan intrascendente como pudiera parecer, pues nos ha permitido ver con más claridad en su obra rasgos que se han perpetuado en la ciencia económica.

La piedra angular de la construcción smithiana es el interés personal: "La división del trabajo deriva de la propensión humana al cam-

[1] Gabriel Franco, *Prólogo a la Riqueza de las Naciones*, p. VIII

bio. . . Esta propensión sólo se encuentra en el hombre. . . Se halla estimulada por el egoísmo. . . dando lugar a diferencias de aptitudes más importantes que las diferencias naturales y haciendo útiles tales diferencias".[2] La justificación ideológica de este apetito personal de riqueza, de este "egoísmo", lo va a hallar el profesor de Filosofía Moral en la existencia de una "mano invisible" que conduce a los hombres de tal manera que "los hace distribuír las cosas necesarias de la vida casi de la misma manera que habrían sido distribuídos si la tierra hubiera estado repartida en partes iguales entre todos sus habitantes; y así, sin proponérselo, sin saberlo, promueven el interés de la sociedad y proporcionan medios para la multiplicación de la especie".[3]

Smith confiere a la economía un carácter deductivo que luego será mantenido por Ricardo. Se crea un ente ideal, "el hombre económico", que es la tipificación de la conducta humana en todo aquello que atañe a lo económico. Contando con esta base, la labor del economista consistía en deducir, a través de un proceso de abstracción lógica, cómo reaccionaría este ente frente a diversas situaciones. De esta suerte, podía crearse en la economía las condiciones de laboratorio propias de las ciencias físicas.

Más aún, si bien en Smith son frecuentes las alusiones históricas, progresivamente se va perdiendo esta noción. El conocimiento eco-

[2] Adam Smith, *La Riqueza de las Naciones*, op. cit. pp. 16–18

[3] Adam Smith, *Theory of Moral Sentiments*, parte IV Cap. I, cit. por Gabriel Franco, *op. cit.*, p. XXVI.

nómico deviene en ahistórico, ya que se asume que el "hombre económico" es la encarnación de la naturaleza humana, en abstracto. Además, subyace en la interpretación de los clásicos un cierto mecanismo impregnado de optimismo, que les permite justificar teóricamente la desigualdad. Al postular que la acción en busca del interés privado es simultánea e inconscientemente un aporte al bienestar de la colectividad, no sólo están soslayando la explotación que ejercía la clase de la cual ellos eran ideólogos, sino que además condicionan la racionalidad del sistema económico a la búsqueda del interés personal de los escasos propietarios de los medios de producción.

Estos dos elementos presentes en la escuela clásica se acentúan notablemente en el pensamiento de los neoclásicos. Centrando el interés analítico en el consumo, perderán de vista el carácter social de la producción y engendrarán un método subjetivo y ahistórico. Además, concebirán a la sociedad como una aglomeración de individuos, relacionados entre sí, borrando toda diferenciación cualitativa generada a través del proceso de producción. El carácter apologético de las ciencias se agudiza. Ya no se busca la conciliación entre el interés privado y el común. Simplemente se niega lo evidente. "La introducción del subjetivismo –dice Eric Roll– dispensaba a los economistas de interesarse por un orden social determinado. Unos teoremas que habían sido formulados sobre la base de que individuos iguales se dedican a la abstinencia, al trabajo y al esfuerzo, no podían decir nada acerca de la diferenciación social real de esos in-

dividuos, sino que la mayor parte de las veces estaban excelentemente acomodados para la defensa de cualquier realidad existente, por alejada que estuviera de los supuestos abstractos".[4]

Todos estos supuestos, que por cierto van a permanecer incólumes en la formulación keynesiana, han hecho que la economía convencional insista en análisis parciales, utilizando un instrumental que es predominantemente estático o que toma al tiempo como una variable que produce alteraciones meramente cuantitativas. Más aún, este instrumental se reputa universalmente válido, ya que se supone fundamentado en la naturaleza humana, lo cual además, le confiere imparcialidad y objetividad absolutas, caracteres que se atribuyen como substanciales del conocimiento científico.

¿Cómo afectan estas cualidades de la economía convencional al estudio de un problema como el desarrollo?

Básicamente, se plantean dos áreas de análisis. La primera, relacionada con el método mismo, y la segunda, con el contenido ideológico y sus implicaciones. Trataremos a continuación de analizar los dos aspectos por separado.

Su Método de Análisis

El análisis de un fenómeno social cualquiera nos plantea el problema metodológico de delimitar el ámbito de validez de las formulaciones

[4] Eric Roll, *Historia de las Doctrinas Económicas*, trad. por F. Torner, 7a. ed., México, F.C.E., 1971, p. 342.

teóricas al respecto. En otras palabras: es necesario definir la especificidad histórica y espacial del fenómeno a estudiarse, y además, el nivel de particularización necesario para lograr su cabal comprensión.

Habíamos afirmado que la utilización del método deductivo había llevado a la economía a insistir en análisis ahistóricos, parciales y estáticos. Puesto que el argumento justificativo se reducía, en esencia, a la existencia del "hombre económico", parece lógico empezar por la revisión de este concepto.

Especialmente a partir de los neoclásicos, se va decantando una visión del hombre como consumidor racional. El trabajo de este hombre consumidor tiene como única razón el dar frutos para el consumo y, por esto, tiene su sentido puesto en algo que está fuera del mundo mismo del trabajo. [5]

Lo que primero salta a la vista es la facilidad con que se desglosa lo puramente económico del conjunto de motivaciones humanas. Esto permitirá tratarlo como una porción de conocimiento científico plenamente delimitado, con relaciones más bien secundarias con otras ciencias que analizan los fenómenos sociales. En segundo lugar ya en el campo específico de lo económico, se atribuyen dos características al comportamiento humano: primero, la de estar constantemente guiado por el interés personal; y segundo, la perenne capacidad de tomar las decisiones más correctas en atención al fin propuesto, cual es el maximizar la utilidad económica.

[5] Franz Hinkelammer, *Economía y Revolución*, op. cit., p. 16

Es interesante observar, en este punto, que las características antes anotadas —libremente atribuídas a la naturaleza humana — no han estado presentes desde siempre en la historia del hombre, ni aparecen en todos los pueblos en un instante dado. Es útil, a este respecto, la distinción que hace José Medina Echavarría entre sistema económico "integrado" y sistema económico "puro". El primero es aquel en donde la actividad económica está orientada y por tanto contenida por valores no económicos, cualesquiera que éstos sean. En el sistema económico puro, en cambio, esta actividad está orientada y por tanto desbordada por valores exclusivamente económicos. [6]

Ahora, si bien las características atribuídas a la naturaleza humana pueden, supuestamente, reconocerse en la actuación de ciertos grupos sociales, la doble posibilidad antes señalada —que es fácilmente comprobable en la historia— nos obliga a determinar históricamente a dichos grupos, a situarlos y a fecharlos. No existirían, entonces, formas de reacción económica inherentes a la naturaleza humana en abstracto, sino formas de conducta condicionadas por una estructura histórica específica.

Así, en la Edad Media —un claro ejemplo de sistema económico integrado— existían una serie de valores no económicos que dictaminaban lo económico. Alguien que en esa época hubiese buscado ser rico antes que perfecto desde el punto de vista religioso, habría sido considerado como socialmente desajustado. El exce-

[6] José Medina, *Filosofía, Educación y Desarrollo*, México, Siglo XXI, 1967, p.15.

dente económico se destinaba, en buena parte, a la construcción de magníficas iglesias y al sostenimiento de conventos y monasterios. Se trataba, en fin, de una "naturaleza humana" muy distinta de la que domina en el capitalismo. Es recién con éste que se da por primera vez un sistema económico puro. Lo económico no sólo es determinante sino dominante en este modo de producción. [7] El excedente se invierte según su utilidad marginal y no, como antes, "ad majorem Dei gloria". Y, más precisamente, es una clase social, la burguesía, la que encarna con mayor nitidez esos atributos.

Cuando Smith y sus sucesores escribieron sobre la naturaleza humana, inconscientemente generalizaron el comportamiento de su clase al comportamiento humano. Olvidaron que "El Hombre" en abstracto no existe realmente y que lo único que hay es hombres historicizados. Como señala Joan Robinson, "los economistas ingleses, desde Ricardo hasta Keynes, están acostumbrados a considerar como un marco *tácitamente* aceptado, las instituciones y problemas de la Inglaterra de sus propios días". [8] De hecho, no están refiriéndose al "Hombre" en general, y en condiciones abstractas, sino que, sin decirlo, están pensando en situaciones muy concretas.

Esta concepción "ahistórica" de la economía no es la única consecuencia de un conoci-

[7] Nicos Poulantzas, *Clases Sociales y Poder Político en el Estado Capitalista*, trad. de F. Torner, México, Siglo XXI, 1969, pp. 5–6.

[8] Joan Robinson, *Ensayos sobre Análisis Económico*, trad. de Marta Chávez, México, F.C.E., 1964, p.10.

miento de tipo fundamentalmente deductivo. La posibilidad de contar con un ente ideal, desligado de toda localización espacial o temporal, permitió a los economistas trasladar a su ciencia métodos experimentales y casi "de laboratorio", propios de las ciencias físicas y naturales. De esta suerte, se sentó el prerrequisito teórico que permitiría primero, conferir absoluta autonomía a lo económico con respecto a las demás ciencias sociales y, segundo, insistir en ciertos problemas de la economía desligándolos no sólo del contexto social sino incluso de todo el quehacer económico.

En cuanto al primer punto, es factible —si atendemos únicamente a las relaciones visibles— deslindar lo económico. Partiendo de los conceptos usuales propios de la diaria práctica, neoclásicos y marginalistas levantaron su construcción. Puesto que la oferta y la demanda desempeñan un papel efectivo en la formación de los precios, puesto que distintas combinaciones entre los factores de producción repercuten en la tasa de ganancia, ya que es posible arribar a ciertas condiciones de equilibrio y crecimiento de los flujos económicos, los precios y los salarios, las teorías económicas contemporáneas pueden lograr un conjunto de resultados positivos. [9] Sin embargo, este conocimiento aún se mueve a un primer nivel de realidad: el empírico. El análisis no penetra en la estructura social, se limita a describir ciertas relaciones que, más o menos arbitrariamente, han sido calificadas como económicas. Así, por ejemplo, se pone

[9] Maurice Godelier, *Racionalidad e Irracionalidad en Economía*, Trad. de N. Blanc, México, Siglo XXI, 1967, p.70.

al consumidor frente a una gama de bienes y servicios. Puesto que éste tiene un determinado tipo de preferencias, las expresa a través de su demanda individual, la cual, unida a muchas otras demandas individuales, hará la demanda global determinante del precio. Este tipo de análisis pasa por alto la relación social implícita en el acto de compra o venta. Al no sustentarse en una teoría del valor, lo único que se intercambia son cosas y no productos del trabajo humano o fuerza de trabajo. Además, se atomiza a la sociedad en unidades individuales que compran y venden con una racionalidad compulsiva, olvidándose las relaciones que están detrás del mero acto mercantil, relaciones entre grupos sociales definidos, con papeles cualitativamente distintos dentro de la estructura societaria.[10]

Analicemos, finalmente, la última característica: la tendencia a realizar análisis estáticos, o en su defecto, a utilizar el tiempo como variable que produce simples alteraciones cuantitativas.

El enfoque estático surge, obviamente, por las facilidades que brinda al análisis. Convalidado científicamente por las mismas razones que hicieran ahistórica a la economía, parecía lícito limitar las variables que actuarían en el desentrañamiento de un problema eliminando aquellas que, como el tiempo, restaban diafanidad al estudio. A veces se apela al método de la estática comparativa, esto es, a "la investigación de los desplazamientos, en un sistema, de una posi-

[10] Ver al respecto O. Sunkel, *El Subdesarrollo Latinoamericano y la Teoría del Desarrollo*, op. cit., p. 87.

ción de equilibrio a otra, sin reparar en el proceso transitorio involucrado en el ajuste".[11] En otros términos, se introducen en un sistema de relaciones ciertos datos en forma de parámetros y se observa cómo cambian las variables al alterarse los parámetros.

La tercera posibilidad, ligada por cierto a las dos anteriores, caracteriza al proceso económico como gradual, continuo y acumulativo. Alterándose imperceptiblemente, creciendo lentamente –*natura non facit saltum* es la divisa de los "Principios... " de Marshall– se considera a la sociedad como evolucionante a través de sucesivos estados de equilibrio.

Este carácter sincrónico del análisis económico se fundamenta en un planteamiento elemental: la congruencia entre el sistema normativo de la sociedad y la personalidad social de cada individuo. Esta congruencia facilita un rápido restablecimiento del equilibrio frente a cualquier disfuncionalidad.

La relación se asegura, pues el sistema normativo de la sociedad se supone fundamentado en el consenso nacional general. Este creencia es la que lleva a hablar del capitalismo como *el sistema* conforme a la naturaleza humana, y por ello, como el último estadio de la evolución social de la humanidad.

El carácter ideológico de estas suposiciones es evidente y sus fundamentos ya han sido analizados con anterioridad. Al concebir la sociedad como un simple agregado de individuos en equilibrio constante, se está negando de raíz toda es-

[11] P. Samuelson, *Los Fundamentos del Análisis Económico*, trad. de U. Bagic, Buenos Aires, Ed. El Ateneo, 1957, p. 8.

tructura subyacente. Se intenta resolver el problema a nivel periférico, descriptivo, remitiendo las últimas respuestas a una hipotética "naturaleza humana". Se plantea el desarrollo como una mera acumulación cuantitativa que toma la forma de una línea ascendente y que, por lo tanto, es fácilmente mensurable y susceptible de predicción en base al conocimiento de ciertas variables y parámetros. Sin embargo, al reducirse todo a un concepto a priori como es el de la naturaleza humana, se fracasa ante el problema fundamental de las ciencias sociales, cual es el de la comprensión cabal de los procesos históricos.

Los Contenidos Ideológicos

Las ciencias sociales, y por tanto la economía, tienen la reputación –dada por quienes la practican– de ciencias "asépticas", es decir, no comprometidas con nada ni con nadie, no contaminadas por ideología o interés alguno. Esta es, sin embargo, una afirmación cada vez más cuestionada.[12] Tras toda una apariencia de objetividad irreprochable subyacen concepciones que son el directo producto de determinada perspectiva. El economista, el sociólogo o el antropólogo, al enfrentarse a cualquier problema inherente a su disciplina, deben antes que nada, definir sus dimensiones, o sea, elegir de su arsenal científico aquellos instrumentos que les parezcan más adecuados para comprender dicha

[12] Ver por ejemplo: Pablo González, *Sociología de la Explotación*, 2a. ed., México, Siglo XXI, 1970.

cuestión. Esta elección escapa a los límites de la objetividad e implica valoraciones que necesariamente serán influídas por la situación personal del científico social.

Desde una perspectiva económica, el desarrollo significa un persistente aumento de la productividad del factor trabajo, el cual repercute en la forma en que se distribuye y utiliza el producto social. [13] En la raíz de este proceso se halla implícito el mecanismo de asignación de recursos que asegure una óptima combinación de factores.

Ahora bien, todo esto nos conduce a un problemas de base: el de la racionalidad económica, relacionado con dos cuestiones fundamentales: la elección de objetivos y la determinación de los medios factibles para lograrlos.

En lo que al desarrollo se refiere, la selección de objetivos involucra una definición en sí del proceso, significa determinar a quiénes y de qué forma va a afectar el desarrollo. De esta respuesta, necesariamente, saldrán los criterios que permitirán dilucidar la segunda cuestión: los medios a arbitrarse para lograr los fines propuestos.

La elección de los medios es una operación científica, aparentemente "pura". Sin embargo, como se ha demostrado, está supeditada, en último término, a una decisión puramente ideológica como es el señalamiento de las metas. Por ello, no existe ciencia social aséptica y es perfectamente lícito rastrear las convicciones ideológicas que subyacen en esa suma de formulaciones "objetivas" que dice ser la economía con-

[13] Celso Furtado, *Desarrollo y Subdesarrollo*, op cit. p. 13

vencional —neoclásica y keynesiana— y de la cual la teoría del desarrollo es un integrante.

Tal como lo plantea el marginalismo, la racionalidad del sistema se logra en virtud de la actitud compulsiva de todos los miembros de una sociedad, quienes buscan exclusivamente la maximización de su utilidad personal. Este simple hecho, en una situación de competencia perfecta[14], asegura no sólo la asignación más conveniente de recursos, sino también la optimización de las satisfacciones.[15]

Detengámonos ahora brevemente en los requisitos de acción de los agentes económicos que son necesarios para conseguir la mejor situación posible. La teoría económica únicamente plantea dos opciones: la del productor y la del consumidor.

El productor racional, en primer lugar, deberá escoger un programa de actividad factible de realizar con los elementos de que dispone. Sobre esta base, eligirá una óptima combinación de recursos, para lo cual tiene que lograr igualar la productividad marginal de la última unidad monetaria gastada en los diversos insumos que entran en la producción. Luego, tiene que encontrar su escala óptima de producción, la cual se halla en el punto en que se igualan el precio del producto —que es un dato dado en el proble-

[14] Como se sabe, los requisitos de la competencia perfecta son tres: a) gran número de compradores y vendedores, de tal suerte que nadie puede individualmente afectar el precio; b) Conocimiento perfecto por parte de todos de lo que ocurre en el sistema, y c) Libre movilidad de capitales y mano de obra.

[15] Esto es, un punto conocido como un óptimo de Pareto.

ma– con el costo marginal de la firma.[16]

El consumidor, en cambio, actúa racionalmente cuando iguala la utilidad marginal de las últimas unidades monetarias gastadas en diversos bienes.

Hasta aquí no parece haber problema alguno, a más de aquellos que surgen de las dificultades del cálculo. Sin embargo, recordemos que una sociedad no es simplemente un agregado de individuos que venden y compran. Existen diferencias cualitativas, generadas históricamente, entre grupos de hombres que cumplen diversas funciones en la estructura de producción. Desde la perspectiva del análisis marginal –en el que se sustenta la economía convencional– la utilización óptima de la mano de obra se determina por el mismo principio aplicable a cualquier insumo de la producción, o sea, comprando fuerza de trabajo hasta el punto en el que se igualen su costo con su utilidad marginal.

Así vista, la racionalidad del trabajador radica en su participación activa y total en el funcionamiento de la empresa y en hacer suyo el interés de ésta, que consiste en lograr la utilidad máxima. Se trata, en una palabra, de una "racionalidad *complementaria, derivada y dependiente,* racionalidad que el trabajador debe tener para que la del capitalista sea plenamente efectiva y para que, por encima del capitalista, el sistema funcione sin contradicciones insuperables".[17]

[16] CF: Kenneth Boulding, *Análisis Económico*, Trad. de J. Bramtot, 8a. ed., Madrid, Ed. Revista de Occidente, 1963, cap. XX–XXI–XXII.

[17] Maurice Godelier, *op. cit*, p. 37.

La racionalidad que nos propone la economía convencional es, en suma, una racionalidad de clase. Se busca lo óptimo desde el punto de vista de los propietarios de los medios de producción y se subordina a ello una presunta racionalidad de los no propietarios. Esta concepción, obviamente, no es exclusiva de la economía, sino que domina la sociología. Así, en su monumental "Economía y Sociedad", Max Weber, señala cuatro normas típicas de la *economía racional:*

" 1.– Distribución con arreglo a plan, entre el presente y el futuro (ahorro), de aquellas utilidades con las cuales, cualesquiera que sean los fundamentos, creen poder contar los sujetos económicos.

2.– Distribución, con arreglo a plan, entre las varias posibilidades de empleo, de las utilidades disponibles, siguiendo el rango de la estimada importancia de aquellos: según su utilidad marginal.

3.– Obtención, con arreglo a plan, elaboración y acarreo de aquellas utilidades cuyos medios de producción se encuentran *todos* dentro del poder de disposición del sujeto económico. Una acción de esta especie, en el caso plenamente racional, tiene lugar, cuando la estimación de la intensidad del deseo *excede*, a tenor del resultado esperado, la estimación del gasto, es decir: 1) al esfuerzo por los trabajos requeridos, y 2) lo que de otra suerte representarían las otras formas

de aplicación de los bienes empleados y, por consiguiente, sus productos finales técnicamente posibles.

4.– Adquisición, con arreglo a plan, de los poderes de disposición y codisposición sobre aquellas utilidades que

a) ellas mismas o

b) sus medios de producción se encuentran a merced de poderes de disposición ajenos, o que

c) están a la disposición de extraños, que en su concurrencia dañan la propia provisión económica mediante la creación de formas de sociedad con los actuales poseedores de esos poderes de disposición o concurrentes. Estas formas de sociedad con los poseedores actuales de los poderes de disposición puede realizarse:

a) Mediante la creación de una "asociación" por cuyo orden debe orientarse la producción y consumo de las utilidades.

b) Mediante el cambio". [18]

De las cuatro normas expuestas por Weber, las dos primeras tienen un carácter más bien general. Todo sujeto económico dispone de bienes, fuerza de trabajo o portadores de ella, y debe distribuírlos entre ahorro y consumo en virtud de su utilidad marginal en cada uso. Como se ve, no se establece diferenciación social ninguna. La regla es evidente.

[18] Max Weber, *Economía y Sociedad*, trad. de J.M. Echavarría y otros, 2a. ed., I México, F.C.E., 1964, p. 52–53.

La tercera norma es sólo aplicable a los propietarios de los medios de producción, y explícitamente se lo señala. Similar cosa sucede con la cuarta.

Apliquemos las normas pertinentes a un no propietario de los medios de producción. Si lo consideramos como un potencial comprador no habrá problema[19]; sin embargo, él participa directamente en el proceso productivo como propietario de su propia fuerza de trabajo. Para actuar racionalmente, deberá venderla en condiciones tales que produzca una utilidad marginal mayor que la que obtuviera no trabajando. Pasemos por alto el hecho de que en la práctica está constreñido a venderla a un precio y a unas condiciones que le son impuestas. Más importante es señalar que dentro del proceso productivo el trabajador ya no se pertenece a sí mismo. Se ha enajenado al productor. Sus capacidades deben subordinarse al fin último de la empresa y del capitalista: la maximización de las ganancias.

De esta manera, la única justificación consistiría en demostrar que es precisamente a través de esta subordinación al productor que el trabajador obtiene el máximo bienestar posible. Sin embargo, puesto que la esencia ideológica del sistema de libre competencia es la búsqueda del lucro personal, "cuando los precios suben es justo y apropiado que los trabajadores pidan aumento de salarios y esto impide que los precios retrocedan de nuevo. Cuando los salarios suben es normal que las empresas suban los pre-

[19] No consideremos los problemas técnicos

cios, no en la cantidad sino en la proporción en que los costos primos han subido. Cuando los ingresos de un grupo aumentan, es perfectamente pertinente que otros grupos pidan otro tanto... Ninguno está conduciéndose mal. No es culpa de ninguno. Es la forma en que opera el sistema". [20]

Los desajustes presentes entre la teoría y la práctica ponen de manifiesto la incoherencia de los presupuestos. El atribuir lo que es bueno para una clase como bueno para toda la sociedad es algo ideológico, mas no científico. Por ello, no sólo que no se explica hechos como los que cita Joan Robinson, sino que además no se puede explicar ciertos problemas. Uno de ellos es de hecho: ¿Cómo desapareció la etapa de la libre competencia pese a la mano invisible que llevaba al sistema, más o menos automáticamente, hacia el óptimo? El otro problema es de derecho: ¿Se halla fundamentada la igualdad creciente en la propiedad del capital? [21]

Puesto que en la teoría económica convencional subyace esta concepción ideológica, es natural que también esté presente en las formulaciones sobre el desarrollo. Claro está que no aparecerá explícitamente el contenido de clase, sino que se ocultará bajo un complicado lenguaje científico que le dará carácter de objetivo e imparcial. La ciencia económica está partiendo de ciertos supuestos a priori y ellos determinan, en definitiva, sus contenidos básicos y sus apli-

[20] Joan Robinson, *El Fracaso de la Economía Liberal*, Trad. de A. de Yánez, México, Siglo XXI, 1968, p.21.

[21] Mauricio Godelier, *op. cit.* p. 52.

caciones directas, como es la teoría del desarrollo.

En resumen, al partir de la perspectiva de una clase, la economía no sólo no podrá criticar los intereses objetivos de dicha clase, sino que los racionalizará, haciéndolos extensivos a toda la sociedad. Como dice Baran, la tasa y la dirección del desarrollo económico dependen tanto de la *magnitud* como del *modo de utilización* del excedente económico[22], el mismo que ha sido y es apropiado por la clase propietaria de los medios de producción. Consecuentemente, un análisis hecho con las herramientas convencionales no extraerá toda la realidad, porque está limitado por su ideología. [23]

Señalemos, sin embargo, que esta crítica que hacemos no invalida absolutamente la economía convencional. No afirmamos que su substrato ideológico la hace falsa en su totalidad. Lo que sostenemos es que su percepción –por dichas causas– es incompleta, pues se mueve casi exclusivamente a un nivel descriptivo, para el cual ha desarrollado un instrumental altamente sofisticado que le permite analizar con mucho detenimiento aspectos de la diaria prácti-

[22] Paul Baran, *op.cit.*, p. 62.

[23] "La sola distinción entre trabajo productivo e improductivo encuentra una firme oposición por parte de la economía burguesa (. . .) Al tratar de suprimirla totalmente, intenta ahogar todo el problema al juzgar la productividad, la esencialidad y la utilidad de cualquier trabajo, en términos de su capacidad, para obtener un precio en el mercado (. . .) En tanto una actividad obtenga cualquier remuneración monetaria, se la trata, por definición, como útil y productiva (. . .) El aceptar esta prueba implica un razonamiento circular: juzgar una estructura socioeconómica dada con un criterio que es a su vez, un aspecto importante de esa propia estructura económica. P. Baran, *op. cit.*, pp. 48–49.

ca económica como son, por ejemplo, la formación de los precios. El error reside en afirmar que este nivel descriptivo es al mismo tiempo explicativo o analítico–deductivo y, por consiguiente en creer que sólo con el instrumental convencional podemos explicar un fenómeno complejo como el desarrollo. Precisamente, la gran tarea que debe realizar la economía es la de integrar el aporte neoclásico y keynesiano a una perspectiva estructural en la cual, como afirman Castro y Lessa, se comprenda que "el sistema productivo–distributivo está insertado en el contexto más amplio de la realidad social global y ésta, así como todos sus componentes, se encuentra configurada histórica y espacialmente".[24]

Una digresión: La Teoría del Comercio Internacional

Dentro de la problemática general del desarrollo, tiene un papel fundamental el comercio exterior. Vale la pena, pues, detenernos brevemente en este punto, a fin de buscar la forma en que ciertos elementos presentes en la economía convencional –y que brevemente hemos analizado– influyen en las políticas aconsejadas por la teoría ortodoxa del comercio exterior.

El principal reparo que hemos hecho a la teoría económica convencional es el de partir de bases a priori y por ello, ideológicas. Estas exi-

[24] A. Castro y C. Lessa, *Introducción a la Economía, Enfoque Estructuralista*, trad. de C. Colombiani, México, Siglo XXI, 1969, p.5.

gencias ideológicas han llevado a la economía a agotarse en análisis parciales, estáticos y ahistóricos, los cuales no se justifican en base a la práctica histórica, sino que se convalidan gracias a razonamientos deductivos que parten de ciertos atributos de una supuesta naturaleza humana. Veamos, pues, cómo se presentan estos factores limitantes en la teoría del comercio internacional.

La piedra angular de la política convencional del comercio exterior es el librecambismo. Aboliendo toda barrera que obste el comercio multilateral libre, se logrará la maximización del ingreso mundial. [25] Esta defensa del libre comercio se apoya en la eficacia —pero no necesariamente equidad— del sistema de precios. [26] "De hecho éste actúa con más eficacia cuando nos aproximamos a los supuestos clásicos de la competencia perfecta y de los costos constantes, es decir, con curvas de oferta y demanda infinitamente elásticas, y con una eficacia menor a medida que nos alejamos de dichos supuestos. Vistas así las cosas, la variación de la teoría del comercio internacional desde su formulación clásica ha sido una variación en el análisis y sólo de alcance limitado. En su mayor parte, ha consistido en una revisión de los supuestos básicos". [27]

Así, para los clásicos, el comercio interna-

[25] Gottfried Haberler, *Un Examen de la Teoría del Comercio Internacional*, trad. de M. de Gamboa y J. Floriani, Buenos Aires, Ed. del Instituto, 1965, p. 60.

[26] Charles Kindleberger, *Economía Internacional*, trad. de J. Ruiz, Madrid, Aguilar, p. 318.

[27] *Ibid.*, p. 323.

cional existía por la diferente productividad con respecto a una mercancía que tenían los países. O, en otras palabras, porque no costaba lo mismo producir un cierto bien en dos regiones. Esta diversa productividad estaba causada en diferencias cualitativas de los factores de producción.

Posteriormente, el acento se puso en las diferencias cuantitativas, y no cualitativas, presentes en los factores de producción. Estas nuevas ideas fueron recogidas en el conocido modelo o teorema de los tres–dos, el cual concluye en dos proposiciones fundamentales: "que la causa del comercio internacional debe buscarse en las diferentes dotaciones de factores productivos; y que el comercio internacional propicia una tendencia hacia la igualación de los precios de los factores de producción entre los países que comercian, sirviendo como sustituto de la inmovilidad internacional de factores". [28] El corolario de este teorema es que el libre comercio es el mejor medio para lograr una óptima asignación de recursos en un país.

Esta es la base sobre la que descansa la política ortodoxa del comercio internacional. Se trata, evidentemente, de una construcción matemática y geométricamente demostrable, lógica, elegante y aparentemente sólida. Sin embargo, la realidad niega porfiadamente lo que teóricamente es demostrado. Cada vez aumenta la brecha entre los países ricos y los pobres, y el comercio internacional, lejos de ser un elemento

28 Eugenio Anguiano-Roch, "Teoría del Comercio Internacional y Países en Desarrollo" en *Comercio Exterior*, vol. 12, México, 1970, p. 1004.

que posibilite la atenuación de las desigualdades, las acentúa. Así, Raúl Prebish en su informe a la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo, afirma que para que las naciones subdesarrolladas alcancen una tasa anual de crecimiento del 5 o/o (que fue señalada como mínima por la ONU para la "década del desarrollo 60–70"), el déficit de intercambio para estos países tendría que llegar para 1970 hasta a unos 20 mil millones de dólares. [29]

Dicho en otros términos, como señala Gunnar Myrdal, "no importa cuán intensamente se estudie la teoría del comercio internacional, ésta no nos proporcionará una explicación satisfactoria, en términos causales, de cómo ha surgido el hecho de las desigualdades económicas internacionales y del por qué existe la tendencia a que continúen aumentando". [30]

Examinemos los supuestos en los que se basan los teoremas que sustentan al librecambismo. El teorema de Heckscher–Ohlin se demuestra en base a un modelo en el que intervienen dos países productores de dos mercancías, las cuales a su vez requieren de dos factores productivos (trabajo y capital). [31] Sin embargo, no todo es tan fácil ya que existen ciertos supuestos como son: que ambos países mantengan idénticas téc-

[29] Raúl Prebish, *Nueva Política Comercial para el Desarrollo*, 2a. ed., México, F.C.E., 1966, p.15.

[30] Gunnar Myrdal, *Teoría Económica y Regiones Subdesarrolladas*, trad. de E. Cuesta y O. Soberón, 2a. ed., México, F.C.E. 1967, p. 19.

[31] De allí el nombre de *teorema de los tres–dos:* dos países, dos bienes, dos factores.

nicas de producción obteniéndose uno de los productos con uso intensivo de capital y el otro con uso intensivo de mano de obra; que no haya cambios en la oferta disponible de factores productivos, y que prevalezca en el mercado la competencia perfecta, no habiendo movilidad internacional de los factores de producción.[32]

El punto más discutible de entre los supuestos que sustentan este teorema es el de que los países tengan idénticas funciones de producción. Esto es, se niega a priori lo que es obvio: que por una serie de razones políticas, económicas, sociales y culturales los diferentes países se fueron integrando al mercado mundial con un diverso grado de madurez y diferenciación en sus economías, y que el proceso histórico, lejos de igualar el grado de complejidad de las estructuras productivas, ha acentuado considerablemente las diferencias.

Más aún, el teorema de Heckscher–Ohlin se estructura básicamente en torno a la idea de que es la distinta dotación de factores la que determina la especialización de un país en un cierto tipo de producción. Por otra parte, los países subdesarrollados se ven avocados a un proceso de industrialización como única salida a la explosión demográfica. En estas condiciones, según el teorema, toca a estas economías especializarse en una industria que emplee mano de obra intensivamente. El problema, sin embargo, no es tan sencillo. La integración de un país al mercado mundial no sólo significa la participación de un flujo de bienes y servicios. Implica también

32 Eugenio Anguiano-Roch, *op. cit.*, p. 1094.

la presencia de una serie de nuevos factores sociales y culturales que se traducen en la presencia de nuevas preferencias en la masa consumidora. De hecho estas alteraciones en la demanda inciden directamente en la tecnología empleada. Al integrarse al mercado mundial una economía, en la mayor parte de los casos, absorberá nuevos patrones de comportamiento y consumo que deberán ser satisfechos en base a una tecnología también importada. [33] Esto, en definitiva, supone que el coeficiente de capital por mano de obra empleada no es una variable dependiente de la dotación de factores de un país, sino una constante históricamente determinada.

Esto último es de vital importancia. Los productos industriales de exportación deben necesariamente partir de la existencia de un mercado interno, el cual está configurado en base a la distribución, nivel del ingreso y escala de preferencia de la colectividad. Un análisis ahistórico, parcial y estático prescindirá de los factores políticos, sociales y culturales y obtendrá conclusiones erradas. Si dichas conclusiones no escaparan al ámbito de la teorización, su trascendencia no sería mayor. Lamentablemente, en ellas se basan las políticas aplicadas a los países subdesarrollados. Dado que el presente trabajo no está centrado en el estudio del comercio internacional, no es conveniente profundizar téorica y analíticamente en este hecho. Más adelante intentaremos, sin embargo, retomar este problema de la especialización internacional en una

[33] Históricamente, el único país donde no se dio este fenómeno fue el Japón, en donde confluyeron una serie de factores culturales y políticos.

perspectiva histórica y estructural.

2. *Un Método Histórico – Estructural*

La crítica que hemos hecho a ciertos supuestos presentes en la teoría económica convencional –y que a nuestro juicio limitan considerablemente el análisis del desarrollo y del subdesarrollo– ha permitido que se vayan decantando ciertos atributos que, irremediablemente, deberán estar presentes en todo enfoque que pretenda una comprensión cabal de estos fenómenos.

Partamos del problema del desarrollo. Una primera aproximación nos revela a éste como un proceso actuado por grupos de hombres en condiciones históricas determinadas. Esta idea, naturalmente, no es analítica sino puramente descriptiva, fenomenológica. Además no responde a una apreciación deductiva, sino que por el contrario, es extraída inductivamente de la experiencia histórica. Trataremos, sobre esta base, de ir encontrando a través de sucesivas profundizaciones, las características del método que nos permita la captación analítica del fenómeno.

Decir que el desarrollo es un proceso, resulta casi una tautología. En efecto, es difícil encontrar una palabra con una connotación tan dinámica como desarrollo. Ello nos obliga, so pena de negar lo evidente, a utilizar un método dinámico para su comprensión.

Lo que caracteriza a este proceso es el ser actuado por grupos de hombres. Esto supone, en primer lugar, que cualquier interpretación que se haga no puede ser parcial. Es decir, no

existe de manera exclusiva un desarrollo económico o un desarrollo político o un desarrollo cultural, pues no existen esas abstracciones conocidas como el "hombre económico", el "hombre político", o el "hombre cultural". El enfoque, entonces, deberá ser totalizante, global.

En segundo lugar, hay que destacar que el proceso es actuado por grupos de hombres. Esto es, que si bien en la historia del desarrollo determinados hombres, aisladamente, juegan papeles al parecer decisivos, en realidad su notoriedad radica en la capacidad para liderar procesos que subyacen en la conciencia de un grupo determinado, que al reconocer la expresión de sus intereses impulsa el desenvolvimiento histórico en determinada dirección. Al mismo tiempo al afirmar que el proceso es actuado por grupos, se está negando otra posición extrema: que la historia es hecha por todo el conglomerado humano, indiferenciadamente. En realidad, y esto es constatable en la diaria práctica, hay que diferenciar entre una participación activa —como actor de las decisiones— y una participación receptiva —como ente directa o indirectamente afectado por dichas decisiones—. Esta diferenciación ya implica la existencia de elementos cualitativos que segregan a los hombres en grupos diversos y específicos y que por lo tanto tendrán intereses diversos, específicos y aún contradictorios. En definitiva, se está postulando una especial comprensión del fenómeno. Sociológicamente, el método de análisis deberá considerar a la sociedad dividida en grupos concretos con intereses concretos, en base a diferencias cualitativas que emanan de la propia estructura societaria, y no

como un simple agregado de individuos indiferenciados.

Finalmente, se había precisado que la actuación de estos grupos de hombres se realizaba no en circunstancias abstractas, atemporales y aespaciales, sino en condiciones históricas concretas y determinadas. Esto supone, en primer lugar, la especificación de dicho momento histórico y de sus interrelaciones con la intervención de los diversos grupos de la sociedad. Esta comprensión no puede ser meramente sincrónica, sino que deberá referirse al proceso histórico que crea las condiciones en la que actúan los hombres.

En segundo lugar, se está planteando la especificidad de cada análisis. En una palabra, ningún proceso de desarrollo puede ser idéntico a otro, pues cada uno es el producto de diversas circunstancias históricamente determinadas.

En este punto podemos hacer una recapitulación de los diversos criterios que se han ido desprendiendo del análisis de las más evidentes connotaciones del desarrollo de una sociedad. Hemos dicho que el método de análisis debe ser dinámico, totalizante, con una perspectiva sociológica que conciba a la sociedad integrada por grupos cualitativamente diferenciados e interactuantes y con una visión histórica que permita captar la especificidad del proceso.

Es menester, aún, hacer ciertas precisiones. Hay que señalar que no basta con yuxtaponer simplemente los diversos elementos económicos sociales, políticos y culturales sino que se trata de encontrar el conjunto de interrelaciones entre estos elementos que conforman una estructura.

De esta suerte estamos, además superando la segunda dificultad que podría surgir: la insistencia en la especificidad del proceso de desarrollo. En otras palabras, la insistencia en que cada contexto histórico determina un proceso concreto puede llevarnos a una mera descripción del fenómeno sin ninguna posibilidad de trascender, por la inexistencia de conceptualización. Como dice Celso Furtado, "el problema que se nos presenta es doble: primero, saber hasta qué punto es posible generalizar, para otras estructuras, las observaciones realizadas para una de ellas; segundo, definir relaciones que sean suficientemente generales como para tener validez en el curso de determinadas modificaciones estructurales".[34] Más aún, existe el riesgo de caer en el vicio opuesto al ahistoricismo. O sea, la determinación absoluta de la estructura históricamente conformada sobre los grupos de hombres, quienes no serán más que simples actores de una obra en la que ellos nada tuvieron que ver.

La aparente contradicción presente entre los requerimientos abstractos e históricos del conocimiento es superada a través de un enfoque estructural del problema.

En el sentido que el estructuralismo confiere al término *estructura*, lo esencial es que ésta pueda encontrarse en conjuntos diferentes. El estructuralismo supone la pluralidad de las organizaciones, siendo la estructura "la sintaxis de las transformaciones que permitan pasar de una variable a otra, y es esta sintaxis la que informe

[34] Celso Furtado, *Teoría y Política del Desarrollo Económico*, op. cit., p. 12.

sobre su número limitado, sobre la explotación restringida de las posibilidades teóricas". [35] Dicho de otra manera, una estructura es un sistema de relaciones invariantes respecto de ciertas transformaciones; es el substrato que permanece en la variación. Esto implica, que dicha estructura forma parte de lo real, más no de las relaciones visibles. Por tanto, el conocimiento estructural, si bien incluye la perspectiva empirista–descriptiva que, en definitiva, confiere la especificidad temporal y espacial a cada caso estudiado, no se queda allí sino que desciende a un nivel analítico–deductivo en el que, mediante la teorización, se identifican los factores que determinan el fenómeno externo. Se descifra, en suma, el funcionamiento interno de la estructura, entendida ésta no como una simple adición sino como una combinación compleja que sólo puede comprenderse por el análisis de las relaciones interestructurales.

El problema no está completamente resuelto, sin embargo, porque no podemos perder de vista el carácter histórico del proceso. No basta la solución ingenua que se limita a destacar la importancia de una secuencia temporal para la explicación, describiendo el origen y el desenvolvimiento de cada situación social. Es necesario

[35] Jean Pouillon, "Un ensayo de definición". En: *Problemas del Estructuralismo*, trad. de J. Campos, y otros, 3a. ed., México, Siglo XXI, 1969, p.8. Ver también:
J.M. Auzias, *El Estructuralismo*, trad. de S. González, 2a. ed., Madrid, ed. Alianza, 1970, pp. 15–16.
Pierre Daix, *Claves del estructuralismo*, Trad. de J. Vera, Buenos Aires, Ed. Calden, 1969, pp.37–39
Ernest Labrousse. *et al.*, *Las Estructuras y los Hombres*, trad. de P. Bordonaba, 2a. ed., Barcelona, ed. Ariel, 1970, p.p. 79–138.

que el devenir histórico se explique en base a categorías históricamente referidas. "De esa manera se considera al desarrollo como resultado de la interacción de grupos y clases sociales que tienen un modo de relación que les es propio y por tanto intereses y valores distintos, cuya oposición, conciliación o superación da vida al sistema socioeconómico". [36]

De esta forma se integran tres niveles de análisis: el descriptivo, el analítico–deductivo y el histórico–genético. El planteamiento no se queda en el puro estructuralismo sino que lo historiciza, y la categoría fundamental, la estructura social, se define como el ordenamiento de las partes que constituyen el todo social, relacionadas en niveles, de los cuales algunos son determinantes de otros a un cierto grado de abstracción, en movimiento histórico constante interno y tendiendo a un desarrollo histórico cualitativo. [37]

Finalmente, una anotación. Todo método de análisis responde, ineludiblemente, a una determinada teoría del conocimiento. En este caso, tras el enfoque histórico–estructural, subyace una percepción dialéctica de la realidad.

La esencia del pensamiento dialéctico, tal como fuera enunciado por Hegel, radica en el hecho de que el mundo no está constituído por cosas acabadas sino por un conjunto de procesos, y que solamente una lógica del desarrollo

[36] Fernando H. Cardoso y E. Faletto, *Dependencia y Desarrollo en América Latina*, 2a. ed., México, Siglo XXI, 1970, p.18.

[37] Joao Bosco Pinto. *Apuntes Sobre el Concepto de Estructura Social*, Bogotá, IICA–CIRA, 1970, p.1.

—a la cual él la llamó Dialéctica— podría capacitarnos para comprender esos procesos. Esta lógica se asienta en el principio de que los procesos se producen a través de la acción de los contrarios: de ahí que la Dialéctica lleva a comprender la historia como una oposición de fuerzas en equilibrio móvil.[38] Sin embargo, para Hegel, los fenómenos materiales y la historia son apenas reflejos de la Idea Absoluta en desarrollo. La Dialéctica Materialista —a decir de Marx— colocó cabeza arriba lo que Hegel había puesto al revés. Esto es, buscó las leyes del desarrollo en la materia misma, aunque actuantes también en el terreno de la conciencia, reflejo de la materia.[39] Dicho de otra manera, al más alto nivel de abstracción —y es necesario recalcar en ésto— la estructura societaria es determinada por el desarrollo material de la misma. Hemos puntualizado: *al más alto nivel de abstracción,* puesto que esta relación es dialéctica, y por tanto, la base material determina y es influída por lo superestructural.

La contradicción es la categoría fundamental de la Dialéctica. El desarrollo de la sociedad, del pensamiento o de la naturaleza es el producto del choque de elementos contradictorios que son inherentes a cada proceso, objeto o fenómeno del mundo material. Pero al mismo tiempo que estos elementos al ser contrarios se excluyen mutuamente, se hallan indisolublemente ligados entre sí, se hallan en unidad, en el sentido de

[38] Celso Furtado, *Dialéctica del Desarrollo,* op. cit., p. 28

[39] Joao Pinto, *Nociones sobre Dialéctica,* Bogotá, IICA—CIRA, 1970, p. 1.

que ninguno puede existir sin el otro.[40]

La contradicción es universal; por lo tanto, afecta a todo proceso y además, existe durante todo el proceso. Más al mismo tiempo debe tener un carácter particular, ya que toda forma de movimiento contiene en sí su propia contradicción específica, cualidad particular que distingue a una cosa de las demás.

Es necesario señalar los distintos tipos de contradicciones. Hay contradicciones internas de los procesos, que son la causa básica de su desarrollo, y contradicciones externas que constituyen la condición, las causas secundarias de los cambios. Hay dentro de un proceso una contradicción principal, y otras secundarias, subordinadas a la principal. Refiriéndonos específicamente a los procesos sociales hay, finalmente, contradicciones antagónicas y no antagónicas, según si su superación implique o no en forma necesaria, el advenimiento de un nuevo modo de producción. [41]

La contradicción explica la causa del movimiento de desarrollo. La forma del proceso está dada por una segunda ley dialéctica: la ley del tránsito de los cambios cuantitativos a cualitativos, que en suma expresa el hecho de que la acumulación de cambios cuantitativos ininterrumpidos conduce a un salto cualitativo. El desarrollo, se detiene a un nivel dado y se pasa a otro nivel, específicamente distinto del anterior.

[40] *Ibid.*, p. 2.

[41] Mao–Tse–Tung, "Sobre la contradicción", *en Obras Escogidas*, Pekín Ed. en Lenguas Extranjeras, 1968, p. 333–369.

Existe, por fin, una tercera Ley de la Lógica dialéctica denominada "ley de la negación de la negación". Ella recoge la dirección del movimiento. En un proceso, existe una cadena infinita de negaciones, entendidas como destrucciones o refutaciones producidas por causas internas, pero el fenómeno que negó al viejo, a su vez envejece y es negado. Mas esta negación no nos conduce en un proceso rectilíneo que supone el abandonar definitivamente lo pasado. Para la Dialéctica, al "negar lo negado" se está retomando lo aparentemente superado. Pero como el proceso es dinámico, este retomar se efectúa a un nivel más alto de desarrollo.[42] Así por ejemplo, al analizar teóricamente un fenómeno social a través de sucesivas aproximaciones que nos lleven de lo más concreto a lo más abstracto, cada paso sucesivo de nivel supone una negación del anterior, pero al mismo tiempo implica el retomar esas ideas desechadas a un nivel más alto de abstracción.

[42] Joao Bosco Pinto, *Nociones sobre dialéctica*, op. cit. p. 10.

III. LA HERENCIA COLONIAL

Lo primero que llama la atención al analizar el desarrollo americano, es el nítido contraste que existe entre el nivel de evolución de la porción anglosajona y la hispano–lusitana.

Alrededor de este hecho se han tejido las más variadas hipótesis, las mismas que, en su mayoría, basan toda su argumentación en la existencia de un diverso ethos cultural y de ciertas diferenciaciones sicológicas que han marcado la suerte de los dos subcontinentes.

Ciertamente, pese a contener elementos acertados, explicaciones de este tipo adolecen de fallas y de substanciales vacíos ya que se mueven a un nivel de puras relaciones sociales, sin penetrar en la estructura del proceso. Buscaremos, pues, interrelacionar factores económicos, sociales, culturales y políticos y no simplemente yuxtaponerlos, a fin de lograr, con los elementos históricos disponibles, una visión algo más profunda y causal de nuestro proceso de desarrollo.

1. *La España Precolombina*

Cuando España descubre América, en 1492, acababa de emerger de la guerra de la reconquista, sustentada en los anhelos expansionistas de los señores españoles, la misma que creó y consolidó una serie de elementos ideológicos que habían de reforzarse mutuamente a lo largo de los siglos XV y XVI con factores económicos, y terminarían por impulsar decisivamente la decadencia española.

Hasta el siglo XV, el desenvolvimiento de la península ibérica se asienta en la interacción de tres etnias: la cristiana, la judía y la mora, las mismas que coexisten en base a un cierto esquema de división del trabajo y de las funciones científicas, productivas y político–militares. Así, los musulmanes se especializaron en el dominio de la técnica y de algunas formas de organización social; los judíos, en el cultivo de la Filosofía, las ciencias y las finanzas; y los cristianos en el monopolio del ejercicio de las tareas guerreras y de mando. [1]

Esta combinación, de haberse mantenido, hubiera creado en España condiciones aptas para pasar de la fase mercantil a la fase industrial del capitalismo, pues existían los prerrequisitos tecnológicos y organizativos y un clima social apropiado para el surgimiento de innovaciones que posibilitasen, con el impulso del oro americano, una revolución industrial. Sin embar-

[1] Carlos Guzmán, "El Nacimiento de la Sociedad Colonial", *En* G. Guzmán y J. Hebert, *Guatemala: una interpretación histórico–social*, México, ed. S. XXI, 1970, p. 38.

go, el curso de las relaciones interétnicas en España lleva a modificar substancialmente este marco, generándose más bien formas políticas e ideológicas que ahogan todo desarrollo económico.

La guerra de la reconquista va a alterar radicalmente la red de interrelaciones entre los cristianos, los moros y los judíos. Al plantearse en términos de cruzada —en sentido religioso y nacionalista— refuerza las funciones militares y de mando de los cristianos y acentúa un hondo sentimiento de grupo, de comunidad, entre ellos. Esto supone de hecho una afirmación de superioridad y, por tanto, una clara separación de la casta cristiana frente a moros y judíos, a quienes se les comienza a adjudicar un status inferior. En estas condiciones, cobra vigencia en la casta cristiana la idea de la "limpieza de sangre", que en suma contempla la separación entre el viejo cristiano y el recientemente convertido.[2] Más aún, la crisis de la antigua situación de convivencia pacífica y tolerancia interétnica va a marcar en el nuevo grupo dominante —y por una natural necesidad de autoidentificación— el desprecio hacia aquellas tareas cumplidas por las etnias cuyos status habían sido disminuídos. En concreto, se marcará el desprecio por la ciencia y la técnica, y de esta suerte se tratará de ahogar, por indignos, los gérmenes de una ideología capitalista, financiera e industrial.

En todo este proceso, la Iglesia cumple un papel fundamental. La lucha por la reconquista,

[2] *Ibid.* p. 39

encuadrada en un marco nacionalista y religioso, le da un carácter militante y le confiere una situación de clara autoridad y preeminencia, la cual se refuerza con la Contrareforma. De esta manera, se liga indisolublemente con la monarquía absoluta, la cual, a cambio de reconocerle su situación, la utiliza tanto para adscribir bajo su control como para reprimir a los sectores modernizantes que amenazaban su poder.

Esta configuración ideológica que va surgiendo, no aparece, por decirlo así, de la nada. Si bien existe un dinamismo propio en su consolidación, hay que recalcar en las nuevas condiciones económicas y políticas que se fueron estructurando a través de la reconquista y que se definieron con el descubrimiento de América.

La primera expansión territorial de España, al reincorporar los territorios que estaban en poder de los moros, implica una consolidación de la nobleza y de las órdenes religioso–militares que participaron en la lucha, a las que el triunfo final les permitió adscribir un rico botín y extensas tierras a su peculio. Asentado así, definitivamente, el poderío cristiano, "el temor hacia otras Iglesias se combinará con el celo y resentimiento populares ante la superioridad material de los comerciantes y financistas judíos y de los artesanos y campesinos árabes. La presión combinada de la nobleza, la Iglesia, las masas populares y los banqueros alemanes e italianos, confluye en la búsqueda simultánea de una mayor unidad político–religiosa y de una fructífera expoliación de las víctimas". [3]

[3] Marcos Kaplan, *Formación del Estado Nacional en América Latina*, Santiago, Ed. Universitaria, 1969, p. 54.55.

Sin embargo de este acrecentamiento del poder de la nobleza, en medio del proceso se logra una consolidación de la monarquía autoritaria, en un proceso similar a la de otras naciones europeas:

> "El triunfo de la monarquía autoritaria del Renacimiento se logró siempre sobre una doble vertiente: exteriormente, aniquilando o reduciendo a un enemigo peligroso; internamente, acaudillando una facción de la propia guerra civil. De aquí el fabuloso acrecentamiento del poder del Príncipe y su justificación como doble garantía para mantener el orden dentro del Estado y su invulnerabilidad frente a las potencias exteriores surgidas de una análogo proceso".[4]

El descubrimiento de América, con su fabulosa carga de metales preciosos, agudiza las contradicciones internas del sistema productivo y sociopolítico de España, culminando en una resolución que implicó la consolidación del antiguo régimen con sus pesadas estructuras.

Hay que destacar, al respecto cuatro puntos fundamentales:

1) La incorporación del imperio americano, atrofió el proceso de consolidación nacional. El matrimonio de Fernando de Aragón e Isabel de Castilla no unificó los dos reinos, sino que estableció una especie de federación en la cual cada reino mantenía sus propias leyes, sistemas impositivos, acu-

[4] Jaime Vicens Vives, "Estructura Administrativa Estatal en los Siglos XVI y XVII" *en: Coyuntura Económica y Reformismo Burgués*, Barcelona, Ed. Ariel, 1969, p. 112.

ñación y pautas comerciales.[5] Cuando Colón viajó a América, lo hizo financiado por la Reina Isabel y como enviado suyo. Por consiguiente, todas las nuevas tierras descubiertas se agregaron a la Corona de Castilla, marginando de su explotación directa tanto a Aragón y sus posesiones, como a las provincias vascongadas que mantenían una suigéneris asociación con la Corona española. Este hecho dio un mayor peso a la tradición castellana, la cual impuso a la monarquía absolutista y a toda España sus viejos valores– surgidos en la reconquista medioeval –en desmedro de la concepción catalano–aragonesa, concepción de desarrollo económico en la que se apuntaban claros signos capitalistas. [6]

2) Ya desde los últimos siglos de la reconquista es perceptible la formación de un embrión burgués, en función del desarrollo del comercio, la ganadería, las finanzas y la manufactura. Esta burguesía puede irse consolidando gracias a la expansión mercantil y financiera de España, ligada predominantemente, como es natural en un primer momento, a la actividad comercial. Al concentrar en sus manos buena parte del capital dinero, esta burguesía urbana jugó un papel de importancia en medio de procesos bélicos como la reconquista y la colonización americana, los mismos que demanda-

[5] Stanley y Bárbara Stein, *La Herencia Colonial de América Latina*, Trad. de A. Sicona, México, ed. Siglo XXI, 1970, p.16.

[6] Marcos Kaplan, *op. cit.*, p. 54.

ban un considerable esfuerzo de dinero. Mas, cuando la riqueza americana permite a la monarquía romper —al menos al principio— su dependencia financiera, y aún antes, cuando la monarquía triunfante en la reconquista consolida su poder, se inicia la represión contra esta clase emergente, contando con el eficaz apoyo de la Iglesia, la cual, a través de la Inquisición y a pretexto de perseguir herejes e infieles, debilitará considerablemente el poder de la burguesía urbana:

"La Hermandad, policía urbana, es convertida en policía del Estado. Los corregidores reales son introducidos en los municipios. Las Cortes son cada vez menos convocadas y los procuradores de las ciudades en aquellas se vuelven funcionarios (. . .) Finalmente, Carlos V triunfa en Villalar (1520) aplastando militarmente a la burguesía urbana. Esta pierde sus fueros, sus privilegios y órganos, su poder y la capacidad de influencia y presión sobre la monarquía y sobre la política económica; se repliega, es relegada a un papel secundario"[7]

En este proceso de reducción política a la burguesía naciente, uno de los golpes que más la debilitaron fue la expulsión de los judíos en 1492 y de los moros entre 1609 y 1611. Esto significó la pérdida, para un posible desarrollo hacia el capitalismo industrial, de grupos humanos que, como

[7] *Ibid* p. 56.

hemos ya anotado, detentaban importantes conocimientos tecnológicos, científicos y organizativos. Su expulsión marcó, en definitiva, la supremacía ilimitada del irracionalismo y del acientificismo como valores propios de una ideología feudal aún vigente.

3) Si bien, en una primera etapa, la colonización americana va a dinamizar considerablemente la demanda de bienes manufacturados y de ciertos alimentos, a partir de la segunda mitad del siglo XVI la creciente absorción de la plata americana provoca un proceso inflacionario que, si bien se extendió por toda Europa, cobró caracteres más agudos en España debido a la inelasticidad de su estructura productiva. Esto supuso la ruina de la naciente industria ibérica, la cual se derrumbó ante la competencia de las manufacturas francesas, inglesas y holandesas, y por tanto, determinó definitivamente una relación de dependencia comercial de España frente a estas otras naciones en las que se dinamizó el proceso de acumulación del capital. Aunque más adelante analizaremos estos mecanismos de la estructura comercial, señalemos que la inflación y la penetración inglesa y holandesa a través del comercio, debilitaron definitivamente a la burguesía comercial española, impidiendo que a través de una rápida acumulación del capital —en base al metálico americano— pudiera darse la dinámica propia del capitalismo, a fin de pasar a una fase industrial.

Esta decadencia de la manufactura no

sólo trae secuelas de tipo social, sino que además deprime la economía. La ruina de la burguesía limita la demanda urbana de alimentos, lo cual, unido al alza general de costos, afectará seriamente a la agricultura. Puesto que el proceso inflacionario valoriza a las tierras, los campesinos y la pequeña nobleza se desprenderán de ella para tentar suerte en América o en las ciudades, dándose una concentración territorial en manos de la alta nobleza y extendiéndose los grandes latifundios por toda España. Este hecho implica una acelerada urbanización. Al no existir una industria manufacturera que demande mano de obra, esta población migrante tendrá que escoger entre ir a buscar fortuna en América o incrementar el ejército de desocupados y población improductiva que vivía a la sombra de los grandes señores.

4) La plata americana viabilizó la permanencia del antiguo régimen. A diferencia de países europeos como Inglaterra, Holanda y Francia que, desafiados por crisis internas o por factores externos redefinieron su papel internacional y transformaron radicalmente sus estructuras económico–sociales, España continuó con la misma estructura productiva irracional, en base a una monarquía absoluta, y alimentando a una gigantesca clase ociosa con el fruto de su expoliación a las masas indígenas americanas. Como afirma J. Vives:

"La monarquía unificada de Castilla y Ara-

> gón recibe el impulso decisivo hacia formas absolutistas de una contingencia externa: la llegada del tesoro americano. El oro y la plata de Indias permitirán a los príncipes españoles una excepcional libertad de movimientos en el manejo del aparato del Estado y una afirmación inconclusa de su posición autoritaria con los menores obstáculos posibles por parte de los poderes regionales y sociales; pero, al mismo tiempo, mantendrán la supervivencia a lo ancho y largo de sus dominios de las más sólidas estructuras de resistencia al Príncipe en todo el occidente europeo". [8]

En definitiva, al no hacerse necesario el replanteamiento de la estructura por existir una fuente al parecer inagotable de metales preciosos, siguió vigente el antiguo esquema de producción. La clase dominante –la nobleza– siguió controlando una notable porción del ingreso sin participar ni impulsar el proceso productivo. Fue una clase ociosa, puramente consumidora, que drenaba el excedente invertible, impidiendo cualquier acumulación de capital. Esta distorsión de la economía determinará, y al mismo tiempo se consolidará con una ideología precapitalista, de fuerte tinte teocrático, la misma que en buena parte habría de trasladarse a América. Pero no fue ésta la única consecuencia: la diversificada y exigente demanda de la nobleza no podía ser satisfecha por la débil y decadente industria española. Por tanto, se reforzó la dependencia comercial de España con respecto a los países europeos, abastecedores de estos productos, con-

[8] Vinces Vives, *op. cit.* pp. 113–114.

tribuyendo a su industrialización.

El oro y la plata de América, en suma, atrofiaron y distorsionaron profundamente la estructura económica y social de España determinando una formación social en que, si bien lo capitalista mercantil era lo dominante –en función de la vinculación con el mercado mundial– aún actuaban con fuerza rezagos feudales. Esto, unido a una ideología fuertemente feudal, a la postre marcó la decadencia de España frente a una serie de naciones que, desafiadas por sus contradicciones internas y externas, habían modificado decisivamente sus estructuras bajo el empuje de una clase social emergente: la burguesía.

2. *El Reino de Quito*

Hemos señalado una serie de factores que incidieron en la sociedad española impidiéndole una modernización política, económica, social e ideológica. En su interrelación podemos encontrar la clave de una serie de situaciones presentes. Sin embargo, para tener una visión clara de la base de la cual parte y arranca el desarrollo histórico de la unidad geográfico–política que hoy llamamos Ecuador, es necesario hacer ciertas consideraciones sobre la sociedad indígena que los españoles hallaron.

Aquel Reino de Quito, configurado política y culturalmente, del que nos habla con tanto detalle Juan de Velasco [9], parece haber sido únicamente una confederación defensiva de tribus diferenciadas, que se unieron para hacer frente

[9] Juan de Velasco, *Historia del Reino de Quito*, TI (La Historia Antigua), Guayaquil, Ed. Clásicos Ariel, 1971, pp. 34–42.

a la amenaza incaica. No existió pues, una unidad cultural y sociopolítica de la cual, pretendidamente, arranca nuestra nacionalidad, sino más bien una serie de tribus con un buen nivel de desarrollo cultural y tecnológico, que se unieron circunstancialmente por razones guerreras. Al respecto, John Phelan afirma, con razón, que "los cofundadores del Reino de Quito, del cual la República del Ecuador es el Estado sucesor, fueron los incas y los españoles". [10] Las tribus locales se estructuraron como una unidad sólo con la conquista incaica y los españoles se aprovecharon de esta organización político–económica para sus fines. Vale pues la pena analizar, brevemente, ciertos aspectos del Imperio Incaico, especialmente en lo que se refiere a sus formas económicas e ideológicas.

El desafío de un medio difícil llevó a los Incas a conformar una estructura económica admirable, caracterizada por su alto grado de racionalidad. Economía netamente agraria, desarrolló una ingeniosa tecnología que le permitió una elevada productividad pese a la ausencia de la rueda y de animales fuertes de carga y tiro. A través de una cuidadosa planificación, se atendían las necesidades de todos los miembros de la comunidad quienes, a su vez, participaban del proceso productivo en la medida de sus posibilidades. El producto se destinaba, además, a subvenir las necesidades de las clases ociosas –nobleza, sacerdotes, ejército– y el excedente se

[10] J. Phelan, *The Kingdom of Quito in the Seventeenth Century*, p.51, cit. por Hugo Burgos, Relaciones Interétnicas en Riobamba, México, Instituto Indigenista Interamericano, 1970, p.355.

aplicaba tanto en inversiones que elevaban la productividad, como en la construcción de grandes obras públicas.

Sociopolíticamente, el Incario se estructuraba como una rígida pirámide en cuya cúspide se hallaba el monarca, cerca de él la nobleza, el clero y los guerreros, y en la base, el pueblo y los esclavos. En estas condiciones de fuerte estratificación social, es aventurado hablar del Incario como un sistema socialista. Quizá más correcto sea referirse a él como una sociedad de clases con gran racionalidad socio–económica, la cual le llevó a ahogar el impulso individualista y a recalcar en un sentido muy arraigado de colectividad. Si bien las masas trabajadoras recibían, eficazmente, un sustento diario, el excedente que producían no quedaba en sus manos, sino que les era extraído por la clase dominante.

El sistema se cohesionaba en base a una ideología teocrática, cuya solvencia se demuestra en la fluídez con que funcionaba la exacción de sobretrabajo. Todo el sistema ideológico, que se da bajo la forma de diversas representaciones del mundo y del papel del hombre dentro de él, se condensaba en la religión incaica, la misma que, en palabras de Mariátegui: "tenía fines temporales más que fines espirituales. Constituía una disciplina social más que una disciplina individual". [11] La personalidad divina del Inca, cabeza de la estructura política y de la religiosa, da a la religión incaica un carácter superior al de religión de estado:

[11] J. Carlos Mariátegui, *7 Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana*, 9a. ed., Lima, ed. Amauta, 1970, p. 165.

> "El culto estaba subordinado a los intereses sociales y políticos del Imperio. Este lado de la religión incaica se delinea netamente en el miramiento con el que trataron los incas a los símbolos religiosos de los pueblos sometidos o conquistados. La Iglesia incaica se preocupaba de avasallar a los dioses de éstos, más que de perseguirlos y condenarlos. El Templo del Sol se convirtió, así en el templo de una religión o una mitología un tanto federal". [12]

En definitiva, lo que se buscaba era la aceptación de la divinidad de los Incas y de su supremacía sobre los dioses locales. De esta manera, la religión ocultaba por completo toda relación de explotación, cimentando y solidificando la estructura socio–económica con una eficacia superior a la de cualquier poder represivo.

La confluencia de una estructura económica muy racionalizada para hacer frente, en un medio no muy benévolo, a un alto crecimiento demográfico, unido a una ideología predominantemente religiosa, nos hace pensar que nos hallamos frente a una sociedad definida por Riessman, desde la perspectiva de la Sicología Social, como "dependiente de la dirección tradicional". [13] En estas sociedades, la estructura socioeconómica desarrolla en sus miembros un carácter social cuya conformidad está asegurada por su tendencia a seguir la tradición. [14] La cultura

[12] Ibidem

[13] David Riessman, *La Muchedumbre Solitaria*, trad. de N. Rosemblat, 2a. ed., Buenos Aires, Ed. Paidos, 1969, p. 19.

[14] *Ibid.*, p. 19

controla la conducta en cada detalle y, además de sus tareas económicas –o como parte de ellas– proporciona ritual, rutina y religión para orientar y ocupar a todo el mundo.[15] Los roles adultos se mantienen casi intactos de una generación a otra, y los niños los aprenden simplemente observando a los adultos que los rodean.[16]

El imperio incásico no fue destruído por presiones internas, sino por un agente externo –los españoles– lo cual prueba cuán eficazmente funcionaba la ideología. Y esto se comprueba por la solidez interna que impedía que siquiera se visualizaran, peor afloraran las contradicciones internas, así como por la pasividad relativa con que las masas indígenas aceptaron al nuevo dominador. "Los orejones –dice Toynbee– fueron quizá la minoría dominante más benévola que haya producido jamás una sociedad en desintegración, pero su benevolencia no les sirvió de nada en su día de prueba. Sus rebaños y hatos humanos cuidadosamente atendidos, aceptaron la conquista española con la misma docilidad pasiva que habían mostrado al aceptar la Paz Incaica".[17]

Es evidente que la estructura económica determina, en última instancia, lo jurídico–político e ideológico y, además, condiciona el surgimiento de una determinada personalidad so-

[15] *Ibid.*, p. 22

[16] *Ibid.*, p. 48

[17] Arnold Toynbee, *Estudio de la Historia, Compendio de D.C. Somervell*, T.II, Trad. de J. Grasset, Madrid, Ed. Alianza, 1970, p. 11–12.

cial. Sin embargo, no existe una relación mecánica y directa, sino eminentemente dialéctica. Lo económico –como hemos visto en los análisis hechos– determina en última instancia, pero a su vez es limitado o desarrollado por lo ideológico. Además, la no existencia de una relación mecánica implica que la estructura ideológica tiene una realidad propia, con cierta independencia, la cual se traduce en leyes autónomas de funcionamiento y desarrollo. [18] Por tanto tiene un desarrollo temporal específico, relativamente independiente del tiempo de las demás estructuras regionales –la económica y la jurídico–política–. Más aún, se dan desfasamientos temporales entre infra y super–estructura; esto es, se da un desigual desarrollo en el tiempo de lo económico, lo jurídico–político y lo ideológico, una no correspondencia exacta entre el nivel de lo económico y el de lo ideológico, pero que es determinada por lo económico.

Todo esto posibilita la comprensión teórica de cómo la dominación incásica en el país –que abarcó alrededor de 80 años– impuso una estructura económica, política e ideológica y al producirse la conquista, sobrevivieron la pasividad y el tradicionalismo en las masas indígenas. Sin embargo, 80 años no fueron suficientes para consolidar una unidad cultural. Por ello, la unificación no fue total, y "aunque la fuerte imposición española trató de continuar la obra de la reunificación política, todo indica que el sentido de nacionalidad indígena no llegó a conjugarse, quedando los grupos tribales en

[18] Marta Harnecker, *op. cit.*, pp. 233 y ss.

la Sierra divididos en grupos étnicos regionales y secundarios". [19]

3. *El Primer Pacto Colonial*

El descubrimiento de América significó para España la aparición de una fuente, al parecer inagotable, de metales preciosos. Al conjuro del oro y de la plata, los conquistadores iban a jalonar una historia mil veces reseñada que hasta hoy asombra por su ilimitada audacia. Luego de una primera época, que podríamos calificar de "recolección", en la cual la codicia española asoló con el oro acumulado por los Incas con fines ornamentales y funcionales, tocaba a la metrópoli la organización de las colonias en atención a su interés fundamental. La colonización por tanto, institucionaliza esta necesidad de metálico de España, implementando los mecanismos capaces de asegurar una constante exacción del oro y la plata americanos.

La necesidad de organizar la producción colonial en base a la explotación de metales preciosos es fácilmente comprensible. Los descubrimientos geográficos que se inician desde el siglo XV marcan la consolidación de la fase mercantil del capitalismo en la economía de Europa Occidental. Consecuentemente, el siglo XVI marca el proceso de acumulación del capital mercantil, proceso que, dada la demanda internacional, sólo podría realizarse en función del comercio de bienes de lujo o de metales y piedras preciosas.

[19] Hugo Burgos, *op. cit.* pp. 356

Incluso, dado el escaso desarrollo de los medios de transporte intercontinental, su precariedad y, por consiguiente su alto costo, la rentabilidad del comercio dependía de la posibilidad de hallar mercancías de alto costo en relación con su peso.

Finalmente, el desarrollo del capitalismo comercial produce una ideología económica específica: el mercantilismo, el cual giraba en base a una concepción fetichista del papel del oro como única expresión de riqueza. Evidentemente que ésto, en lo político, respondía también a las necesidades de la monarquía absoluta, definitivamente consolidada.

En el caso específico de España, esta sed de metálico se refuerza por algunos otros factores como son la tradición minera y el alto costo de la política expansionista de los Habsburgo, la cual, además, incrementó notablemente la burocracia.

El interés de la Corona española se cifra, en suma, en el establecimiento de una estructura comercial lo más rígida posible, capaz de asegurar –de acuerdo con los principios teóricos del mercantilismo– la exacción de la más grande cantidad de metálico americano posible. Concomitantemente, se rompe el tradicional esquema productivo de orientación agrícola mantenido por las naciones indígenas y se lo suplanta por un sistema destinado a la explotación sistemática de la plata americana.

Consecuentemente, en el Virreinato del Perú, el núcleo central de la economía fue la región altoperuana, en la cual se encontraron las riquísimas minas de plata. Esta producción de meta-

les preciosos tuvo un notable efecto multiplicador, pues para atender sus variadas necesidades de alimentos, tejidos, animales de carga, cueros, sogas, etc., se organizaron zonas periféricas que crecieron en virtud del dinamismo del polo minero. Este esquema general de distribución del trabajo que se planteó a nivel general del Virreinato, se reproducía en pequeño dentro de la Audiencia quiteña, para la producción menor de oro y plata, en yacimientos considerados marginales por su baja capacidad productiva.

Dado el interés de la Corona española en controlar al máximo la producción minera, era de esperar que asumiera la explotación, a través de sus emisarios directos, invirtiendo los capitales necesarios para realizarla. Sin embargo, ante la imposibilidad material y financiera de llevarla a cabo y, además, puesto que de esa manera hubiese limitado las posibilidades de enriquecimiento personal de los colonizadores, debilitando el incentivo que los atraía a América, la Corona optó por un sistema mucho más flexible, mas no menos efectivo. Puesto que la explotación de la plata requería como insumo básico el mercurio, monopolizó su producción explotando una sola mina, la de Huancavelica en el Perú, la cual abastecía las necesidades locales y aún parte de los requerimientos de las minas mexicanas. [20] Así, existió un pleno control por parte de la Corona de los montos de plata extraída, para el cobro del quinto real.

[20] Celso Furtado, *La Economía Latinoamericana desde la Conquista Ibérica hasta la Revolución Cubana*, trad. de A. Gimpel Smith, México, ed. Siglo XXI, 1969, p.28.

El botín de la conquista, sin embargo, no sólo consistió en oro y plata, sino en tierras e indígenas, los mismos que fueron repartidos, bajo las formas del repartimiento y la encomienda, a los españoles a quienes la Conquista confirió un status dominante. Tal situación ya está prevista en la Capitulación de la Reina con Francisco Pizarro, del 26 de Julio de 1529. En ella consta el poder para hacer "la encomienda de los indios de la dicha tierra, guardando para ellas las instrucciones y ordenanzas que os serán dadas". De acuerdo con las ordenanzas asignadas a Cortez, Pizarro repartió las encomiendas entre los españoles que le acompañaron en la conquista del Perú. [21]

Esta doble vertiente del sistema productivo, orientado por una parte a la explotación minera y asentado, por otra, en la propiedad territorial y en el control de la mano de obra, era plenamente compatible, en virtud del esquema de interdependencia económica que se dio pero, en cambio, generó una contradicción de tipo político que debió resolverse militarmente.

En parte por las especiales concepciones que emanaban de la monarquía absoluta, en parte por las mismas necesidades de esa monarquía, la Corona va a reglamentar estrictamente las relaciones metrópoli–colonia, tanto en lo económico como en los sociopolítico, a fin de dar una preeminencia absoluta a sus emisarios, encargados de la extracción de la mayor cantidad de la riqueza americana para trasladarla a España. Este designio imperial choca con las pretensiones de

[21] José M. Vargas, *La Economía Política del Ecuador durante la Colonia*, Quito, Ed. Universitaria, 1957, p.p. 115–116.

los conquistadores. Dueños de extensas tierras y numerosos indígenas, los encomenderos no sólo que se sentían económicamente poderosos, sino además, con derecho a gobernar los lares que habían conquistado gracias a su valor y audacia. En estas circunstancias, las disposiciones reales sobre la encomienda, destinadas a limitar el poder del encomendero y a evitar su feudalización, agudizaron la crisis, provocando, en los albores de la vida colonial, la rebelión de los encomenderos del Virreinato del Perú quienes, acaudillados por Gonzalo Pizarro, reclamaban una mayor autonomía política y económica con respecto a la Corona española. A la postre, vencido por el astuto pacificador La Gasca en Jaquijaguana, Pizarro es ejecutado en Lima el 10 de Abril de 1548. Su muerte marca el fin de la rebelión y el afianzamiento indiscutible de los emisarios de la economía metropolitana.

Ya que, como hemos dicho, la Corona no participaba directamente en la explotación, debía arbitrar un sistema que le permitiese absorber una porción sustancial del excedente económico de sus colonias. Este sistema se sustentó en dos grandes pilares: la tributación directa, a través de la multiplicación de impuestos, tributos y cargas, ordinarias y extraordinarias y, el control absoluto del comercio, lo cual le sirvió para arbitrar onerosas condiciones para América: precios altos, subidos fletes y seguros, etc.

Sobre la base de estas líneas generales, en un esquema interdependiente, se desarrolla durante el siglo XVI y parte del XVII, la Real Audiencia de Quito. Especializada en la producción textil, Quito —como dice José Gabriel Navarro—

fue el país más industrial de Sudamérica durante este lapso.[22] Con la abundancia de ganado lanar, principalmente en la provincia de Chimborazo, surgió y se desarrolló la industria fabril. El aumento del ganado bovino permitió, por otra parte, un próspero comercio con el Perú.

A principios del siglo XVII, dice González Suárez, el valle interandino había sufrido una gran transformación: la producción de trigo era tan abundante, que el pan y la harina se vendían a precios exiguos. El ganado se había aclimatado extraordinariamente y progresaba su crianza tanto en la Sierra como en la Costa. [23]

La demanda de los centros mineros dinamiza la economía. El comercio interzonal es activo y Guayaquil cobra creciente importancia como centro exportador hacia el Perú, a donde exporta telas, cordellate, cordobanes, cueros, madera aserrada y cacao, llegando este último hasta España.[24] Las bayetas, jergas, sayales y frazadas eran también artículos de comercio que desde Quito se llevaban al lejano Potosí.[25]

Por otra parte, dentro de la Real Audiencia existían varias minas de oro y plata, de las cuales las más importantes eran las de Zaruma. A comienzos del siglo XVII había en este sitio unos 30 molinos para desmenuzar el mineral, aunque el sistema de trabajo era rudimentario,

[22] Cit. por Oscar E. Reyes, *Breve Historia General del Ecuador*, T.I. p. 176

[23] Federico González Suárez, *Historia General del Ecuador*, T. III, 8a. ed., F.J. Ricke, 1967, p. 440.

[24] Antonio Vásquez de Espinoza, "Compendio y Descripción de las Indias Occidentales", en: *Cronistas Coloniales*, p. 565.

[25] F. González Suárez, *op. cit.*, T.II, p. 565.

por lo que el oro se extraía en poca cantidad y mezclado con otros metales.[26]

La explotación de la mano de obra

Tierras e indígenas americanos fueron adjudicados a los españoles bajo la forma de la encomienda y el repartimiento. Por sobre cualquier apariencia evangelizadora y civilizadora, éstas fueron instituciones económicas, no tanto porque iba a descansar sobre ellas el proceso productivo, sino porque cumplirían un papel fundamental en el cobro de impuestos a las masas indígenas.

La encomienda, como es sabido, consistía en la asignación que se hacía a un español de un grupo de indígenas. Estos, a cambio de recibir adoctrinamiento religioso y protección espiritual y temporal, debían pagar al encomendero un tributo. Por su calidad de encomendero, el español pagaba a su vez un tributo especial que se contabilizaba en base al número y calidad de los indígenas encomendados. De esta suerte, el encomendero era una especie de recolector de tributos de los indígenas.

Estos tributos, que en una primera etapa habían venido cobrándose en trabajo, a partir de 1570–80 comienzan a cobrarse en bienes y, más aún, se convierten en una cantidad fija de dinero que debían pagar los indígenas anualmente.[27] Este hecho nos demuestra que la encomienda no fue en la Colonia la institución para

[26] *Ibid*, p. 439–440

[27] J.M. Vargas, *op. cit.*, p. 162

la obtención de mano de obra, sino un hábil mecanismo impositivo. De ahí que al desmonetarizarse la economía por la crisis de los núcleos mineros, pierde toda importancia, desapareciendo —por su incorporación a la Corona— en 1718. La mano de obra indígena se concentró, tanto para su participación en el proceso productivo como con fines impositivos, en las reducciones o pueblos de indios, núcleos poblacionales incorporados a la Corona que pagaban tributos en dinero o en especie y que se hallaban adscritos e inmovilizados a sus pueblos, bajo la acción de un funcionario real: el Corregidor de Pueblos o de Indios.[28]

La casi totalidad de los colonizadores españoles explotó el trabajo indígena a través de una institución autóctona: la mita, institucionalizada por el Virrey Toledo en 1570.

La mita consistía en la obligación impuesta a todos los indios entre 18 y 50 años de prestar su fuerza de trabajo por un lapso determinado, según la labor a ejecutarse. Toda actividad económica de lucro fue objeto de esta institución. Así, existieron mitas de servidumbre doméstica, de hierba y leña, de alimentos, de pastoreo, de labranza, de trapiches y molinos, de construcción de casas, de telares, de obrajes, de minas y de servicios públicos, cada una con sus disposiciones y reglamentaciones.[29] Si bien el trabajo era forzado los indígenas recibían un determina-

[28] Antonio García, *Feudalismo y Capitalismo en la América Colonial Española*, Bogotá, IICA—CIRA, 1970, p. 7.

[29] Cf: Aquiles Pérez, *Las Mitas en la Real Audiencia de Quito*, Quito, Imp. del Ministerio del Tesoro, 1947, p. 67—69.

do salario, según la actividad que cumplían, del cual pagaban su tributo personal.

Este carácter de obligatorio que se dio a la contratación de la fuerza de trabajo tenía por objeto el asegurar a un sistema productivo extensivo, un flujo constante de mano de obra. Estos mismos requerimientos impulsaron transgresiones a la ley. Así, siempre se utilizó un número de mitayos superior al dispuesto, ya sea por pura arbitrariedad o porque se añadían los de los años anteriores, retenidos por deudas o porque se utilizaban, para el cálculo del número de mitayos, datos demográficos obsoletos.

Por otra parte, si bien, como hemos anotado, la mita era una forma remunerada de trabajo, los salarios o no se pagaban o no se sujetaban a lo dispuesto por la ley, a lo cual se sumaba el fraude cometido por los españoles a través de la venta más o menos forzosa de artículos innecesarios.[30] La consecuencia de estas exacciones fue, como es obvio, la imposibilidad de pagar los tributos por parte de los indígenas, y su acumulación y atraso por varios años.

Esta mano de obra concentrada en los pueblos de indios será utilizada a través de la mita en la producción agropecuaria y textil.

En base a las concesiones de tierras hechas a los conquistadores, se fueron estructurando las primeras unidades de explotación agropecuaria. Las primeras disposiciones sobre los repartimientos de tierras le conferían, no el carácter de título originario de una situación de dominio, si-

[30] *Ibid*, p. 390–391.

no que únicamente creaban una expectativa de dominio que podía realizarse mediante ocupación efectiva. Sin embargo, si bien la Cédula de Pardo, emitida por Felipe II en 1591, insistía en la necesidad de hacer cumplir los requisitos de morada y labor, posibilitó el convalidar aquellos títulos de propiedad no muy claros o aquellas "expansiones" de límites, mediante el pago de un impuesto.[31]

Los obrajes podrían ser calificados como incipientes empresas manufactureras que producían tejidos de lana, algodón y cabuya, así como sombreros, alpargatas, sogas, cordobanes, mechas e hilos de algodón, etc. La división técnica del trabajo era aún rudimentaria y el nivel tecnológico bajo. Sin embargo, la característica fundamental que marcaba la producción obrajera es que estaba destinada al mercado nacional e internacional.

De esta manera, se incorporó al máximo los contingentes de mano de obra indígena al proceso productivo. Dado el bajo nivel tecnológico, que se expresaba en una baja productividad por hombre ocupado, y dada la acumulación de participantes en la distribución del excedente, es casi evidente que la rentabilidad del sistema va a estar en proporción directa al nivel de explotación de la mano de obra. La superexplotación que se dio –y que ha sido el aspecto más publicitado, la "leyenda negra" del período colonial– aparece, pues, como la directa consecuencia de un afán de lucro que constituye, inequívo-

[31] Alvaro Tirado, *La Tierra en Colombia*, U.N., Bogotá, 7, 1970, p. 96.

FLACSO ECUADOR 6275

camente, motivación fundamental en el modo de producción capitalista. Esta situación de super-explotación de la mano de obra, producto del especial modelo de desarrollo que se comienza a gestar, requerirá de una acentuación extrema de ciertos elementos ideológicos, los mismos que serán extraídos de las concepciones ético–religiosas y sociales heredadas tanto de la España de la Reconquista como del Incario. La habilidad del español consistió en lograr una articulación que asegurase efectivamente la explotación acelerada y la reproducción de esas condiciones. Utilizando elementos no sólo ideológicos, sino además, organizativos, transformó la estructura productiva y societaria local para mejor servicio de sus intereses.

La Estructura Comercial

No es posible referirse, en esta primera etapa de prosperidad e interdependencia, a las relaciones comerciales mantenidas por una determinada porción territorial, sin aludir a la totalidad iberoamericana.

De acuerdo con los preceptos mercantilistas, el afán de la Corona se centraba en consolidar un sistema comercial que contribuyese a acelerar la absorción de metales preciosos por parte de la metrópoli. En el marco de esta concepción, era evidente que se iba a diseñar una política comercial que posibilitase una explotación eficaz y monopólica de las colonias. Para ello, era necesario utilizar una serie de arbitrios que asegurasen el absoluto control y vigilancia del comercio intercontinental, aislando a Améria

ras.[33] Llegará así un instante en que, a pesar de la ley y de las intenciones reales, los extranjeros participarán decisivamente en el comercio con América, y hacia 1700 los miembros de los gremios comerciales eran, en su mayoría, meros representantes de los comerciantes residentes y no residentes genoveses, franceses, holandeses e ingleses.[34]

Esta dependencia española, a su vez, reforzará poderosamente los intereses mercantilistas, condenando a las economías latinoamericanas a un desarrollo atrofiado y poco dinámico. Con una reglamentación minuciosa, la Corona impedirá en América el surgimiento de cualquier actividad que pudiera significar competencia industrial o atenuamiento del flujo comercial. Sin embargo, no es ésta la única forma en que se limita el excedente económico potencial.[35] A más del desarrollo de determinados sectores productivos en detrimento de otros, hay que señalar que el tipo de colonización española –producto en parte, de las condiciones que encontró– fue conformando una determinada estructuración económica y social que, al agudizar la expoliación, tuvo que acentuar una

[33] M. Kaplan, *op. cit.*, p.59.

[34] S. y B. Stein, *op. cit.*, p. 20

[35] "El excedente económico *potencial* es la diferencia entre la producción que *podría* obtenerse en un ambiente técnico y natural dado con la ayuda de los recursos productivos utilizables, y lo que pudiera considerarse como consumo esencial. Su realización presupone una reorganización más o menos drástica de la producción y distribución del producto social". Paúl Baran, *La Economía Política del Crecimiento*, Trad. de N. Warman, 3a. ed., México, F.C.E., 1964, p.40.

ideología feudal, ideología de servidumbre, que agostaba las fuerzas sociales dinámicas que en un momento dado hubiesen podido modernizar y dinamizar el sistema económico.

Esta referencia a una ideología de corte feudal no significa afirmar que América, o más concretamente la Real Audiencia de Quito, haya sido, durante la Colonia, una formación social feudal. La discusión teórica al respecto, se ha enriquecido considerablemente, en los últimos años y no es nuestra intención dar cuenta de ella ni pronunciarnos categóricamente sobre el hecho. Es menester, sin embargo, señalar un acontecimiento trascendental: América Latina se vincula directamente con una Europa que atravesaba la fase mercantil del capitalismo; y fue precisamente ese designio mercantil–capitalista el que, en último término, marcará la evolución y la articulación de las instancias económica, política e ideológica. Evidentemente que en la América Colonial aparecen instituciones atípicas que difícilmente podrían ser definidas como capitalistas; instituciones que, como la mita, [36] son básicas en el proceso de producción. Hay que recordar empero, que la formación social "constituye una unidad compleja *con predominio* de cierto modo de producción sobre los otros que la componen". [37] Así, la particular combinación de diversos modos de producción que constituyó la formación social vigente

[36] En efecto, la mita es trabajo forzoso, pero remunerado. . . cuando así disponía la voluntad del usufructuario.

[37] Nicos Poulantzas, *Clases Sociales y Poder Político en el Estado Capitalista*, op. cit., p. 6

durante la época colonial estaba *sobredeterminada*[38] por la estructura capitalista vigente a nivel internacional, de la cual formaba parte.

Si se profundiza en ciertas actitudes reputadas como "feudales", vamos a encontrar incluso motivaciones de lucro que nos hacen pensar en la existencia clara de formas capitalistas. Así, pese a las características antes anotadas de la mita, hay que considerar que esta institución proveía de mano de obra para la producción de artículos destinados al intercambio. La economía de la Real Audiencia de Quito estaba abierta al intercambio, y esa posibilidad de realizar monetariamente la plusvalía potencial presente en la mano de obra abundante, determinará la estructura de producción y, consecuentemente, acentuará ciertas formas ideológicas y jurídicas. La demanda externa va, pues, a determinar la existencia de un mercado satisfactorio para los textiles quiteños. La superexplotación de la mano de obra, en estas condiciones, se da en virtud de un afán del propietario del obraje –capitalista incipiente– de maximizar sus ganancias. Este hecho no se hubiese dado en una formación feudal, cuya característica es la producción fundamental de valores de uso destinados a la satisfación personal y directa del productor. En general, toda la conquista y colonización están matizadas por un afán personal de lucro que ya no

[38] El término extraído de la concepción estructuralista del psicoánalisis da cuenta del tipo de relación que se establece entre dos o más estructuras, relación que se caracteriza por una prodigiosa acumulación de determinaciones mutuas, pero con predominio de una. Cf.: Louis Althusser, "El Objeto de El Capital", En: Althusser y Balibar, *Para leer el Capital*, 2a. ed., México, Ed Siglo XXI, 1969, p.204.

puede ser empañado y ocultado por las manifestaciones ideológicas de cuño religioso. Desde el mismo descubrimiento, la mayor parte de motivaciones que impulsaron al español en América, están marcadas por las nuevas condiciones que con fuerza comienzan a imponerse en Europa y que tienen su síntesis y expresión en el capital mercantil.

Finalmente, cabe recalcar algo que ha estado presente en todo este análisis de las estructuras coloniales. A menudo se habla de la conquista y colonización como un proceso de "superposición" étnica y socio-cultural, lo cual supondría que de una u otra manera sobrevivió la estructura socioeconómica indígena.[39] Sin embargo es evidente que la conquista reacondiciona el sistema socioeconómico vigente a fin de incorporar a las necesidades de la nueva estructura aquellos elementos aprovechables, y eliminar o marginar los no necesarios.

4. *El Segundo Pacto Colonial*

La relativamente floreciente economía que caracterizó a la Real Audiencia de Quito durante el siglo XVI y gran parte del XVII, comienza a deteriorarse progresivamente, debido a causas que se encuentran fuera del funcionamiento del aparato productivo. Economía dependiente la quiteña, al debilitarse los factores externos que elaboraron su prosperidad, va a verse suma-

[39] Cf: DESAL, *Marginalidad en América Latina*, y también: *En: América y Desarrollo Social*, Barcelona, Ed. Herder, 1966.

mente afectada. Las consecuencias de esta crisis modelan profundamente al Ecuador moderno en función de un nuevo esquema que, al igual que el anterior, se configura en base al nuevo juego de intereses metropolitanos y posibilidades coloniales, aunque con dominio de los primeros.

Dos van a ser, fundamentalmente, los factores que determinarán la crisis de la economía local; la pérdida de dinamismo de las explotaciones mineras altoperuanas y la creciente competencia de los textiles franceses y especialmente ingleses, que legal o ilegalmente, comenzaban a inundar América.

La estagnación minera del Alto Perú se inicia desde comienzos del siglo XVII.[40] Perdida la potencialidad de los polos dinámicos, al periclitar la demanda, la producción de las zonas féricas y abastecedoras, como la quiteña, tendrá que reducirse considerablemente.

En estas circunstancias, el golpe que afectó decisivamente a los obrajes quiteños fue la competencia—que se acentuaba desde los inicios del siglo XVIII—de los textiles ingleses y franceses, más ventajosos en precio y calidad que los locales. Al respecto González Suárez dice:

> "Ya no se fabricaban tejidos de lana en la misma cantidad que antes, y el comercio de exportación estaba reducido a una corta porción de bayetas, que se llevaban a Lima, donde ya no vendían con el mismo aprecio que en otros tiempos. El comercio de contrabando echó por tierra los obrajes de Qui-

[40] O. Sunkel, *op. cit.*, p. 289–291.

> to, con la introducción crecida de paños, lienzos y toda clase de géneros extranjeros. Autorizado el comercio extranjero con el Perú con el Cabo de Hornos, la ruina de la industria fabril en nuestras ciudades fue irremediable. [41]

La crisis significó, además, una creciente desmonetarización de la economía. Al no implementarse con rapidez una respuesta a las nuevas condiciones y enfrentados los consumidores con los nuevos artículos provenientes de Europa, se produjo una sistemática fuga de metálico, provocando una escasez de moneda que se tornó crónica durante todo el siglo XVIII. [42]

La respuesta a la crisis se va madurando lentamente a nivel sudamericano, de acuerdo con las especificidades de cada zona, y lo que es más importante, en virtud de los nuevos intereses de la monarquía española. A través de más de un siglo, se va configurando un nuevo "pacto colonial", síntesis y a la vez causa de las situaciones estructurales con las que emergieron los países iberoamericanos de más de tres siglos de dependencia colonial.

[41] Federico González Suárez, *op. cit.*, V. Tomo, p. 49—59.

[42] Al respecto, en 1792, Eugenio Espejo, con notable perspicacia decía: "Además de la extracción de dinero que experimenta esta provincia para Europa, los negociantes quiteños le llevan en plata y oro para Lima, a traer ropas, vinos y todo lo que se llama mercadería. De acá no pueden llevar ni llevan más que algunos pocos sayales, algunos tejidos de hilo, que dicen transillas, y tal o cual baratija muy menuda de las que no resulta venta alguna al común. En semejantes coyunturas ha quedado la provincia sin dinero y en breve se verá absolutamente exhausta de él". "Voto de un Ministro Togado de la Audiencia de Quito", en: Leopoldo Benítez Vinueza, comp., *Precursores*, Quito, Biblioteca Ecuatoriana Mínima, 1960, p.218.

La economía local experimenta una serie de transformaciones. La extinción de la demanda altoperuana obliga a realizar cambios substanciales en el tipo y monto de la producción. Así, ahora se va a desplazar el dominio –en la producción– de lo textil a lo agropecuario, para abastecer a las ciudades. El siglo XVIII conoce la consolidación del latifundio, que constituirá la unidad económica básica. En efecto, como dice José María Vargas:

> "El verdadero latifundio, con la riqueza acumulada, se presentó más bien en los siglos XVII y XVIII con los españoles establecidos posteriormente o con criollos que heredaron el patrimonio de sus abuelos y lo acrecentaron con la industria de los obrajes".[43]

Sin embargo, los obrajes no desaparecen y siguen constituyendo durante el siglo XVIII, un importante ramo en la producción de la Audiencia,[44] pero integrados a la unidad productiva básica: el latifundio. Desde ese instante se dará la fusión de los intereses agrarios e incipientemente industriales, fusión que en muchos aspectos ha sido decisiva para el ulterior desarrollo económico y político del país.[45]

El latifundio va a implicar, además, una transformación de los mecanismos de absorción de mano de obra. La causa principal para ello

[43] José María Vargas, *op. cit.*, p. 96.

[44] *Ibid.* p. 22

[45] Ver *supra*, p.

será la crisis demográfica del siglo XVII. En efecto, la despiadada expoliación ejercida sobre los indígenas, aunada a la presencia de enfermedades hasta entonces desconocidas en América, diezmó al grupo indígena y, consecuentemente, limitó la oferta de mano de obra.[46]

En estas circunstancias, era menester asegurar de alguna manera la mano de obra para la producción. Siendo obviamente insuficiente el mecanismo de la mita, se arribó al sistema del concertaje, una forma más evolucionada de relación laboral que, en última instancia, presuponía la capacidad de ambas partes –hacendado y trabajador– para concertar ciertas condiciones de trabajo. Ahora bien, en la práctica, a través de un sistema de endeudamiento progresivo y casi forzoso, se ató al indígena a la tierra, cobrando esta relación de trabajo un carácter similar a la servidumbre feudal.

Habría que señalar en este punto, que la inmensa expansión y subsecuente baja utiliza-

[46] Al respecto, veánse algunas cifras:

No. DE TRIBUTARIOS

TULCAN

AÑO	Trib.
1592	338
1716	283

CORREGIMIENTO DE LATACUNGA

AÑO	Trib.
1663	1849
1758	742

CORREGIMIENTO DE CHIMBO

AÑO	Trib.
1596	1141
1650	795

FUENTE: Aquiles Pérez, *op. cit.*, p.342.

ción de la tierra que caracteriza al latifundio, surgen como necesidades objetivas para su funcionamiento. Frecuentemente se supone que la subutilización de los inmensos recursos disponibles en el latifundio obedecen a características sicosociales propias del pueblo español. Sin embargo, parecería ser otro el orden causal. Esto es, la producción potencial de los latifundios excedía con creces las posibilidades de la demanda urbana de alimentos. De ahí el mantenimiento de capacidad ociosa en términos de tierra. A su vez, la magnitud de la expansión territorial no obedece a una mera ambición sino a la necesidad objetiva del grupo blanco dominante, de controlar toda la tierra posible a fin de obligar a los indígenas a "concertarse" y a ceder de esta manera su fuerza de trabajo.

Toda esta serie de transformaciones que se observan en la economía colonial de fines del siglo XVII y comienzos del XVIII, va a hacer desaparecer la encomienda. La substancial disminución de la demanda, a la que hemos aludido, imposibilitará la transformación en metálico de la potencial fuerza de trabajo de la que disponía el encomendero. Este hecho, y la concomitante desmonetarización de la economía, harán crítica la situación del encomendero, a quien agobiaban sus cargas tributarias.

A esto habría que añadir la progresiva pérdida de funcionalidad de la encomienda—que respondía al anterior esquema productivo— y los afanes centralistas del gobierno español, el cual buscaba centralizar las rentas para satisfacer las necesidades estatales. En 1690 la Corona dio a comprender su propósito de suspender las enco-

miendas, haciendo que se incorporaran a ella las encomiendas de quienes no vivían en América. En 1707 el Fisco absorbió las encomiendas muy cortas y, finalmente, el 23 de Noviembre de 1718, ordena el Rey la definitiva incorporación a la corona de todas las encomiendas.[47]

De esta manera, se estaban sentando en la Audiencia de Quito los elementos fundamentales que configurarían el cuadro interno de relaciones que caracterizaron al Segundo Pacto Colonial. Las nuevas condiciones que regirán, a nivel general, las relaciones entre América y España, se determinaron, en último término, en la metrópoli y tuvieron un largo período de maduración.

La guerra nacional e internacional que generó en España la sucesión de los Habsburgo, culminó luego de trece años en el Tratado de Utrecht (1713), el cual aseguró a los Borbones la permanencia en el trono y la posesión del imperio americano a cambio de una serie de concesiones en beneficio de Inglaterra y Francia.

La nueva dinastía gobernante tuvo para España designios concretos pero que, sin embargo, sólo pudieron concretarse luego de un largo lapso debido a la cerrada oposición que encontraron en los intereses establecidos durante la era de los Habsburgo.

Influídos por las nuevas concepciones económicas y sociales, los Borbones proponen un proyecto de modernización de España, modernización que giraba alrededor de un proceso de industrialización, lo cual a su vez implicaba

[47] José María Vargas, *op. cit.*, p. 164–165.

abandonar el esquema tradicional de reexportación de mercadería a América e iniciar una substitución de importaciones en base al proteccionismo. [48]

Evidentemente, este proyecto va a encontrar una cerrada oposición entre los comerciantes de Cádiz, a través de los cuales actuaban intereses extranjeros, y de los grupos sociales más tradicionales y reaccionarios, especialmente de los terratenientes.

Frente a éste, los Borbones cuentan con el apoyo de nuevos grupos burgueses y con una minería de la nobleza influida por las ideas del Iluminismo. A pesar de ello, al estar dividida la Corona entre su afán modernizante y la necesidad de consolidar la monarquía —lo que les lleva a eliminar del programa toda transformación capital— no logra movilizaciones populares que le permitan quebrar la oposición.

Será más bien un factor externo, la acometida inglesa, el que acelere ciertos cambios especialmente en la esfera comercial. Al no darse una revolución burguesa sino un simple proceso de modernización defensiva, el nuevo pacto quedará trunco y fracasará. Sin embargo, no adelantemos acontecimientos.

Dinamizada por la revolución burguesa, la economía británica inició una notable expansión que culminará en la Revolución Industrial. Dueña de los mares, luego de haber derrotado a Holanda entre 1652 y 1654, Inglaterra utilizó su creciente capacidad para expandir su comercio y para hacer presa de los envíos de plata america-

[48] S. y B. Stein, *op. cit.*, p. 86—87

na. Por otra parte, a partir de la segunda mitad del siglo XVII, los ingleses obligaron a españoles y portugueses a ceder concesiones arancelarias sobre las importaciones de sus manufacturas y a fortalecer las posiciones de sus comerciantes residentes en Lisboa y Sevilla.[49]

El Tratado de Utrecht (1713) garantizó a España, habíamos dicho, la posesión de sus colonias americanas, mas a cambio de ello tuvo que ceder una serie de privilegios económicos a Inglaterra, especialmente el "Asiento" o monopolio en la trata de negros y otras concesiones comerciales.

Del Tratado de Utrecht a la "Ordenanza para el libre Comercio con las Colonias", expresión acabada del nuevo Pacto Colonial, median 65 años. En ellos, en medio de vacilaciones, se fue configurando la nueva política comercial, jalonada por una serie de disposiciones que fueron abriendo a América, progresivamente, al comercio dinámico con España. La lentitud de las transformaciones no hace más que evidenciar la confluencia de una serie de elementos e intereses disímiles y aún contradictorios. La Corona española alterará considerablemente su política colonial a partir del ascenso de Carlos III en 1759 y bajo la presión de los crecientes avances ingleses, que no sólo se contentaron con inundar América con sus mercancías, sino que incluso llegaron a ocupar militarmente en 1762 La Habana y Manila.

Desde este momento se sucederán las trans-

[49] *Ibid.* p. 29.

formaciones. En 1764 se establecen barcos de correos con recorridos bimestrales a las Antillas y al Río de la Plata. Un año más tarde se abre a todos los puertos de España el comercio con América; en 1775 se permite a muchos puertos americanos el comercio con la metrópoli y en 1776 se crea el Virreinato del Río de la Plata.

Finalmente, el proceso culmina entre 1778 y 1782 con una serie de reformas que establecen el comercio libre entre la Península y sus colonias. España se disponía a abandonar su comercio "pasivo" y a substituírlo con una relación más dinámica y nacionalista que posibilitase su industrialización.

Este Segundo Pacto Colonial va a significar un redescubrimiento de América. Si hasta entonces las colonias habían tenido valor como fuente de metales preciosos, a partir de las reformas de 1778–82 van a cobrar importancia como potenciales consumidores de la industria metropolitana. Liberado el comercio de muchas de sus trabas y ataduras, quintuplicará su volumen en un lapso de 10 años.[50]

Los nuevos intereses articulados en el Segundo Pacto, configurarán definitivamente el modelo de desarrollo de las colonias. Este modelo estará sobredeterminado por los designios de los polos dominantes: el político, España, y el económico, Inglaterra. Sin embargo, la nueva situación de América se elaborará también en base de las condiciones objetivas vigentes aquí, condiciones que analizamos anteriormente. La relación entre los elementos americanos y metro-

[50] Luis Alberto Carbo, *Historia Monetaria y Cambiaria del Ecuador*, Quito, Imp. Banco Central, 1953, p. 16.

politanos es diálectica, pero con preeminencia de uno de los dos polos de la contradicción —lo cual caracteriza a la dependencia—. La síntesis, por lo tanto, estará sobredeterminada por el polo dominante e implicará una negación del polo dominado, pero en términos de retomar sus elementos de acuerdo con las nuevas condiciones.

Descubrir a América como un mercado para los productos españoles implicó el establecimiento de contactos directos entre las colonias y la metrópoli. Este hecho, unido a la ruptura del modelo de interdependencia que rigió en el Virreinato del Perú hasta fines del siglo XVII, significó una fragmentación del área económica en unidades competidoras por el comercio con la península.

En la Audiencia de Quito, el problema básico que se planteó durante el siglo XVIII fue el de encontrar la forma de participar en el comercio con España. Se debía hallar un producto exportable que permitiese un nivel de importaciones adecuado a las necesidades de los sectores dominantes de la sociedad. Este renglón explotable ya no podían ser los textiles, evidentemente, sino algún producto tropical. Desde principios del siglo XVII se inició en la Costa la explotación del cacao, habiéndose enviado de Guayaquil a Acapulco unas cuantas arrobas del producto. Su alto precio estimuló la producción, mas este comercio fue prohibido por el Príncipe de Esquilache, Virrey del Perú, lo cual hizo muy poco lucrativo el negocio.[51] Sin embargo, la produc-

[51] Leopoldo Benítez Vinueza, *Ecuador, Drama y Paradoja*, México, F.C.E., p: 125.

ción debió haber recobrado alguna importancia, ya que para 1665 un Corregidor de Guayaquil, Manuel de la Torre, al tomar posesión de su cargo, abusivamente estableció un monopolio de compra del cacao a precios exiguos y pagando frecuentemente en especie.[52] Para fines del siglo XVIII, las nuevas disposiciones posibilitaron un auge comercial para Guayaquil, auge que estuvo sustentado —como lo atestiguan viajeros de la época [53] —en la producción de cacao, de inferior calidad pero de menor precio que el venezolano o mexicano.

De esta suerte, la economía de la Audiencia de Quito se estructura como una unidad, con una cierta especialización productiva interna. Si bien Guayaquil cobra importancia, la población continuará concentrada abrumadoramente en la Sierra, que para 1781 tenía alrededor de 400 mil habitantes, de los cuales un 68 o/o eran indígenas. La Costa era, en cambio, predominantemente negra, lo que nos indica cuál era la fuente de mano de obra para las plantaciones de cacao y caña de azúcar. En 1781 hay en la jurisdicción de Guayaquil algo más de 30.000 habitantes, de los cuales 17.000 son negros, 9.000 indios y menos de 5.000 blancos. [54]

El Segundo Pacto Colonial, en resumen, define para la Audiencia de Quito las condiciones

[52] F. González Suárez, *op. cit.*, T. IV, p. 457-8.

[53] Cf: Humberto Toscano, comp., *El Ecuador visto por los extranjeros*, op. cit., p.302.

[54] Tulio Halperin Donghi, *op. cit.*, p. 29.

que permiten el establecimiento de una economía exportadora de un producto tropical, tendencia que se acentuará y mantendrá hasta nuestros días, marcando el modelo de desarrollo capitalista y dependiente.

IV. LA VINCULACION AL MERCADO MUNDIAL

1. La Independencia

Desde 1809 hasta el 24 de Mayo de 1822 se libraron las luchas político–militares que culminaron con la independencia del país y su adhesión a la Gran Colombia. Parte de un proceso global, que se dio en toda Iberoamérica, la independencia de la Real Audiencia de Quito será el resultado de una acumulación de factores internos y externos, cuya articulación conferirá la especificidad a los acontecimientos.

Desde la perspectiva por nosotros adoptada, toca pues, detectar y tratar de organizar una serie de elementos y constantes presentes en un proceso cuya brillantez y heroicidad ha fascinado a los historidores.

En términos generales, la independencia fue definida por un juego de contradicciones de orden económico –que tenían un carácter dominante– y político–social; contradicciones que, a su vez, estaban fuertemente influídas –en vir-

tud de la dependencia– por la situación internacional.

El largamente trabajado Pacto Colonial estaba destinado a fracasar por la convergencia de múltiples elementos. De acuerdo con los designios borbónicos, al dinamizar el comercio entre España y las colonias, se buscaba una consolidación de la industria manufacturera española, capaz de crecer substancialmente contando con una demanda constantemente incrementada.

Sin embargo, y pese a todos los esfuerzos de la monarquía, España no logró cumplir el papel que se impuso: el de abastecedor de manufacturas para sus colonias. Y esto por varias razones. En primer lugar, existía una limitación fundamental emada de su estructura económica y social. La nueva política económica ibérica fue, en parte, la consecuencia de un compromiso con los poderosos intereses tradicionales de los comerciantes y señores feudales. Esto le daba a la solución poca consistencia, pues descansaba básicamente en el empuje de la Corona, la cual, como es lógico luego de los acontecimientos de 1789 en Francia, no estaba dispuesta a profundizar las transformaciones.

En España se da pues, y gracias en parte a la perspicacia de los Borbones, una cierta modernización de la economía, la misma que tiene un carácter eminentemente defensivo frente a la acometida comercial inglesa. Esto, sin embargo, no es suficiente. Lo que España necesitaba era una radical transformación de sus estructuras a fin de lograr una acumulación rápida de capital y una absorción y creación de tecnología que le permitiesen una industrialización dinámica. Ne-

cesitaba, en un palabra, de una revolución burguesa.

La Inglaterra de fines de los 700, en cambio, había sufrido profundos cambios estructurales que la habían preparado adecuadamente para desempeñar un papel hegemónico en el nuevo sistema mundial que se iba conformando.

El propicio manejo de una dinámica política mercantilista y la presencia de una clase social emergente —la burguesía— posibilitó una acumulación de capital que iba a definir las nuevas situaciones económicas. Las transformaciones político–sociales que tienen su punto culminante en la revolución de Cronwell, aceleraron el proceso de acumulación, y además, posibilitaron, en el sector rural, una renovación de la clase propietaria, que se activó con la inyección de nuevos elementos que provenían de la enriquecida burguesía comercial.

Por otra parte, la demanda de materia prima para la industria textil que había provocado desde mucho antes radicales variaciones en el uso de la tierra, al incrementarse rápidamente por el auge comercial, determinó una radical ampliación de las áreas dedicadas al pastoreo en desmedro de aquellas destinadas a la producción de alimentos. Este último hecho va a tener dos consecuencias fundamentales. Primero, la expulsión de mano de obra agrícola hacia las ciudades, y segundo, el rápido proceso de tecnologización de la agricultura, proceso que se opera como respuesta al crecimiento de la demanda urbana de alimentos. A su vez, esta respuesta pudo ser dinámica gracias a la nueva composición social de los propietarios de la tierra.

Grandes transformaciones se estaban dando al mismo tiempo en la industria, acicateada por la demanda externa. Estas fueron posibles, en virtud de la presencia de un trabajador libre en las ciudades, emigrado en la mayoría de casos del campo, desposeído de la propiedad de todo medio de producción y que, por tanto, debía vender su fuerza de trabajo al capitalista para poder subsistir. A esto hay que añadir la acumulación de capital por parte de la burguesía.

Estos dos factores posibilitaron el tránsito de la antigua forma de producción, la artesanía, a la manufactura. La manufactura evoluciona –durante los siglos XVI, XVII y mediados del XVIII– de una forma de cooperación simple entre antiguos artesanos hasta formas más complejas. Si bien se mantiene la unidad básica entre el obrero y la herramienta –característica de la artesanía– el trabajo es parcelario, o sea, se realiza en virtud de una división técnica que, como es lógico, incrementa la productividad.

La formación social estaba, en suma, dominada por el modo de producción capitalista. Las instancias económica, política e ideológica tenían un modo peculiar de combinación que estaba determinado, en última instancia, por la finalidad de lograr la máxima eficiencia posible en la producción manufacturera de valores de cambio. A través de un determinado proceso de desarrollo histórico, Inglaterra había llegado a este tipo de especialización. Estaba, entonces, en los comienzos del siglo XIX, lista para constituírse en el polo hegemónico del sistema capitalista, basado en una división internacional del trabajo.

La presencia de una Inglaterra dotada de inmensas potencialidades industriales desequilibra definitivamente el Segundo Pacto Colonial. Presa de sus propias contradicciones —que se acentuarán con la Revolución Francesa— España fracasa en su intento de satisfacer la demanda de sus colonias, demanda que se había diversificado con el crecimiento de los centros urbanos. Si a ésto añadimos la pérdida del dominio de los mares y la absoluta hegemonía de la marina británica, es fácil comprender que a la postre España quedó reducida a una onerosa intermediaria entre Inglaterra y América. La lucha por la independencia sería, pues, "una lucha por un nuevo pacto colonial que, asegurando el contacto directo entre los productos hispanoamericanos y lo que es cada vez más la metrópoli económica, conceda a esos productores accesos menos limitados al mercado ultramarino y una parte menos reducida del precio allí pagado por sus frutos".[1]

Esta situación se acentuó en los períodos de guerra, en los que se suspendía el flujo comercial entre España y América. Con una nueva estructura económica, productora de bienes perecibles, y necesitada de una serie de insumos y abastecimientos estratégicos, América recurrirá al contrabando y al contacto ilegal con Inglaterra para obviar los problemas que le producía la ruptura del vínculo comercial con la península.

Además, en este lapso que va de 1797 a 1808, Estados Unidos aprovechará su potencial naval y su condición de país neutral, para incre-

[1] Tulio Halperin Donghi, *Historia Contemporánea de América Latina*, Madrid, E. Alianza, 1969, p. 78.

mentar su comercio con Hispanoamérica. Así, por ejemplo, si entre 1788–1796 únicamente 26 barcos yanquis habían arribado a puertos chilenos, entre 1797 y 1804 arribaron 226. Sólo en 1805 llegan a Montevideo 22 naves norteamericanas y 30 al siguiente año. En 1805, arriban a Filadelfia 29 barcos procedentes de Venezuela, 138 de Cuba, 18 de Puerto Rico, 7 de Veracruz, 2 del Plata. [2]

La guerra, en definitiva, abre las perspectivas del libre comercio a las nacientes burguesías comerciales que empiezan a aparecer en América Latina. A partir de este momento, estos grupos van a liderar las luchas por la independencia.

Junto a la motivación económica, cobra vigor una vieja contradicción: aquella que oponía a peninsulares y criollos. Si bien está marcada por una lucha también de índole económica, su carácter es básica y fundamentalmente político e ideológico. Presente a lo largo de toda la vida colonial, se acentúa con el nuevo pacto. "Ese enjambre de mercaderes metropolitanos que en la segunda mitad del siglo XVIII avanzaba sobre los puertos y sobre los nudos comerciales de las Indias, cosechando una parte importante de los frutos de la actividad económica, fue aborrecido aún por quienes no habían sido afectados directamente por su triunfo". [3]

En la Real Audiencia de Quito se configuran, con matices propios, los elementos reseñados. Desde el grito de la independencia de 1809,

[2] Manuel Medina Castro, *Estados Unidos y América Latina Siglo XIX*, La Habana, Ed. Casa de las Américas, 1968, p. 55.

[3] T. Halperin Donghi, op. *cit.*, p. 76.

con diversa fortuna, las élites criollas expresan sus intereses económicos y políticos y buscan la consolidación de una situación que les confiera un status dominante.

Desde una perspectiva más social, podrían señalarse tres grupos definidos que, de diversa manera, estaban interesados en una redifinición de las relaciones que nos ligaban a la metrópoli. En primer lugar tenemos a los terratenientes criollos de la Sierra. Afianzados económicamente, vieron aumentar su riqueza y aprovecharon la expulsión de los jesuitas para ampliar sus tierras y obrajes. No podían avenirse, sin embargo, a ocupar una posición secundaria en una estructura social sumamente rígida, y sus luchas abiertas o embozadas, que se dieron en todos los órdenes, desde el administrativo hasta el religioso, significaron uno de los conflictos básicos de toda la vida colonial.[4]

Planteada la contradicción única y exclusivamente en términos políticos, sin embargo, aparece seriamente limitada, ya que su desarrollo la llevaba, ineludiblemente, a emparentarse con otra contradicción, ésta sí de profunda carga: la existente entre dominador y dominado, en nuestro caso, entre blancos e indios.

La acción de las élites serranas, así restringida en su propia base, jamás llegará pues a suficiente profundidad ni tendrá una buena capacidad de movilización de masas ya que, en definitiva, no podrá articular un proyecto capaz de aparecer atractivo a los grupos humanos suscepti-

[4] Recordemos, entre los principales eventos, las guerras de los encomenderos y, poco más tarde, la revolución de las alcabalas.

bles de engrosar los ejércitos revolucionarios.

Este hecho quizás explique las vacilaciones y titubeos de las Juntas de Gobierno de Quito, con más coherencia que las tradicionales elaboraciones históricas que cargan gran parte de la responsabilidad al carácter irresoluto de algunos de los hombres que acaudillaron el movimiento del 10 de Agosto.

No es posible, sin embargo, comprender el tinte ideológico que tuvo la independencia nacional, si omitimos el papel desempeñado por un grupo de intelectuales pertenecientes a algo que podría ser considerado como los estratos medios de la sociedad colonial. Este grupo de hombres dio el matiz radical al movimiento, y en muchos sentidos, jugó un poco el papel de detonador de una situación propicia. Esto es perfectamente comprensible. No atados a ningún interés económico fundamental que defender, cuestionaban con su ideología liberal a esa sociedad que no les ofrecía ninguna posibilidad de supervivencia en condiciones juzgadas como dignas. Sin acceso a la propiedad de los grandes obrajes y latifundios, no deseando tampoco unir su suerte a la de los grupos populares, estos representantes de una pequeña burguesía casi inexistente, leían ávidamente y soñaban en una revolución como la francesa, que les diese prestigio y estable cabida social. Así, si bien no consiguieron su objetivo clasista, marcaron al menos su época con la fraseología que más cara les era.

Finalmente, en el proceso de independencia actuará un tercer grupo, cuya importancia –si nos atenemos a la historia– fue decisiva. Se trata de aquellos sectores ligados al comercio de

exportación e importación radicados en Guayaquil.

Parece factible definir a este grupo como una naciente burguesía comercial. No siendo Guayaquil durante la Colonia uno de los puertos privilegiados en el comercio con España, no se asentó allí, con carácter de dominante, un núcleo de emisarios de los comerciantes españoles. Por el contrario, más bien parece que nuestro puerto principal tuvo importancia como centro constructor de navíos, como exportador de productos tropicales e importador de manufacturas, pero a través de puertos más importantes que absorbían el flujo comercial con España y lo repartían a puertos menores como Guayaquil.

De esta suerte, se conformó una clase de comerciantes con intereses "nacionales" ligados al proceso de producción. Es por esto que nos ha parecido razonable hablar de la presencia de una burguesía comercial, de papel destacado. En efecto, el pronunciamiento guayaquileño del 9 de Octubre de 1820 tiene —a diferencia del de 1809— muy claras sus metas y, en especial, la independencia de España. Ciertamente que no es nada despreciable el hecho de que para 1820 la idea libertaria y las acciones militares triunfantes se habían multiplicado por toda América, pero tampoco es menos cierto que la burguesía criolla comprendía a cabalidad las ventajas que podía obtener de una nueva situación que asegurase una relación directa con la nueva metrópoli económica, hecho que, a su vez, explica el interés y el apoyo prestado por Inglaterra a la independencia americana.

Cinco días después de la batalla que selló

la independencia del Ecuador, el 29 de Mayo de 1822, se firmaba un acta en Quito, en la que se declaraba a las provincias que componían la antigua Real Audiencia de Quito, como parte integrante de Colombia. [5] Con la entrevista entre Bolívar y San Martín, realizada en Guayaquil en Julio del mismo año, quedaba definitivamente establecida la adhesión a la Gran Colombia en calidad de Departamento del Sur.

La Gran Colombia, pese a todo el esfuerzo desplegado por Bolívar, no tenía posibilidades objetivas de sobrevivir. El propio modo de desarrollo que rigió en América desde inicios del siglo XVIII había de conspirar contra el establecimiento de grandes unidades políticas, ya que fraccionaba el espacio económico hispanoamericano en una serie de áreas aisladas y competitivas en las que, como es natural, iban a aparecer núcleos dominantes con intereses muy precisos.

A la postre, estos intereses locales serían mucho más poderosos que la voluntad y las argumentaciones del Libertador, produciéndose así la disgregación de la Gran Colombia. En ello, además, no tuvo poco que ver —en lo que al Ecuador se refiere— la inconformidad general derivada de las múltiples medidas que fue necesario tomar para aprovisionar al ejército libertador en campaña en el Perú.[6] En mayo de 1830, la consabida asamblea de "notables", reunida en Quito, proclamará la separación del antiguo

[5] Oscar Efrén Reyes, *Historia de la República*, op. cit. p. 11.

[6] Cf: O. Reyes, *op. cit.* p. 19–58.

Departamento del Sur, encargando provisionalmente su administración al General Juan José Flores.

2. *La Formación del Estado*

Luego de este paréntesis grancolombino, les tocará a las élites locales la organización del nuevo país. Los flamantes gobernantes se sentirán herederos del poder español y tratarán de no apartarse mayormente de ese aparato recientemente adquirido y del cual pretenden servirse para lograr sus intereses.

El proceso independentista provocará, sin embargo, una serie de modificaciones substanciales que marcarán ciertas formas de la evolución futura del naciente país. Los largos años de lucha contra España introducirán en las relaciones sociales y políticas una considerable dosis de violencia, la misma que tendrá su expresión en el status privilegiado de los militares y en el caos y la anarquía iniciales.

La extensión del conflicto con España hizo necesario que se echase mano de todos los recursos poblacionales posibles, para conformar los ejércitos. Este hecho, como sugiere Tulio Halperin, debió favorecer a la población rural, abrumadoramente mayoritaria; sin embargo, en el campo no ocurrieron cambios substanciales en el ordenamiento social, ya que la jefatura seguía correspondiendo, al igual que en el viejo orden, a los propietarios o a sus agentes puestos al mando de las explotaciones.[7]

[7] T. Halperin Donghi, *op. cit*, pp. 135–143.

De todas maneras, en la inicial configuración de fuerzas y por algún tiempo, es evidente que el ejército desempeñó el papel de árbitro en el conflicto que se adivinaba en los opuestos intereses de los núcleos terratenientes y la naciente burguesía comercial. Interesados los primeros en proteger sus obrajes, buscando los segundos dinamizar su comercio exportador e importador, esta contradicción básica dará vida a la mayor parte de las luchas políticas y, dada la localización geográfica de los grupos en pugna, tomará a menudo la forma de conflictos regionalistas.

El conflicto, sin embargo, no se resolverá definitivamente en los primeros años. Y esto debido a que ninguno de los dos sectores logra una consolidación firme, en términos económicos, que le permita imponerse manifiestamente sobre la otra. Más aún, en toda la primera mitad del siglo XIX, la fragosa geografía contribuye a un relativo aislamiento de las dos regiones, lo que hace germinar el caudillismo e impide la consolidación del Estado nacional.

Todos estos elementos van a conferir un papel decisivo a los caudillos militares que el Ecuador heredó de las guerras de la independencia. Al no existir una alta oficialidad nacional, el arbitraje quedará en manos de los extranjeros: Juan José Flores, originario de Puerto Cabello, será Presidente del país hasta 1845.

Pese a todo lo que se afirma usualmente, lo que marca la vida nacional hasta 1850 no es la lucha entre militarismo nacional y extranjero. Una vez rota la vinculación grancolombiana, el poder político será indirectamente usufruc-

tuado por los terratenientes serranos. Su alianza con los militares extranjeros –de la cual el matrimonio de Flores con una acaudalada heredera de la familia Jijón es el más publicitado de los hechos– les permitirá mantener un cierto control de la situación –aunque no absoluto por las razones antes anotadas– y, en esta coyuntura, van a tratar de levantar obrajes y fábricas, afectadas por la competencia europea.[8]

El 6 de Marzo de 1845 estalla en Guayaquil la rebelión que pone fin al gobierno de Flores. "Era a la par, un movimiento de élites ilustradas y de burguesía capitalista que nacía en el puerto que había entrado ya en plena actividad de comercio exportador", dice Benítez Vinueza refiriéndose a ella. [9] Y en efecto, triunfante la revolución, la Asamblea convocada elige a Vicente Ramón Roca, rico comerciante guayaquileño, en calidad de Presidente de la Re-

[8] "Antiguamente, el comercio de paños del Ecuador rendía más de 400.000 pesos anuales en los mercados de la Nueva Granada y del Perú, sin contar lo que producen las bayetas, lienzos y otros artefactos. Esta fuente de prosperidad se ha cegado; y la industria fabril se encuentra casi arruinada por las leyes de hacienda de la República de Colombia; leyes que en vez de estimular la riqueza nacional, parece que trataran de organizar el sistema fiscal de una nación ya opulenta. Mucho se beneficiaria el país, si el cáñamo, el lino y la lana que dan sus campos y ganados, pudieran servir de un uso general. Para lograr este fin, es necesario protejer las fábricas con leyes vigorosas y decisivas que estimulen a los empresarios, y les ofrezcan ventajas reales en sus especulaciones. No basta prohibir solamente la introducción de todos aquellos artículos rivales: sino que se debe designar el empleo de los pretejidos, proporcionarlos a los diversos consumos y mercados, y alentarles por cuantos medios pueda escojitar la Legislatura". Ecuador, Ministerio de Hacienda, *Memoria del Congreso de 1.883*, p. 15.

[9] Leopoldo Benítez Vinueza, *Ecuador, Drama y Paradoja*, op. cit., p. 202.

pública.[10]

Sin embargo, el movimiento de 1845 se mueve únicamente en la esfera de lo político, sin significar o implicar ninguna alteración de base en la estructura societaria. La burguesía costeña fracasará en este primer intento de formular un modelo nacional de desarrollo y para 1850 nuevamente se impondrá el arbitraje militar.

Son múltiples las causas que determinaron esta imposibilidad de articular una coalición de los diversos intereses de la clase dominante, y debemos buscarlas más en la estructura socioeconómica que en la coyuntura política del momento. La situación, básicamente, no ha variado desde 1830: ni los núcleos comerciales ni los terratenientes semi–industriales habían logrado un nivel de desarrollo objetivo que les permitiese imponer su modelo de desarrollo librecambista o proteccionista, respectivamente.

Al promediar la mitad de siglo, existía un activo flujo comercial. Según un viajero de la época, de Europa se importaban máquinas, aparatos de física y química, libros, estampas

[10] Obsérvese cómo para 1848 ha cambiado la posición del Ministerio de Hacienda: "El Ejecutivo estima necesario reproducir su concepto acerca de la conveniencia de reformar en una parte el Arancel de Aduanas que actualmente rige, castigando algunas tasas excesivas y ominosas al comercio y al Erario Nacional: al comercio, porque se retraen los negociantes de introducir artículos en que pudieran prometerse alguna ganancia, satisfaciendo derechos moderados; al Erario, porque menguadas las importaciones, se mengua el producto del impuesto, o lo que es más cierto, se fuerza al contrabando para no perder un lucro que lo estorba la misma ley, y esto refluye contra el Fisco, que por sacar más cantidad se priva de todo". Ecuador, Ministro de Hacienda, *Exposición que el Ministro de Hacienda presenta al Congreso de 1848*. p. 10.

y medicinas con exención de impuestos, además de toda clase de tejidos de algodón, tapicerías, terciopelos, sedas, vinos y manufacturas. Se exportaba especialmente cacao y tabaco.[11]

Esta actividad comercial, todavía carecía de una gravitación decisiva. La exportación de cacao aún no definía la economía nacional: más aún, no existía realmente una ecomonía "nacional", sino sistemas regionales débilmente comunicados. En este contexto, es revelador el hecho de que la Costa apenas concentraba en esta época entre el 16 y el 18 o/o de la población nacional. Y es que las exportaciones nacionales no podían crecer dinámicamente dado el tipo de producto ofrecido a los mercados mundiales. En el establecimiento y consolidación de las relaciones externas tuvieron significación fundamental los tipos de productos que Inglaterra iba demandando de acuerdo con su evolución. El Ecuador, especializado en su producción de cacao, fruto tropical, no pudo acceder tempranamente al mercado mundial por dos razones. En primer lugar, porque el centro de este sistema, Inglaterra, que era el país de mayor evolución industrial, poseía colonias tropicales que le abastecían de los productos que necesitaba. En segundo lugar, porque la demanda sostenida de un bien como el cacao exige un determinado nivel de ingreso personal.

A pesar de esto, la presencia inglesa fue decisiva, en tanto actuaba a través de sus agentes, consolidando las relaciones comerciales y abriendo las fronteras nacionales a la importación de

[11] Cayetano Osculati, en: Humberto Toscano, comp., *El Ecuador visto por los extranjeros*, op. cit., p. 302.

productos ingleses.

Este sostenido aumento de las importaciones –que difícilmente se podía reprimir, si pensamos que a la demanda interna se aunaba el hecho de ser las aduanas la principal fuente del financiamiento fiscal– provocará un crónico desequilibrio de la balanza de pagos, el cual presionará y debilitará considerablemente la moneda. La pobreza del fisco y las frecuentes malversaciones, impedirán el pago de la deuda externa originada en el 21.5 o/o que le tocó al Ecuador en el reparto de la deuda externa grancolombiana.[12]

Finalmente anotemos que el agresivo capitalismo que insurgía en Norteamérica no pudo expandir su comercio con América en esta etapa debido a que estaba imposibilitado de competir con Inglaterra en la provisión de manufacturas para los nuevos mercados. Derrotado en la puja económica, Estados Unidos buscará pues contragolpear a Inglaterra en el plano político. Tal fue el sentido del mensaje de Monroe al Congreso, en 1823. Los Estados Unidos rechazan la intervención de la Santa Alianza en Latinoamérica, pero dejan entreabierta la posibilidad para una acción de este tipo.[13] Y será en 1843, que el Presidente Tyler otorgue una nue-

[12] El reparto de la deuda se hizo en 1834, correspondiéndole al Ecuador S/. 1.424.579. Cuando 39 años después se consolidó ésta con los tenedores de bonos, no se había pagado un centavo del capital y los intereses en mora habían ascendido a S/. 400.000. Luis Carbo, *Historia Monetaria y Cambiaria del Ecuador*, op. cit., p. 23–24.

[13] Manuel Medina Castro, *op. cit.*, pp. 61–62.

va y definitoria dimensión a la declaración de Monroe, al invocarla en su campaña para anexar Texas a la Unión.[14]

3. *La Consolidación del Estado Nacional*

La posibilidad de ampliar las relaciones con el exterior y de que el país se vincule dinámicamente al mercado mundial, está determinada por la relación dialéctica y compleja que se da entre una serie de factores tanto estructurales, como coyunturales que se originan dentro y fuera del país.

A nivel interno, la capacidad de diversificar y cohesionar un modelo de desarrollo hacia afuera depende de la evolución previa de la estructura económica. El producto exportable y su forma de explotación --con todas las consecuencias que trae para la estructura del empleo— así como el carácter y magnitud de la acumulación, son fenómenos históricamente determinados. Sin embargo, las condiciones jurídicas y políticas pueden frenar o acelerar un cierto proceso.

Así, la posible expansión exportadora de un país está directamente influída por la capacidad de los grupos interesados —las burguesías comerciales— para estructurar un sistema político consolidado nacionalmente que permita el control local del sistema productivo exportador heredado del sistema colonial y que, siendo

[14] Frederick Merk, *La Doctrina Monroe y el Expansionismo Norteamericano*, 1843–1949, Trad. de E. Goligorsky, Buenos Aires, Ed. Paidos, 1966, p. 11.

un sistema de alianzas entre los varios sectores dominantes, asegure para el grupo que establece las relaciones con el exterior, un mínimo de poder político que, al mismo tiempo, exprese y posibilite la dominación económica del sector productivo–exportador.[15]

En resumen, la consolidación del Estado nacional en el país, significará superar la etapa inicial de anarquía y establecer un entendimiento expreso o tácito entre los sectores en pugna de la clase dominante. Este entendimiento no necesariamente implicará la superación de la contradicción, mas sí la aceptación de determinadas "reglas de juego" que estimulen una expansión del sistema productivo y que, hasta cierto punto, resten posibilidades al arbitraje de los caudillos militares.

En el Ecuador, esta función será cumplida bajo la égida de Gabriel García Moreno, quien entre 1860 y 1875, apoyándose en una ideología centralista y teocrática y utilizando un aparato represivo eficaz, disciplinará a los caudillos locales y sentará las bases primordiales para estructurar una unidad nacional y vincularla al mundo europeo que se había negado a aceptar al Ecuador en calidad de protectorado.

Usualmente se suele hablar de García Moreno como de un representante típico de los latifundistas serranos, con quienes se había vinculado a través de su matrimonio, y a los que servía persiguiendo implacablemente al liberalismo que insurgía, débilmente, en la Costa. Esto parece, sin embargo, una excesiva simplificación, de

[15] Fernando H. Cardoso y E. Faletto, *op. cit.*, p. 41.

la misma manera que sería superficial el generalizar todas las acciones del discutido presidente, en sus afanes místicos y religiosos. Más coherente es el conceptuar a García Moreno como la expresión de la alianza de la clase alta de la Sierra y la Costa, que halló en él al único hombre capaz de darle coherencia al Estado y de desarrollar un "despotismo ilustrado" que favoreciese a sus intereses. [16]

Consolidar el Estado nacional no sólo significaba imponer la ley y el orden a cualquier precio. Suponía además, romper el fraccionamiento de la economía y permitir un flujo más libre de los factores de la producción, a fin de posibilitar un cierto crecimiento económico y un mejor aprovechamiento de las oportunidades que la coyuntura internacional ofrecía. Implicaba, finalmente, establecer mecanismos que asegurasen relaciones estables con los centros europeos, polos dinámicos del nuevo orden internacional que definitivamente se consolidaba.

Estos puntos fueron, precisamente, básicos en el programa garciano. A más de su labor "civilizadora" y "disciplinadora" –relevada esta última, quizás por su crueldad– hay ciertos aspectos de gran trascendencia que, en la acción de García Moreno, pasan a menudo desapercibidos al historiador. Estos son: su afán de vincular la Sierra con la Costa, abriendo nuevas vías

16 Al respecto, Luis Robalino Dávila, en su documentada biografía sobre García Moreno dice: "Los partidarios de García Moreno se encontraron, por lo general, entre los miembros de la aristocracia quiteña y de las altas clases de Guayaquil, Riobamba y Cuenca" *García Moreno*, Quito, Talleres Gráficos Nacionales, 1944, p. 339.

de comunicación; la extensión y consolidación del sistema bancario y la búsqueda de nuevas relaciones comerciales y financieras en el exterior.

Ya en abril de 1861, consigue García Moreno un decreto de la Asamblea Constituyente para construir ferrocarriles que unan Babahoyo y Quito, Ibarra y el Pailón, Naranjal y Cuenca, y Santa Rosa y Zaruma. El Ministro en Washington no logró interesar a capitalistas norteamericanos para la financiación del proyecto y sus gestiones dieron como único resultado la contratación de un afamado especialista en obras ferroviarias. [17] Seriamente limitada por las escasas posibilidades del erario nacional, la construcción del ferrocarril avanzó lentamente, con el apoyo de los comerciantes guayaquileños. Cuando en 1874, la crisis económica hizo que escaseacen los fondos para el ferrocarril, los principales comerciantes del puerto facilitaron 200.000 pesos sin intereses para que continuara la obra.[18] Este afán es manifiesto, si recordamos que la falta de caminos entorpecía a tal punto el comercio en el interior, que "a veces faltaba hasta café, no obstante que se producía en casi todas las provincias de la Repúca". [19]

Además, en este lapso se construye la carretera que une Quito y Guayaquil y algunas en la Costa. En suma, se posibilita un contacto más

[17] Roberto Crespo Ordóñez, *Historia del Ferrocarril del Sur*, Quito, Imp. Nacional. 1933, p.17.

[18] *Ibid*, pp. 19–20

[19] Luis Robalino, *op. cit.*, p. 340.

directo de las mercancías importadas por Guayaquil, con la mano de obra y con el capital acumulado en la Sierra.

Para dinamizar la economía y mejorar las finanzas fiscales, García Moreno expandió desde su primera administración el sistema bancario. [20]

En 1865, considerando el Congreso la falta de fondos del gobierno y la necesidad de amortizar los billetes de circulación forzosa emitidos en 1860, dio autorización al gobierno de negociar un crédito, para facilitar lo cual se le facultó para que autorizara la creación de un Banco.[21] Contando con esta base, Aníbal González, peruano, con vinculaciones comerciales en Guayaquil y cuya fortuna estaba ligada a la exportación del guano, se dirige al gobierno proponiéndole ciertos términos para la fundación del Banco, entre los que se destacan:

a) El Banco traería del Perú todo el dinero en efectivo para representar su capital en moneda fuerte.
b) El Banco realizaría un préstamo a fin de amortizar todos los billetes de circulación forzosa, el mismo que tendría un 9 o/o de interés y habría de pagarse con los diezmos que correspondían al Gobierno en la Diócesis de Guayaquil.
c) El Gobierno se comprometería, por 20 años, a no emitir papel moneda, por ninguna razón, y además, por el mismo lap-

[20] *Ibid*, p. 360

[21] Banco del Ecuador, *Historia de Medio Siglo (1868–1918)*, Guayaquil, s.f., p.15–16.

so, a aceptar los billetes del Banco del Ecuador como moneda corriente, siendo éste un privilegio exclusivo de esta institución. [22]

Habiendo aceptado el Gobierno todos los puntos, en 1867 González y capitalistas peruanos y guayaquileños comparecen en el Consulado del Ecuador en París y deciden asociarse para fundar el Banco del Ecuador.

En el período garciano, además, se crearon cajas de ahorros en Guayaquil, Quito y Cuenca y un Banco de Crédito Hipotecario. [23] Sin embargo, hemos recalcado sobre la fundación del Banco del Ecuador, tanto por la importancia que va a tener, como porque en él se presentan, desde un primer momento ciertos rasgos que marcarán el desarrollo del sector bancario nacional.

En primer lugar, la procedencia de los capitales revela que hasta ese momento no se había logrado una participación activa en el mercado mundial, por lo que la presión de las importaciones drenaba las escasas divisas disponibles, produciéndose problemas monetarios y cambiarios, y dificultando una efectiva y dinámica acumulación del capital. Este mismo hecho determina que las clases dominantes del país busquen a todo trance la expansión de las oportunidades de exportación. Si bien el Artículo 5o. del Acta Constitutiva del Ecuador prohibía el realizar operaciones de crédito sobre fincas y demás bienes raíces, se exceptuaba de esta disposición a "las haciendas de cacao y café, sobre las cuales se po-

[22] *Ibid.*, p.p. 16–25

[23] Luis Robalino Dávila, *op. cit.* p. 360.

drá adelantar hasta la mitad de su valor". [24]

En segundo lugar, hay que destacar que a partir de 1868 comienza el endeudamiento del Estado con la banca privada. Con un cierto control, a través del crédito, tanto del sector agroexportador como del gobierno, los bancos obtienen extraordinarias utilidades —el banco del Ecuador repartía dividendos del 33 o/o sobre el capital [25] — y un creciente poder que llegará a su límite en el lapso entre 1914 y 1925.

Contando con un sistema bancario más efectivo y habiendo dedicado un considerable esfuerzo a la construcción de infraestructura, especialmente para las comunicaciones, entre 1860 y 1875 la economía nacional se dinamizará, incrementándose el comercio, la agricultura y pequeñas artesanías. Reflejo de este crecimiento y del correcto manejo financiero será el incremento de los ingresos fiscales que pasan de 1.451.711 pesos en 1868 a 3.064.130 en 1873. [26]

García Moreno logra cohesionar económica y administrativamente al país. Con ello, estaba sentando las bases para vincular al Ecuador al mercado mundial. Paralelamente, procuró mejorar la imagen externa del país, atendiendo el pago de la deuda extranjera, fomentando el comercio [27] y extendiendo las relaciones diplomáti-

[24] Banco del Ecuador, *op. cit.*, p. 27

[25] Luis Robalino Dávila, *Diez Años de Civilismo*, Puebla, Ed. Cajica, 1968, p. 220.

[26] Banco del Ecuador, *op. cit.*, p. 62.

[27] Véase al respecto esta declaración librecambista en la Exposición del Ministro de Hacienda al Congreso de 1871: "Como una de las reformas que merece efectuarse es la abolición de ciertos

cas y comerciales en Europa y Norteamérica, labor en la cual le sirvió de manera especial Antonio Flores Jijón, futuro Presidente de la República. [28]

Vale, en este punto, hacer una consideración final. García Moreno, al actuar como lo hacía, no buscaba conscientemente vincular al país al mercado mundial; posiblemente su intención era la de acercar al país a la cultura europea. Sin embargo, analizando objetivamente el proceso de desarrollo nacional, el papel cumplido por García Moreno es absolutamente estratégico y fundamental, independientemente de cuales hayan sido sus intenciones personales. Actuando en una determinada coyuntura que la historia escogió para él, organizó al país, posibilitando la definitiva consolidación, pocos años más tarde, del modelo de desarrollo hacia afuera. Paradójicamente, fue García Moreno quien, al sentar los prerequisitos para la incorporación al mercado mundial, posibilitará que en 1895 la burguesía exportadora llegue al poder a través del Partido Liberal.

A partir de 1875 se dinamizan considerablemente las exportaciones, consistentes en su mayor parte de cacao. En dicho año fueron de 2.639.000 dólares; para 1885 alcanzaron los

monopolios constituídos con el recargo de los derechos, bajo el frívolo pretexto de favorecer la industria nacional, el Gobierno habría deseado abolir tales privilegios, que sin hacer adelantar la industria, gravan a los pueblos privándoles, muchas veces, de la adquisición de especies necesarias para la vida; pero se ha detenido hasta que se efectúe la reforma general de la tarifa, sintiendo no poder hacer disfrutar cuanto antes a los pueblos este bien", p. 25.

[28] Gabriel Cevallos García, *op. cit.*, pp.373–374.

5.344.700 dólares, o sea, se duplicaron en el lapso de 10 años, habiendo ascendido en 1879 y 1880 —años extraordinarios por la guerra del Pacífico —por sobre los ocho millones de dólares.[29]

Fruto de las nuevas condiciones económicas que regían en el país, serán los diez años de gobiernos "progresistas" que, bajo un cierto halo de tolerancia, buscarán consolidar las oportunidades de expansión de las exportaciones y vincular definitivamente al país al mercado mundial.

Cabe aquí transcribir, del Informe del Ministro de Hacienda al Congreso de 1887, un párrafo que, en estrecha síntesis, es toda una declaración de la política económica del progresismo:

> "En países esencialmente agricultores como el nuestro, sin industria fabril, es indispensable dar decidida protección a las empresas agrícolas, no sólo como medio de aumentar los impuestos fiscales sino, lo que es más, para promover y fomentar nuestras relaciones con países más adelantados. Extendido el movimiento de los cambios el Ecuador entrará en el goce de los beneficios inherentes al comercio práctico con el mundo industrial. Nada más eficaz, a tal propósito, que disminuír los gastos de producción, extinguiendo los derechos de las cosas que se exportan: dejar francas las fuentes de la riqueza pública para llenar, con sus corrientes, las cajas del tesoro nacional, sin restricción ni formas represivas. Pasó la época del mercantilismo y brilla

[29] Luis Alberto Carbo, *op. cit.*, p. 447

hoy en el cielo de la industria, la libertad de los cambios". [30]

En este contexto, la búsqueda de nuevas relaciones comerciales provocará a veces conflictos con la ideología oscurantista encarnada en el Partido Conservador, liderado por el Clero. Tal es el caso de la negativa que hizo un Congreso reaccionario a la participación en la Exposición Mundial de París en 1889, aduciendo que dicha exposición conmemoraba el triunfo de una revolución "impía y sacrílega". La negativa provocó la renuncia –no aceptada– del Presidente Flores Jijón y, por su parte, los latifundistas y comerciantes costeños aportaron de su peculio, concurriendo con éxito los productos nacionales a la exposición francesa.[31]

4. *Liberalismo y Cacao*

El auge cacaotero que se inicia a fines del siglo XIX significa la definitiva integración al sistema capitalista mundial, consolidado sólidamente a partir de la revolución industrial.

El extraordinario progreso tecnológico aplicado a la industria determinó que, en una serie de países y especialmente en Inglaterra, se produjese un cambio cualitativo en la forma de organización del trabajo: el paso de la manufactura a la gran industria, caracterizada por la total separación del trabajador y la máquina, lo cual

[30] Ecuador, Ministro de Hacienda, *Informe al Congreso de 1887*, p.p. 7–8.

[31] Luis Robalino, *op. cit.*, p. 249.

permite considerables incrementos en la productividad.

Paralelamente se realizaban grandes innovaciones en la construcción de medios de transporte, destacándose la adopción de la hélice y del casco metálico, en los buques, y el perfeccionamiento del ferrocarril.

La confluencia de estos factores permitió el establecimiento definitivo de la división internacional del trabajo, en la cual unos países —los centrales— se especializaban en la producción de manufacturas y otros en la producción de materias primas, y en la que la posición hegemónica era ocupada por Inglaterra, que se hallaba —en virtud de todo su proceso de desarrollo— óptimamente dotada para aprovechar las ventajas que el nuevo sistema le ofrecía.

La especialización en el área más dinámica de la producción posibilitó a los países centrales substanciales incrementos en los niveles de ingreso por persona lo cual, a su vez, permitió que se incrementase la demanda de productos tropicales, entre ellos el cacao.

En estas condiciones, se propicia el crecimiento de las exportaciones: de 4.923.300 dólares en 1883 a 7.600.100 dólares en 1894, habiendo alcanzado en 1890 a los 9.761.600 dólares. [32] De este total de exportaciones, parte substancial corresponde a cacao, y el resto, especialmente a café, tagua, cueros y caucho. [33] Pa-

[32] Luis Alberto Carbo, *op. cit.*, p. 447.

[33] Cf: Ecuador, Ministerio de Hacienda, *op. cit.*, anexos , cuadro No. 1. También Carlos Wiener, en H. Toscano, *op. cit.* p.p. 453 y s.s.

ralelamente, se va consolidando la posición de la clase dominante del Litoral, y dentro de ella, el liderazgo de la burguesía exportadora y banquera. El partido liberal, que expresa los intereses de estos sectores, presionará cada vez más fuertemente desde 1884 y llegará finalmente al enfrentamiento victorioso con la aristocracia latifundista de la Sierra, luego del pronunciamiento del 5 de Junio de 1895.

Tradicionalmente, se ha recalcado —para explicar la revolución liberal— en la contradicción que existiría entre un capitalismo en ascenso —encarnado en el liberalismo— y un añejo sistema feudal—parapetado tras la idea conservadora—. Tal como se ha tratado de demostrar en el presente trabajo, es evidente que a través de toda la historia existió un modo de producción capitalista, dominante, y que ha conferido especificidad a la formación social vigente. El hecho fundamental, que a nuestro juicio confiere un carácter capitalista a la sociedad, es el de que la producción se realiza para el mercado y no para el consumo interno de las unidades productivas, dándose esta situación en la Sierra y en la Costa. Incluso, en el momento en que se inicia la revolución liberal, tanto el sistema productivo de la Sierra como el de la Costa habían llegado, con diferentes matices, a un similar grado de desarrollo histórico. [34] Esto supone que no existían contradicciones lo suficientemente profundas

[34] Por ejemplo en la Costa, "los hacendados suelen tener un almacén en la finca, donde revenden de todo cuanto pueden necesitar los trabajadores. De este modo cada plantación se basta a sí misma, siendo un pequeño estado en el que se trabaja, del que se exportan productos naturales y en el que se importan artículos manufacturados". Carlos Wiener, *op. cit.*, p. 467.

como para generar una radical transformación que posibilitase una etapa superior de desarrollo. Por el contrario, en el modelo capitalista dependiente adoptado desde inicios de la República, y aún antes, se va a dar una mutua complementación de los sectores productivos. Esto explica el que luego de algunas transformaciones a nivel jurídico y político, se llegue a una alianza de los varios sectores de la clase dominante, con preeminencia de los banqueros y exportadores, alianza que se expresará políticamente a través del placismo.

Para los exportadores liberales, la toma del poder político significaba la transformación de las instituciones y las leyes, a fin de que coadyuvaran al desarrollo de las exportaciones. El control del aparato estatal implicaba —a través del acceso a los mecanismos de legislación— el control de la mano de obra y la posibilidad de romper los lazos que la ataban al latifundio serrano; representaba el control de la inversión pública y de los instrumentos de política y, finalmente, la oportunidad de unir definitivamente la Costa con la Sierra para conquistarla económicamente.

Las motivaciones que impulsaron a los sectores políticos asociados al latifundista serrano a enfrentarse con encarnizamiento con los liberales, aparecen delineadas en el párrafo anterior. Su combate era defensivo, no tanto a nivel de intereses económicos objetivos, sino más bien de ideología. [35] Este carácter ideológico —que, por otra parte, explica la tenacidad de la lucha— es marcado por la acción de la Iglesia, alineada ple-

[35] "La clase social compuesta de comerciantes, capitalistas, industriales y banqueros, cuyo centro es Guayaquil, había llegado

namente en el sector latifundista —más precisamente: la Iglesia era la primera latifundista del país— y para el cual el triunfo liberal implicaba no sólo la pérdida de sus posesiones sino del status privilegiado que había detentado desde la época colonial.

La captación del poder por parte de la burguesía banquera y exportadora, va a significar la definitiva integración al sistema capitalista mundial. A partir, de 1900, las exportaciones, especialmente de cacao, van a crecer notablemente: 7.5 millones de dólares en ese año, 8 en 1901, cerca de 11 en 1904, cerca de 12 en 1908, 13 en 1912, decaerán durante la guerra, sin embargo de lo cual subirán a 15.5 en 1916, 19.6 en 1919 y llegarán al clímax en 1920, año en el cual el Ecuador exportó 20.226.600 dólares.[36]

Cabe aquí destacar que el país se vincula con las naciones capitalistas centrales no por una acción directa de éstas sino por la convergencia de una serie de circunstancias que se dan tanto en el Ecuador como en las metrópolis. La posibilidad de un sostenido incremento en la producción cacaotera —causada en el acceso costeño al

entonces a tal punto de crecimiento, de desarrollo, que hasta inconscientemente buscaba medios de organizar el Estado, sobre bases distintas que las que hasta entonces, asímismo de manera inconsciente y muy natural, venían sirviendo de fundamento a la política. Estas bases carcomidas por el tiempo, eran la religión, las pretensiones aristocráticas, el predominio de los grandes propietarios territoriales, todo fundido en el temperamento conservador y de inmovilidad que producen la Sierra y las ocupaciones agrícolas. Hasta entonces flotaba, aunque de modo vago, en el ambiente político, la idea de que el poder de la Nación correspondía desempeñar al clero y aún a cierto grupo de familias predominantes". Belisario Quevedo, *Texto de Historia Patria*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1959, pp. 134—135.

[36] Luis Alberto Carbo, *op. cit.*, p. 447.

excedente y a la mano de obra de la Sierra– y por otra parte, el aumento de la capacidad de absorción de productos tropicales en los países centrales –por los sucesivos incrementos en el ingreso– gestaron el auge cacaotero en el Ecuador.

Más concretamente, la concomitancia de los dos fenómenos antes señalados, se da en función de la capacidad demostrada por la burguesía costeña para aprovechar eficazmente la coyuntura internacional que se le presentaba favorable.

A nivel económico, el problema se planteaba en términos no muy complejos: la ampliación de la producción cacaotera con una calidad tal que asegurase su competitividad en el mercado mundial. Sin embargo, implícitamente se estaba jugando el control del excedente generado por el sector exportador. Por consiguiente, la solución se dará en términos políticos y en virtud de la correlación de fuerzas entre la burguesía costeña y los terratenientes serranos.

Instados, en consecuencia, por esta necesidad básica, y además fortificados por la inicial expansión de las exportaciones, los grupos vinculados a esta actividad llegarán al poder a través de la revolución liberal de 1895. Una vez en él, romperán todo resto de aislamiento en la Sierra con la construcción del ferrocarril del Sur, y crearán el marco político interno que les permitirá un notabilísimo crecimiento de las exportaciones del cacao.

El país, de esta manera, se integra plenamente al sistema capitalista mundial. La expansión de las exportaciones ha permitido monetari-

zar la considerable masa de utilidades posibles, pero al mismo tiempo ha sellado la dependencia nacional. A partir de este momento, y hasta la actualidad, regirá sin discusión alguna el llamado modelo de crecimiento hacia afuera, con las siguientes características específicas:

1) Pese a que la vinculación del Ecuador al mercado mundial se da, prácticamente, en pleno siglo XX, o sea, cuando el capitalismo ha dejado atrás su fase de libre competencia e inicia la monopólica, el control del sistema productivo queda en manos nacionales. Esto es explicable, tanto por las escasas exigencias en materia de capital y tecnología requeridos para la explotación, como por la capacidad que demostró la burguesía exportadora de articular un modelo político en el que le cupo un rol dominante.
2) Vincularse al mercado mundial con un producto tropical supone para el país incorporarse tardíamente al flujo comercial, además de tener que competir con las colonias que países centrales poseían en Africa. Ello subvaluó los precios y viabilizó una explotación de bajo nivel técnico, con escaso poder de irradiación dinámica a la economía nacional.
3) Si bien la mayor parte de la producción está controlada por nacionales, los países centrales controlarán los mecanismos de comercialización externa —incluído el establecimiento del precio— y, a nivel interno, proveerá del capital necesario para la ampliación de la infraestructura de comunica-

ciones.

En efecto, a través de los contratos del 14 de junio de 1897 y del 18 de noviembre de 1898, se organiza en New Jersey "The Guayaquil and Quito Railway Company", la cual construirá el ferrocarril que habría de enlazar la Costa con la Sierra.

Esta no sería la única inversión extranjera. En esta época –hasta 1920– hubo otras dos inversiones de importancia: en las explotaciones auríferas de Portovelo y en la explotación minera en la Península de Santa Elena. Sin embargo, hay que señalar que, quizás en virtud de su relativo aislamiento geográfico, la proporción de las inversiones inglesas en Latinoamérica que recibió el Ecuador fue reducidísima hasta que se despertó el interés por el petróleo en la década de los veinte. Por ejemplo, en 1913, al Ecuador le correspondieron menos de tres millones de libras que sumaban las inversiones inglesas en América Latina. [37]

4) Progresivamente, los Estados Unidos irán desplazando a Inglaterra en su papel de potencia hegemónica, así como a Alemania, importante compradora de nuestra producción. Este proceso se acelerará con la Primera Guerra Mundial.

Estabilizado de esta manera el sistema productivo, es factible la estabilización política. Los sectores de la clase dominante se coaligarán bajo la dirección de la burguesía exportadora y bancaria de Guayaquil y de esta suerte debilitarán y harán desaparecer todo potencial transformador

[37] CEPAL, *El Desarrollo Económico del Ecuador*, México, N.U., 1954, p. 12.

de la revolución liberal. La hegemonía del placismo marca el compromiso entre exportadores costeños y terratenientes serranos. Al quedarse la revolución liberal en transformaciones jurídico–políticas que no afectaron decisivamente la estructura de producción de la Sierra, se condenó al sistema económico a continuar en el esquema tradicional, exportando productos agrícolas tropicales, en los cuales se tenía ventaja comparativa por la situación geográfica y la calidad del suelo.

El auge económico que se prolonga hasta 1920, crea el marco que posibilita el entendimiento de los diversos sectores de la clase dominante. El incipiente nivel de la lucha de clases, que hacía nula cualquier presión por un cambio, y además la presencia de factores ideológicos precapitalistas que aún conferían un considerable prestigio a la aristocracia serrana, facilitaron el cese de todo conflicto entre la burguesía comercial y los terratenientes interandinos.[38]

En síntesis, el propio desarrollo de las fuerzas productivas, aún a nivel precario, no crea contradicciones lo suficientemente hondas como para liberar el potencial mercado atado a las grandes haciendas. La misma bonanza económica no presentará los estímulos para la transformación del sistema. De este modo, la burguesía comercial no aprovechará el auge para acumular capital y lograr una cierta industrialización. Dependientes del extranjero en alto grado los ex-

[38] Hay que recordar al respecto el matrimonio del General Plaza con Avelina Lasso. Al igual que en 1830, con el matrimonio entre Flores y la heredera Jijón, una alianza matrimonial sella el entendimiento con la aristocracia serrana.

portadores en el poder mantendrán intocada la estructura productiva y se contentarán con ciertas reformas que les aseguren el absoluto dominio de las utilidades del cacao, a través del control de las disposiciones monetarias y cambiarias y de la definitiva integración nacional.

Hegemónica, la burguesía financiera va a acrecentar increíblemente su poder entre 1914 y 1925, los llamados años de la "tiranía bancaria".

En 1912, "con el propósito de mantener el precio del cacao en los mercados internacionales, se estableció la Asociación de Agricultores del Ecuador, a la cual se asignó un impuesto de tres sucres por cada quintal de cacao que se exportara". [39] Ahora bien, a igual ritmo que la Asociación iba controlando la exportación del cacao, el Banco Comercial y Agrícola, a través de los anticipos de dinero, iba controlando a la Asociación:

AÑOS	o/o Exportado por la Asociación	Adelantos del Banco Comercial--Agrícola
1913	17 o/o	S/. 3.518.225
1914	33 o/o	S/. 5.746.120
1915	23 o/o	S/. 2.617.102
1916	55 o/o	S/. 4.786.374
1917 (6 meses)	70 o/o	S/. 6.150.000

[40]

[39] Luis Alberto Carbo, *op. cit.* p. 65.

[40] *Ibid.*, p. 472 y 474.

Este poder se iba a ampliar con los crecientes préstamos que el Banco le hacía al Gobierno, préstamos que, por otra parte, consistían en dinero emitido ilegalmente. Para subsanar esta última situación, en 1914 se emite la tristemente célebre "moratoria". Dice al respecto Luis Napoleón Dillon:

> "El 31 de Agosto de 1914, según documentos oficiales que reposan en el Ministerio de Hacienda, tenía el Banco Comercial y Agrícola en su bóveda S/. 154.990 en oro y S/. 9.650.820 en billetes en circulación, de los cuales S/. 9.340.840 representaban la circulación ilegal. El Banco no podría resistir media hora con sus ventanillas abiertas sin que se declarase en incapacidad de convertir los billetes que se le presentaban en gran número para el cambio y sin que sus bóvedas quedasen vacías y la quiebra fuese inevitable. ¿Qué hacer en semejante situación? Reunir las cámaras en sesión secreta, discutir larga y acaloradamente, talvez, y expedir la ley que todos conocemos, por lo menos de nombre, a causa de los perjuicios que nos ha ocasionado."[41]

La ley "moratoria" nace el 6 de Agosto de 1914 bajo la forma de un decreto ejecutivo en el que, aduciendo la guerra, que impide que los bancos puedan reintegrar sus depósitos en el extranjero y que causaría fugas de divisas, se dispone:

[41] Luis Napoleón Dillon, *La Crisis Económica Financiera del Ecuador, Quito,* Ed. Artes Gráficas, 1927, p. 33.

—un respaldo del gobierno por..... S/. 5.000.000 al Banco Comercial y Agrícola y de S/. 3.000.000 al Banco del Ecuador por los billetes emitidos.
— la prohibición de exportar oro; y,
— el aplazamiento de "el cambio de billetes con oro en los Bancos de toda la República por el término de treinta días" (Art. 3).

El 30 del mismo mes, el Congreso ratifica dicho decreto, estipulando que éste siga rigiendo mientras puedan normalizarse las operaciones bancarias y comerciales. [42]

El mantenimiento de la inconvertibilidad, incluso luego de la finalización de la guerra, es una demostración del poder del Banco Comercial y Agrícola. Este poder se acrecentará paralelamente al incremento de sus manipulaciones monetarias posibilitadas por el decreto aludido. Francisco Urbina Jado, Gerente del Banco, será el gran elector de la época y los Presidentes de la República, simples agentes o —como Lizardo García— directivos del Banco.

En este marco general, la relación de dependencia que se consolida en este período implica, desde una perspectiva económica, un atrofiamiento del sistema productivo, un acentuamiento de su vulnerabilidad y, finalmente, el condicionamiento de la tasa de capitalización del sistema al flujo neto de excedente que se drena hacia las economías centrales, ya sea a través de los mecanismos comerciales —imposición de pre-

[42] Luis Alberto Carbo, *op. cit.*, p.p. 70—72.

cios, deterioro de las relaciones de intercambio, pago de fletes y seguros, etc.– como a través de pago de regalías y utilidades a las inversiones extranjeras, pago de intereses por la deuda externa y, finalmente, a través de la fuga de capitales en función del costo de importación o exportación del oro –desde 1898 el Ecuador había adoptado el patrón–oro–.

V. *LA CRISIS Y LA BUSQUEDA DE NUEVAS SOLUCIONES*

1. *La Crisis del Cacao*

El valor de las exportaciones nacionales, compuestas en alrededor de sus dos terceras partes por cacao, va a ascender —aunque con cierta

CUADRO No. 1

VALOR DE LAS EXPORTACIONES NACIONALES
1911 – 1920

AÑO	Exportación en Miles de		Incremento con respecto al Período Anterior	
	SUCRES	DOLARES	SUCRES	DOLARES
1911	26.116	12.678	—.—	—.—
1912	28.168	13.808	+ 7.9o/o	+ 8.9o/o
1913	32.488	15.544	+ 15.3	+ 12.6
1914	26.876	12.737	– 17.3	– 18.1
1915	26.533	12.341	– 1.3	– 3.1
1916	36.152	16.212	+ 36.3	+ 31.4
1917	33.558	13.531	– 7.2	– 16.5
1918	27.500	10.700	– 18.1	– 20.9
1919	43.221	20.197	+ 57.2	+ 88.8
1920	49.892	22.174	+ 15.4	+ 9.8

FUENTE: Hanns Heiman, *Estadísticas de las Exportaciones del Ecuador*, Tabla 1.

irregularidad– hasta 1913, especialmente dinamizado por la apertura del Canal de Panamá.

Evidentemente, el decaimiento del ritmo de crecimiento de las exportaciones, se debe al inicio de la Primera Guerra Mundial, que provocó no sólo el cierre de los importantes mercados europeos sino, además, una cierta baja de los precios, las usuales dificultades cambiarias

CUADRO No. 2

EXPORTACIONES DEL ECUADOR SEGUN PAIS DE DESTINO
1911–1920 (en miles de sucres)

AÑO	EE.UU		FRANCIA		GRAN BRETAÑA		ALEMANIA	
	VALOR	o/o	VALOR	o/o	VALOR	o/o	VALOR	o/o
1911	6.555	25.1	9.321	37.5	2.026	7.8	4.396	16.8
1912	8.143	28.9	8.430	29.9	4.199	14.9	3.134	16.1
1913	7.888	24.3	11.075	34.1	3.334	10.3	5.406	16.6
1914	7.383	27.5	9.132	34.0	2.544	9.5	1.770	6.5
1915	11.683	44.0	2.420	9.1	5.482	20.7	–	–
1916	17.664	48.9	4.481	12.3	7.325	20.2	–	–
1917	26.280	78.3	2.977	8.9	224	0.7	–	–
1918	21.424	77.9	–	–	1.954	7.1	–	–
1919	20.782	48.1	8.587	19.8	7.269	16.8	–	–
1920	27.559	55.2	1.781	3.6	8.725	17.5	1.791	3.6

	OTROS PAISES		TOTAL	
	VALOR	o/o	VALOR	o/o
1911	3.818	12.8	26.116	100.0
1912	4.262	15.2	28.168	100.0
1913	4.485	14.7	32.188	100.0
1914	6.047	25.5	26.876	100.0
1915	6.948	26.2	26.533	100.0
1916	6.682	18.6	36.152	100.0
1917	4.077	12.1	33.558	100.0
1918	4.122	15.0	27.500	100.0
1919	6.583	15.5	43.221	100.0
1920	10.036	20.1	49.892	100.0

FUENTE: H. Heiman, *op. cit.*, Tabla No. 3

y un encarecimiento de los fletes y seguros. Consecuentemente, el ritmo de crecimiento se recuperará plenamente en 1919 y 1920. Sin embargo, la guerra no afectó decisivamente a las exportaciones nacionales pues como se aprecia en los cuadros 2 y 3, en esta década se afianzan definitivamente los Estados Unidos como principal centro consumidor y abastecedor del Ecuador.

CUADRO No. 3

IMPORTACIONES DEL ECUADOR SEGUN ORIGEN
1911 – 1920 (en miles de sucres)

AÑO	EE.UU.	FRANCIA	GRAN BRETAÑA	ALEMANIA	OTROS PAISES	TOTAL
1911	5.325	1.470	5.827	4.900	5.718	23.240
1912	5.528	1.268	6.293	4.332	3.885	21.306
1913	5.798	895	5.384	3.216	2.895	18.188
1914	5.692	647	4.965	2.487	3.499	17.290
1915	6.541	510	6.734	105	3.420	17.310
1916	11.017	801	4.879	13	2.488	19.198
1917	12.206	668	5.048	--	3.018	20.940
1918	9.352	327	3.887	--	3.125	16.691
1919	16.813	639	3.150	2	3.404	24.008
1920	25.424	1.395	9.834	1.123	5.719	43.495

FUENTE: Eduardo Vásconez, *Resúmen Estadístico 1911–1920*, pp. 116–117

La misma guerra va a limitar el volumen y monto de las importaciones nacionales, lo cual permitirá el mantenimiento de una balanza comercial favorable.

CUADRO No. 4

BALANZA COMERCIAL DEL ECUADOR
(1911–1920 en miles de sucres)

AÑO	EXPORTACION	IMPORTACION	SALDO	PORCENTAJE
1911	26.116	23.240	2.876	12.3
1912	28.168	21.306	6.862	32.2
1913	32.488	18.188	14.300	78.6
1914	26.876	17.290	9.586	55.4
1915	26.533	17.310	9.223	53.2
1916	36.152	19.198	16.954	88.3
1917	33.558	29.940	12.618	60.2
1918	27.500	16.691	10.809	64.7
1919	43.221	24.008	19.213	80.0
1920	49.892	43.495	6.397	14.7

FUENTE: H. Heiman, *op. cit.* Tabla 1

Sin embargo de todo lo anteriormente expuesto, si bien la década 1911–1920 marca la cúspide del ciclo del cacao, ya encontramos en ella ciertos elementos que serán los directos causantes de la crisis que se desatará en 1921. Y es la presencia de estos elementos la que determinará, en parte, esa política económica implementada desde 1914 por la burguesía banquera y exportadora de Guayaquil.

En primer lugar, en este lapso se acentúa la vulnerabilidad externa al concentrar las ventas y adquisiciones en un sólo país. Mientras que en 1916 los Estados Unidos compraban casi el 49 o/o de nuestras exportaciones –el año siguiente subirá hasta 78.3 o/o y en 1918 a 77.9 o/o– la mayor parte de las cuales estaban constituídas por cacao, el Ecuador tan sólo contribuía en un 12 o/o al total de cacao consumido

en los Estados Unidos. [1]

En segundo lugar, se observa el deterioro de los términos de intercambio. No disponemos de las cifras exactas del índice de intercambio. Sin embargo resulta interesante comparar la evolución del valor medio del kilo importado y exportado.

CUADRO No. 5

VALOR MEDIO DEL KILO IMPORTADO Y EXPORTADO 1911 - 1920

AÑO	KILO IMPORTADO		KILO EXPORTADO	
	VALOR	INDICE	VALOR	INDICE
1911–14	0.23	100	0.40	100
1915–17	0.28	122	0.48	120
1918	0.51	222	0.40	100
1919	0.66	287	0.55	137
1920	0.85	370	0.60	150

FUENTE: Eduardo Vásconez, *op. cit.* pp. 9 y 10 (valor medio de importaciones); p. 122 (valor medio de exportaciones).

El notable incremento del valor del kilo importado se debe, en parte, a que la composición de las importaciones es más susceptible de variación que la de las exportaciones, y por tanto se vio más afectado por la coyuntura internacional. De todos modos, los datos disponibles nos permiten inferir que entre 1911 y 1920 la composición del comercio externo no varió fundamentalmente[2] y además, el desarrollo de los

[1] El consumo de cacao en Estados Unidos, según país de origen, era el siguiente: Ecuador 12 o/o; Trinidad 11 o/o; Venezuela 8 o/o; Brasil 17 o/o; Accra 21 o/o, otros países 31 o/o. Cf: Luis Alberto Carbo, *op. cit.*, p. 482.

[2] Cf: E. Vásconez, *op. cit.*

dos índices demuestra una diferencia de tal magnitud que cualquier explicación debe necesariamente incluír la diversa evolución del precio medio de las importaciones y las exportaciones.

En tercer lugar, desde 1917 se propaga enentre las haciendas cacaoteras la "monilla", plaga que asola las plantaciones, reduciendo la producción.

CUADRO No. 6

PRODUCCION DE CACAO [3]
1911–1920 (en quintales)

AÑO	PRODUCCION
1911	853.679
1912	782.332
1913	932.852
1914	971.678
1915	769.752
1916	1.079.252
1917	1.008.767
1918	819.099
1919	826.580
1920	865.010

FUENTE: Memorias anuales de las Cámaras de Comercio y Agricultura de Guayaquil, cit. por L. Carbo, *op. cit.* p. 449.

Finalmente, el cuarto elemento, quizás el más importante de todos, es la aparición de países competidores en la exportación de cacao, los mismos que, a diferencia del Ecuador, incrementarán considerablemente su producción, y concomitantemente, su participación en la oferta mundial del producto, agudizando la competen-

[3] Hay que anotar que las cifras son más bien una estimación. Por tanto, si bien son útiles para apreciar la tendencia, su confiabilidad en general es relativa.

cia y contribuyendo a la caída o, al menos, al estancamiento de los precios. De 1912 a 1920, Accra (Costa de Oro) aumenta su producción de cacao de 39.000 a 134.000 toneladas; Venezuela de 10.000 a 22.000; Lagos de 3.000 a 20.000; Santo Domingo de 21.000 a 29.000. Mientras tanto el Ecuador apenas pasó de 37.000 a 41.000 toneladas.[4]

Todos estos elementos prefiguran la crisis del cacao. En marzo de 1920, en el mercado de New York, la cotización de la "pepa de oro" llega a un precio record de US$ 26.76 por quintal.[5] Esta alza hará que en dicho año las exportaciones nacionales rebasen los 22 millones de dólares, creciendo en un 15.4 o/o con respecto al año anterior que ya había sido excepcionalmente bueno.

Mas, en diciembre del mismo año, el precio cae bruscamente a US$ 12 por quintal y continuará bajando en 1921 hasta llegar a un mínimo de US$ 5,75.[6] En estas circunstancias, la presencia de una nueva plaga: la "escoba de bruja", mucho más devastadora que la "monilla", significará la ruina de las exportaciones. Estas disminuirán en 1921 en un 55.7 o/o con respecto al año anterior, alcanzando apenas US$ 9.818.000.[7]

Esta baja de precios, en suma, determina la

[4] Rev. "Gordian" de Hamburgo. Cit. por Luis Napoléon Dillon, *op. cit.*, p. 47.

[5] Luis Alberto Carbo, *op. cit.*, p. 104.

[6] *Ibid*, p. 104.

[7] Todos los datos sobre valor de las importaciones y exportaciones son tomados de: H. Heiman, *op. cit.*

crisis de la producción y exportación de cacao pues desalienta definitivamente a los productores que veían disminuir sus cosechas por acción de las plagas y minimizarse sus ingresos por las condiciones del mercado. Las causas últimas de la crisis, por consiguiente, no las encontramos en la misma estructura de producción; ni siquiera las encontramos en fenómenos aleatorios, como son las plagas, usualmente reputadas como determinantes de la ruina cacaotera. La crisis del cacao en el Ecuador fue el directo resultado de los mecanismos del sistema capitalista mundial que, al abrir nuevas zonas a la producción de bienes primarios, determinaron un exceso de oferta y una baja de los precios.[8] Esta tendencia se acentúa con la deflación internacional que siguió a la Primera Guerra, produciéndose la caída de los precios, caída que fue especialmente aguda para los productos primarios.

La burguesía exportadora se defiende de la baja de precios con sucesivas devaluaciones. La cotización pasó de 2.25 sucres por dólar en 1920, a 3.46 en 1921, a 4.27 en 1922, a 4.79 en 1923, a 5.03 en 1924, baja a 4.32 en 1925 y a partir de 1926 oscilará por encima de los cinco sucres.[9] Incluso, entre 1922 y 1924, el gobierno llegó a fijar la paridad del sucre en base a cotizaciones del cacao en Londres y Nueva York, para asegurar a los exportadores un precio entre los 24 y los 28 sucres por quintal.[10]

[8] Ya en 1916, mientras el consumo mundial de cacao era de 260.400 Tons., la producción era de 307.500 Tons.

[9] H. Heiman, *op. cit.*, Tabla 79.

[10] CEPAL, *El Desarrollo Económico del Ecuador*, op. cit. p. 155.

CUADRO No. 7

EXPORTACIONES DEL ECUADOR
1920 – 1929 (en miles de sucres y dólares)

AÑO	SUCRES	VARIACION CON EL AÑO ANTERIOR	DOLARES	VARIACION CON EL AÑO ANTERIOR
1920	19.892	+ 15.4	22.174	+ 9.8
1921	33.969	– 31.9	9.818	– 55.7
1922	46.107	+ 35.7	10.798	+ 10.0
1923	38.386	– 16.7	8.014	– 25.8
1924	61.286	+ 59.6	12.181	+ 52.0
1925	72.512	+ 18.4	16.785	+ 37.8

FUENTE: H. Heiman, *op. cit*, tabla 1

Como se desprende del Cuadro No. 7, a través del juego cambiario los exportadores transferían sus pérdidas al resto del país. Esto llevará por una parte, a la protesta de las expoliadas masas populares que serían masacradas en las calles de Guayaquil el 15 de noviembre de 1922 y, por otra, al debilitamiento de la alianza de los sectores de la clase dominante. Sectores jóvenes del ejército y latifundistas serranos hábilmente infiltrados depondrán en 1925 a los liberales, finalizando políticamente la era del cacao.

La Junta Militar que se instala en el país desde el 9 de Julio de 1925 arremeterá contra el banco de los exportadores, el antes todopoderoso Banco Comercial y Agrícola de Guayaquil, al cual le achacan buena parte de la crisis económica del país. La construcción de un nuevo sistema bancario directamente controlado por el Estado, será uno de los puntos fundamentales del nuevo gobierno, y el 4 de marzo de 1927, sobre la base del proyecto presentado por la Mi-

sión Kemmerer, el Presidente Provisional de la República decretará la Ley Orgánica del Banco Central del Ecuador.

Por otra parte, los sectores latifundistas que operan tras el movimiento juliano van a conseguir una revaluación de las propiedades rurales y la substitución del antiguo impuesto predial —que establecía menores tasas para las provincias de la Costa— por un impuesto territorial progresivo y único.

Vale la pena aquí, hacer una corta disgresión. La extracción de clase de algunos de los hombres que acaudillaron el movimiento de Julio de 1925, lleva irresistiblemente a pensar que nos hallamos frente a un gobierno representante de los intereses de los sectores medios empeñados en un proyecto popular y desarrollista. La presencia de Luis Napoleón Dillon, ideólogo del industrialismo, refuerza esta idea. Se trataría de la primera insurgencia del estrato medio, consolidado por la revolución liberal a través del establecimiento de la educación laica, de la institucionalización definitiva de la escuela militar, de la apertura de los empleos públicos a las mujeres y de la supresión de la prisión por deudas.[11] Sin embargo de todo esto, la presencia de los latifundistas es notoria. Esta clase media que insurgía le confirió en su inicio, un cierto matiz ideológico a la revolución juliana[12], pero a la postre

[11] Veáse al respecto el interesante análisis que hace Angel F. Rojas en su libro *La Novela Ecuatoriana*, México, F.C.E., 1948, p. 79–80.

[12] Véase al respecto: Agustín Cueva, *Apuntes de Sociología Política Ecuatoriana*, Quito, (mimeo), s.f., p.p. 14 y ss.

la dictadura de Ayora marca el entendimiento de los sectores dominantes en función de las nuevas condiciones económicas. Si bien se dio un robustecimiento estatal y, además, en noviembre de 1925 se promulgó la Ley Protectora de las Industrias Nacionales y luego la Ley de Aranceles y Aduanas, hay que recordar que el sector industrial –dominado por la rama textil– no era, en la mayoría de los casos, otra cosa que una prolongación del latifundismo serrano.

2. *El Modelo de Crecimiento Hacia Afuera: Una Evaluación General*

El advenimiento del siglo XX marca para el Ecuador su plena incorporación al mercado mundial en base a la exportación de un producto tropical: el cacao. La competitividad del cacao ecuatoriano se basaba fundamentalmente en su calidad y en su relativamente bajo costo, los cuales, a su vez, eran el resultado de condiciones ecológicas muy favorables y de la disponibilidad de mano de obra escasamente remunerada. Estos elementos se refuerzan con la apertura del Canal de Panamá, que vendrá a restar importancia a una de las grandes desventajas del producto ecuatoriano: su difícil acceso –en virtud de la lejanía, que encarecía los fletes– a los centros consumidores de Europa y a la costa oriental de los Estados Unidos.

El tipo de producto con el cual el país se incorpora al mercado mundial definirá algunas características básicas del modelo de desarrollo hacia afuera.

En primer lugar, cabe destacar que, al espe-

cializarse en la exportación de un producto tropical, el Ecuador deberá competir con la producción de las colonias africanas y de otros países de escaso desarrollo. Este hecho determinará una alta vulnerabilidad de la situación de la economía ecuatoriana, ya que la existencia de adecuadas tierras fértiles y de mano de obra barata, eran requisitos no muy difíciles de satisfacer y por tanto, surgían con facilidad competidores que elevaban considerablemente la oferta, determinando una tendencia al descenso de los precios. Además, las condiciones de la competencia no van a estimular un proceso de absorción de tecnología y de incremento de la productividad —que hubiese ido aparejado a un alza de la remuneración al trabajo— sino que condujo a un acentuamiento de las ventajas comparativas del país y en especial, de la superexplotación de la mano de obra.

Finalmente, al contar únicamente con un producto tropical sobre el que se podía basar el auge exportador, el Ecuador se incorporará tardíamente al mercado mundial, cuando las economías centrales habían incrementado a tal nivel su renta por persona, que les permitía demandar cacao en cantidades apreciables. Más aún, esta incorporación se hace en una época en que el sistema capitalista ya ha dejado atrás su fase de libre competencia, caracterizándose la nueva etapa por la formación monopólica de los precios y, además, por la marcada tendencia, presente en las economías centrales, a la exportación de capitales hacia la periferia.

Por ello, la época de la vinculación del Ecuador al mercado mundial no sólo se caracte-

riza por el incremento substancial de las relaciones comerciales, sino además por la penetración del capital extranjero en la explotación del petróleo y las minas de oro, y en la construcción de la más importante obra de infraestructura del país: el ferrocarril del sur.

A pesar de lo anterior, la expansión de las exportaciones se da en condiciones de control nacional del sistema productivo. Aunque existen inversiones extranjeras en la explotación cacaotera, la mayor parte de las haciendas productoras seguirán en poder de ecuatorianos. Igual cosa ocurrirá con los mecanismos internos de comercialización y acopio, centralizados desde 1912 en la Asociación de Agricultores del Ecuador.

Esta aparente contradicción entre la coyuntura internacional y la modalidad que adopta la expansión nacional de las exportaciones es explicable, en primer lugar, porque el cacao no requería para su producción ni una elevada concentración de capital ni una tecnología sofisticada y, además, porque el Ecuador logra desde 1860–75 su consolidación como Estado, valga decir, se ha conseguido articular con cierta eficacia un entendimiento de los diversos sectores de la clase dominante, con preeminencia de uno de ellos –la burguesía exportadora– lo cual posibilita la definición de un modelo de desarrollo para el país. Este hecho asegurará el mantenimiento eficaz de las relaciones con el exterior, precautelando hasta cierto punto posibles intervenciones norteamericanas como las que se produjeron en Centroamérica en las tres primeras décadas del siglo XX y, además, al representar

una articulación económico–política de la clase dominante implicará una cohesión interna que dificultará la penetración del capital extranjero en el sector más dinámico de la economía.

Según Cardoso y Faletto, el control del proceso productivo en la fase de expansión hacia afuera implica que:

> "las decisiones de inversión pasan por un momento de deliberaciones internas de las que resulta la expansión o retracción de la producción: ello significa que el capital encuentra su punto de partida y su punto final en el sistema económico interno"[13]

En el caso ecuatoriano, el capital para la explotación cacaotera se generará, en su mayor parte, internamente. Frente a una coyuntura internacional favorable, los productores buscarán, desde mediados del siglo XIX, expandir sus plantaciones, lo cual les obligará a acudir a los bancos, donde se concentraría el excedente acumulado por la actividad comercial. Esta relación le conferirá un cierto poder a la burguesía bancaria, poder que se acrecentará cuando a partir de 1910 el incremento de la oferta mundial de cacao endurezca las condiciones del mercado obligando a realizar exportaciones a consignación.

Una vez transformado sucesivamente el capital dinero en capital productivo, en capital mercancía –cacao– y vuelto a su forma original de dinero, pero acrecentado, la decisión sobre su destino dependía fundamentalmente de la

[13] Fernando Cardoso y E. Faletto, *op. cit.*, p. 46.

coyuntura que rigiese el mercado mundial. Por tanto, si bien la última decisión estaba en manos nacionales, esta decisión estaba supeditada a un factor exógeno e incontrolable: las variaciones del precio del cacao en el mercado mundial. Estas variaciones podían definir el aumento del área sembrada y consecuentemente de la inversión, o bien, desalentar la inversión incrementando el consumo.

El núcleo básico que va a acumular el capital fue, habíamos dicho, la burguesía exportadora y banquera asentada en Guayaquil. Dentro del circuito del cacao absorberá el excedente generado: a) en el trabajo asalariado de plantación; b) en la diferencia entre el valor creado y el precio pagado al pequeño productor y c) en el sistema de "redención" [14] de cultivos.[15]

A su vez, el excedente producido por el trabajo no remunerado de las masas campesinas de la Sierra, se concentrará en las manos de los terratenientes serranos, quienes abastecerán el mercado interno y de esta suerte se beneficiarán con la expansión exportadora. Sin embargo, existirá simultáneamente un flujo de capital de la Sierra a la Costa a través de dos canales: el comercial y el bancario.

[14] En el sistema de redención, el campesino recibe del propietario una parcela en la cual siembra el cacao y otros productos permanentes o semipermanentes y ciertos productos para su subsistencia. Al cabo de cierto tiempo, cuando la plantación está a punto de producir, el terrateniente 'redime' los sembríos mediante el pago de una escasa suma por planta. Así el propietario de la tierra se apropia, a un bajo costo, de plantaciones que producirán para él por largo tiempo. Osvaldo Hurtado, *Dos Mundos Superpuestos*, la. ed., Quito, INEDES, 1969, p. 61.

[15] Alejandro Moreano, *Estudios sobre Realidad Nacional*, Quito, Extensión Politécnica, (mimeo), s.f., p. 15.

La Sierra, productora de alimentos, adquirirá bienes manufacturados, importados por Guayaquil. Puesto que estas manufacturas se estaban pagando con las exportaciones de cacao, a fin de cuentas, mediatizados por la relación internacional, se estaba intercambiando los alimentos producidos en la Sierra por el cacao costeño. Dado que existían diversos grados de productividad y de tecnificación, llevando la peor parte los arcaicos latifundios serranos, se producirá un flujo de excedente hacia la Costa a través de la relación de precios.

Además, al consolidarse un sistema bancario a nivel nacional, el capital va a fluir hacia aquellas actividades de más alta rentabilidad. Así, el capital serrano será utilizado en la expansión de las plantaciones cacaoteras y para el financiamiento de las importaciones.[16]

Pese a existir adecuados mecanismos para la concentración del capital, éste no va a ser utilizado en diversificar la estructura económica nacional sino que será empleado casi exclusivamente en la ampliación de la capacidad productiva de cacao y en el financiamiento de las importaciones. Esto es, el auge exportador no condujo a una acumulación de capital que hubiese sustentado la industrialización, sino que más bien se diluyó entre el consumo suntuario y la consolidación del monocultivo para la exportación. Al respecto, O. Sunkel afirma:

> "El desarrollo de un sector exportador que compite con éxito en los mercados extran-

[16] *Ibid*, p. 15.

> jeros significa, desde el punto de vista de la economía exportadora, que se ha desarrollado una actividad que tiene ventajas comparativas y por consiguiente costos reales relativos menores que el resto de las actividades económicas del país; por consiguiente, las importaciones pagadas con las divisas que genera el sector más productivo de la economía, esto es, el sector exportador, resultarán en principio más baratas que la producción nacional alternativa" [17]

En esta línea de razonamiento, en el Ecuador, un posible sector manufacturero debía competir en realidad con el nivel de rentabilidad del sector que producía para la exportación, o sea con el nivel de rentabilidad y productividad de las haciendas cacaoteras que, como se desprende del siguiente cuadro, era muy alto:

[17] Oswaldo Sunkel, *op. cit.*

CUADRO No. 8
UTILIDADES DE CUATRO HACIENDAS CACAOTERAS
(1920–1922) [18]

Nombre de la hacienda	No. de Peones (*)	Años	Costo de Producción	Utilidad Neta	Utilidad por 100/Costo
San Rafael	77	1921	38.276	34.360	89.8 o/o
		1922	39.103	67.588	172.8 o/o
Mercedes	134	1920	76.165	117.536	154.3 o/o
		1921	72.905	133.391	183.0 o/o
		1922	79.621	175.178	220.0 o/o
Libertad	280	1920	106.032	67.068	63.3 o/o
		1921	181.656	(pérdida)**	---
		1922	75.206	32.212	42.8 o/o
Colón	140	1921	47.885	45.180	94.4 o/o
		1922	64.701	88.702	137.1 o/o
Promedios:	167.6	1920-1922	66.655	84.579	126.9 o/o

* Número medio de peones hasta 1922
** Los fuertes gastos en 1921 fueron para trabajos de irrigación

FUENTE: Luis Napoleón Dillon, *op. cit.*, No. de peones, p. 125; Hcdas San Rafael y Colón, p. 126; Hcdas. Mercedes y Libertad, p. 127.

Sin embargo de lo anterior, el mismo Sunkel establece una salvedad:

> "los precios relativos de las importaciones respecto a la producción nacional, estarán afectados por los costos de transporte, por la política tarifaria del país y por la situación cambiaria" [19]

[18] Los datos son tomados de Luis Dillon (Ver fuente), quien presenta a estas haciendas como muestra representativa para evidenciar los efectos de la escoba de bruja a partir de 1923. Por tanto, puede aceptarse una cierta generalización en base a estas contabilidades.

[19] Oswaldo Sunkel, *op. cit.*, p.313.

De estos tres elementos proteccionistas, los dos últimos responden a una determinada situación que concede preeminencia a los sectores opuestos al librecambismo. Puesto que el primer elemento —costo de los fletes— es prácticamente un parámetro, la posibilidad de desarrollo de ciertas actividades estaría supeditada al juego político.

Existe, empero, un elemento de excepcional importancia, producto del desarrollo histórico del país, que va a delimitar las posibilidades de industrialización aún contando con coyunturas políticas favorables. Es el nivel de evolución cuantitativo y cualitativo del mercado interno.

La conformación de un mercado interno que demanda efectivamente productos manufacturados es el resultado, en último término, del grado de transferencia del ingreso desde los sectores exportadores hacia el resto de la población nacional.

En el caso del Ecuador, la expansión cacaotera se realiza en base a la explotación más intensa de los recursos naturales y de la fuerza de trabajo. Fue un crecimiento en extensión y no en profundidad. Al residir la ventaja comparativa de la producción nacional en la existencia de condiciones ecológicas favorables y de una mano de obra barata, en primer lugar no se produce una substancial incorporación tecnológica que hubiera requerido mano de obra más calificada y por tanto mejor pagada; en segundo lugar, se mantienen —puesto que allí reside buena parte de la competitividad del cacao— bajos los salarios, absorbiendo la mayor parte del excedente los exportadores y, en menor grado, los pro-

pietarios de la tierra.

Además, la explotación cacaotera no es una demandante dinámica de insumos. Con excepción de cierta maquinaria, que en todo caso se importaba, los elementos para la producción se obtenían en los propios límites de plantación. El único elemento básico traído de afuera eran los alimentos que complementaban la dieta de la fuerza de trabajo. Estos alimentos se producían predominantemente en la Sierra, a base de mano de obra no remunerada, la que se mantenía atada a los grandes latifundios a través de instituciones como el concertaje.

El auge cacaotero, en resumen, no propiciará la conformación de un mercado interno de cierta extensión, capaz de estimular una diversificación de la economía. Por el contrario, al agudizar la concentración del ingreso en pocas manos, contribuyó a que la demanda se volviese sumamente sofisticada y sensible a la adopción de patrones de consumo extranjeros, que sólo podían ser satisfechos a través de importaciones.

Este último fenómeno, que es consolidado a través de la dependencia cultural del país frente a las naciones centrales, determina una alta rentabilidad del comercio importador. De esta suerte, las utilidades netas acumuladas en la expansión exportadora tendrán, básicamente, cuatro alternativas de uso: a) se reinvertirán en el mismo sector; b) se destinarán al comercio; c) se invertirán en bienes raíces —especialmente propiedad urbana— o d) simplemente, servirán para sufragar toda suerte de consumo suntuario. En una palabra, el modelo de crecimiento

hacia afuera se reproduce a sí mismo, consolidando internamente la posición del país dentro de la división internacional del trabajo.

Esta posición de país exportador de bienes primarios implicaba una situación de subordinación, de dependencia, con respecto a los países centrales, especializados en la producción de manufacturas. Esta situación que, como hemos visto, se autoperpetúa, supone un atrofiamiento de la estructura económica, la cual crece unilateralmente, sólo en ciertas ramas, sin capacidad de diversificación, lo cual acentúa su vulnerabilidad. A más de esto, la relación de dependencia implicará un flujo neto de excedente del país hacia los centros económicos, especialmente Inglaterra y Estados Unidos.

La causa principal de esta transferencia será la relación comercial, y el principal mecanismo, el deterioro de los términos de intercambio, producto no sólo del diverso nivel de tecnología vigente en los países centrales y en el Ecuador, sino además, de la imposición monopólica de los precios y del exceso de oferta sobre la demanda. Además, los países centrales controlaban los sistemas internacionales de comercialización y por tanto, imponían los precios de fletes y seguros.

Otras formas a través de las cuales se drena capital hacia las economías centrales serán las remesas de utilidades producidas por inversiones extranjeras en el país y, finalmente, los intereses y amortizaciones de la deuda externa ecuatoriana.

En suma, al vincularse al mercado mundial, el Ecuador dinamiza una relación asimétrica.

La ulterior evolución histórica consolidará su situación de país dependiente, la cual se traduce no sólo a través de un desarrollo atrofiado de la estructura económica, sino que además determina una sistemática descapitalización de la economía.

Más aún, a diferencia de otros países latinoamericanos especialmente los del Cono Sur, en el país el auge cacaotero tuvo una muy limitada repercusión en los demás sectores de la economía. Si bien propició una mayor demanda de alimentos, ésta no dinamizó el sector agropecuario serrano, pero en cambio propició la migración de mano de obra de la Sierra hacia la Costa. [20] En este sentido, dieron poderosos estímulos no sólo los salarios monetarios sino también la apertura del ferrocarril y, hasta cierto punto, la abolición del concertaje en 1918.

Más importante efecto parece el proceso de fortalecimiento económico del Estado, que al acrecentar sus ingresos en base a la tributación de las exportaciones, pudo expandir el gasto público. Claro está que ello implicó una mayor vulnerabilidad de la economía del país, puesto que la inversión y el empleo público dependerán también de la suerte de las exportaciones.

[20] Mientras que en 1892, un 19 o/o de la población nacional residía en la Costa frente a un 74.4 o/o que lo hacía en la Sierra, para 1932 los porcentajes eran, respectivamente, de 32.0 y 61.3 Cf.: Lucas Achig, *et al., Las Migraciones Internas del Ecuador*, Quito, 1970, (mimeo), p. 1.

3. *La Industrialización Fallida*

Duramente afectadas desde 1921, las exportaciones ecuatorianas sólo se recuperarán parcialmente en 1927, en base a un esfuerzo de diversificación.[21] Igual cosa sucederá con las importaciones.

CUADRO No. 9
EXPORTACIONES E IMPORTACIONES DEL ECUADOR
(1921–1930)

AÑO	EXPORTACIONES			IMPORTACIONES	
	Volumen en Tons. Métricas	Valor en Miles de Sucres	Dólares	Volumen en Tons. Métricas	Valor en Sucres
1921	89.887	33.969	9.818	43.846	23.486
1922	91.926	46.107	10.798	63.717	33.582
1923	80.496	38.386	8.014	67.130	36.805
1924	84.883	61.268	12.181	84.611	52.003
1925	87.244	72.512	16.785	79.126	55.235
1926	92.812	63.571	12.416	75.585	47.073
1927	137.945	95.757	19.113	83.852	57.050
1928	224.695	98.379	19.597	102.003	82.924
1929	234.251	86.037	17.105	101.451	84.835
1930	235.427	80.647	15.970	89.445	63.981

FUENTE: H. Heiman, *op. cit.*, tablas 1 (valores) y 3 (volúmenes)

Sin embargo, esta recuperación de las exportaciones nacionales se frustrará por la crisis de 1929, cuyos efectos depresivos marcarán la evolución de la economía hasta la segunda postguerra.

Con la crisis –dice Raúl Prebish– se desintegra a nivel mundial el orden de cosas que venía del siglo XIX y al que la guerra ya había com-

[21] La exportación de cacao, que en el quinquenio 1916–20 representaba el 68.5 o/o del total de exportaciones nacionales, bajó su participación al 53.0 o/o en 1921–25 y al 34.2 o/o en 1926–30. Cf: CEPAL, *op. cit.*, p. 160

prometido. Adquieren impulso extraordinario las tendencias hacia la autarquía agrícola en los países centrales, empeñados en contraer sus importaciones dada la merma de sus exportaciones. Surgen el bilateralismo y la discriminación como medios de atenuar la intensidad del fenómeno.[22]

Al generarse un deterioro de los términos de intercambio, se producirá una sensible baja en la capacidad de importar del país, lo cual, unido a la presión de las obligaciones externas, determinará una crónica tendencia al desequilibrio.

CUADRO No. 10
RELACION DE PRECIOS DEL INTERCAMBIO Y CAPACIDAD DEL ECUADOR PARA IMPORTAR (1928–1949)

PERIODOS	PRECIOS DE EXPORTACION	PRECIOS DE IMPORTACION	RELACION DE PRECIOS DEL INTERCAMBIO	CAPACIDAD PARA IMPORTAR	
				TOTAL	POR HABITANTE
1928–29	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
1930–34	78.2	98.8	79.3	68.6	62.9
1935–39	128.7	202.8	63.2	70.6	57.4
1940–44	264.0	334.7	77.6	96.1	69.1
1945–49	491.9	478.5	102.6	127.5	81.3

FUENTE: CEPAL, *opc. cit.* p. 23

En estas condiciones, la crisis del sector externo, que se traducía tanto en la decadencia de las exportaciones como en la dificultad de importar, indujo a muchos países latinoamericanos a iniciar un proceso de industrialización basado en la substitución de importaciones. Este cam-

[22] Raúl Prebisch, *Nueva Política Comercial para el Desarrollo*, 2a. ed., México, F.C.E., 1966, p. 18.

bio en la gravitación que tenían los diversos sectores dentro de la estructura económica posibilitó, y a la vez fue estimulado, por el desarrollo de nuevas fuerzas políticas que, articuladas en función de los nuevos intereses, dieron nacimiento al populismo.[23]

En el Ecuador, en cambio, al igual que en algunos otros países latinoamericanos exportadores de productos tropicales, no ocurrieron las transformaciones que hemos reseñado antes. En base a sucesivas devaluaciones y a la superexplotación del campesinado, se mantuvo, mal que bien, el viejo modelo de crecimiento en base a las exportaciones tradicionales. Políticamente, el lapso que va desde 1925 hasta 1948 se caracterizó por una extremada inestabilidad, señal inequívoca de lucha entre los diversos sectores de la clase dominante, sin que ninguno de ellos lograse prevalecer sobre los demás. Los sectores medios hacen su irrupción a través del Partido Socialista, expresión de la pequeña burguesía radicalizada y, además, es en esta etapa cuando surge la figura carismática de José María Velasco Ibarra. Sin embargo, y a diferencia de los líderes populistas que aparecen contemporáneamente a Velasco, éste no significa la irrupción de nuevas fuerzas económicas que buscan a través del líder la alianza con las masas a fin de doblegar a los

[23] Veáse, al respecto F. Cardoso y E. Faletto, *op. cit.*, pp. 54–130; Sergio de la Peña, *El Antidesarrollo de América Latina*, México, Ed. S. XXI, 1971, p.p. 162–170; Ruy Mauro Marini, *op. cit.*, p.p. 70–71; Torcuato Ditella, "Populismo y Reforma Agraria en América Latina". *En:* Claudio Véliz, *Obstáculos para la transformación de América Latina*, México, F.C.E., 1969, p.p. 51–74, y Celso Furtado, *La Economía Latinoamericana desde la conquista Ibérica hasta la Revolución Cubana*, op. cit., pp. 98–134.

sectores exportadores y posibilitar el desarrollo industrial. Velasco, contra las apariencias posibles, es un fenómeno accidental en el desarrollo nacional, que no marca transformaciones en la estructura productiva del país. Su influencia se ha movido puramente en el plano de las ideas, de las ideologías, de lo supestructural. En la base, todo ha seguido siendo igual, todo ha permanecido incólume.

Y es que la atenuación de la dependencia que provoca la crisis de 1929 llega al país en una coyuntura tal que no había ni posibilidades estructurales ni fuerzas políticas capaces de aprovecharla.

En primer lugar, para 1930 ya habían transcurrido 10 años del definitivo eclipsamiento del cacao y no había surgido ningún producto exportable capaz de reemplazarlo con igual dinamismo. En estas circuntancias, vigente aún la presión exterior a través de las importaciones, no fue posible la creación de una industria a la cual transfiriese sus capitales la burguesía banquera y exportadora. Por el contrario, ésta intentó subsistir hasta 1925 transfiriendo al país sus pérdidas, o sea pauperizando aún más a las masas, destruyendo toda posibilidad de que se consolidara un mercado interno que permitiese la producción nacional de manufacturas. Al ser desplazada del gobierno en 1925, la burguesía exportadora perdió —aunque no totalmente— posibilidades de acumular capital. De esta manera, en 1930, no existían ni capitales disponibles ni un mercado interno que posibilitara la industrialización. Más aún, en 10 años de crisis, el sistema productivo se había reacondicionado para seguir el secular

modelo de "crecimiento hacia afuera" con escaso dinamismo y basándose exclusivamente en las ventajas derivadas de la situación geográfica y ecológica y de la baratura de la mano de obra, superexplotada por los hacendados y latifundistas, ventajas que se acentuaban con sucesivas devaluaciones.

Por otra parte, desde un punto de vista puramente político, no existía en el país ni en 1920 ni en 1930 un embrión de burguesía industrial que, actuando independientemente, pudiera buscar la alianza con las masas urbanas y con la pequeña burguesía radicalizada a fin de lograr las condiciones necesarias para un proceso de industrialización que substituyese las importaciones tradicionales. Esto es, si se llegaba a articular una alianza como la descrita, hubiese sido factible, a través de movilizaciones políticas de las masas, impulsar la ampliación del mercado interno —mediante políticas de redistribución del ingreso— así como la transferencia al Estado del excedente acumulado por los exportadores para la creación de una infraestructura básica. Además, el control del Estado significaba la dirección de la política monetaria, cambiaria y aduanera.

Sin embargo, todo esto no pudo darse por la inexistencia de una burguesía industrial. A más de las débiles industrias costeñas, concentradas en la rama de alimentos y bebidas,[24] el único núcleo industrial de importancia en el país

[24] Una lista de las empresas de Guayaquil, hecha para el cobro de un impuesto en 1922, muestra que las mayores industrias eran la fábrica de cerveza, la fábrica de cigarrillos "El Progreso" y unas pocas fábricas de chocolates, jabones y manteca. Todas es-

era el de fabricantes de textiles en la Sierra. Pero tradicionalmente, la industria textil no había sido más que un apéndice de los sectores latifundistas serranos. En tales condiciones, no existían posibilidades de que se planteara una política industrial de corte progresista y popular, que habría vulnerado los intereses de los latifundistas. No se concibe industrialización sin un cierto mercado interno y no es posible crear éste en un país fundamentalmente agrícola sin atentar contra los propietarios de la tierra.

Por ello, el ímpetu de la revolución juliana se agotó a los pocos meses del Gobierno y el carisma de Velasco no impulsó el reformismo, sino que ha servido para que en las diversas coyunturas políticas sea árbitro de los conflictos de los sectores de la clase dominante o representante de alguno de los grupos en pugna y, además, para canalizar —velando sus intereses objetivos de clase— la presión de las masas. [25]

En cuanto se refiere a la industria, la única rama en la cual se aprecia una substitución de importaciones es en la de textiles.

tas industrias tenían un capital que oscilaba alrededor de apenas los cien mil sucres. Cf: Gonzalo Orellana, *Guía Comercial Geográfica*, Guayaquil, Tip. de la Escuela de Artes y Oficios, 1922, p. 34—49.

[25] Una profundización del tema escapa a los límites de este trabajo. Para un análisis más detallado de la evolución política de 1925 a 1950, puede verse: Agustín Cueva, *op. cit.*, p.p. 14—55; Alejandro Moreano, *op. cit.*, 18—20 y Gonzalo Abad, *Ecuador: Análisis de una Problemática*, op. cit., p.p. 10—12.

CUADRO No. 11

EVOLUCION DE LAS IMPORTACIONES POR GRUPOS DE ARTICULOS
(Importaciones por habitante en sucres, a precios de 1937)

GRUPOS DE ARTICULOS	1928–30	1948–50
Alimentos, bebidas, tabaco	10.0	10.1
Productos químicos	4.22	12.58
Piedras, vidrios y similares	0.68	1.24
Metales y sus artefactos	2.45	3.63
Combustibles y lubricantes	1.84	2.31
Papel, cartón y sus manufacturas	18.17	10.61
Bienes duraderos de consumo	2.09	2.48
Aceites y grasas no comestibles	1.68	1.03
Textiles y sus manufacturas	18.17	10.61
Cauchos y sus manufacturas	0.74	0.16
Madera y sus manufacturas	0.50	0.04
Pieles, cueros y sus manufacturas	1.03	0.03

FUENTE: CEPAL, *op. cit.* p. 27

Este esfuerzo de substitución se puede apreciar más nítidamente en el cuadro siguiente, en el cual se desglosan las importaciones de textiles, en materia prima, productos semielaborados –hilados– y productos acabados –tejidos y confecciones.

CUADRO No. 12
VARIACIONES EN LAS IMPORTACIONES DE TEXTILES
(en miles de sucres, a precios de 1937)

	1928–30	1948–50	VARIACION o/o
A. Materias Primas	2.4	6.2	158.3
B. Hilados	2.3	5.3	130.4
C. Tejidos y cintas	22.7	18.4	–19.0
D. Confecciones	7.1	3.1	–56.3
TOTAL	34.5	33.0	– 4.4

FUENTE: CEPAL, *op. cit*, p. 28

Los fabricantes de textiles pudieron aprovechar con cierta efectividad las favorables coyunturas que aparecían tanto en lo económico –crisis del sistema capitalista y atenuación de la dependencia– como en lo político –fin de la hegemonía absoluta de la burguesía exportadora del litoral–. Así, de 24 empresas importantes que existían en 1950, *todas* localizadas en la Sierra, [26] tres estaban establecidas antes de la Primera Guerra; cinco lo hicieron antes de la gran depresión, esto es, en la crisis del cacao; diez se establecieron en la década de los treinta y seis más a partir de 1945. [27]

Sería unilateral, sin embargo, reducir toda la explicación a esta capacidad demostrada por un grupo empresarial para aprovechar la coyuntura. El crecimiento de la industria textil puede hacerse porque, además, no existen factores estructurales que lo frustren. Por una parte, el nivel de desarrollo del marcado interno, si bien era incipiente en términos absolutos, aseguraba, de todos modos, la demanda de una adecuada cantidad de tejidos. Por otra, la situación internacional abrió posibilidades a nuevas exportaciones nacionales, lo cual permitió, especialmente desde 1940, el mantenimiento de la capacidad de importación necesaria para la compra de maquinaria, materia prima y bienes intermedios (Ver cuadro 10).

[26] CEPAL, *op. cit.*, 107.

[27] *Ibid.*, p.118.

4. *El Nuevo Auge Exportador*

Imposibilitado estructuralmente para diversificar su economía, el país continuó con el modelo de desarrollo hacia afuera basado en la exportación de productos tropicales, aunque con serias dificultades que se transparentarán en las crisis políticas que caracterizan al período que va desde 1930 a 1948.

Aprovechando ciertas coyunturas que ofrecía el mercado mundial, diversificando las exportaciones y dándoles competitividad a través de las devaluaciones (ver cuadros 13 y 14) y de la superexplotación de la mano de obra, la economía ecuatoriana sobrevivió hasta la década del 50. Así, ya para 1934 el café habrá substituído al cacao como principal producto exportable; a su vez, éste será reemplazado por el arroz, cuya exportación se incrementará gracias a la interrupción de las comunicaciones con el extremo oriente, a causa de la Segunda Guerra Mundial.[28]

Es evidente que, si bien persiste en el modelo de desarrollo basado en las exportaciones, su poder dinámico ha sido muy disminuído, a tal punto que la exportación por habitante decrecerá en un 15.2 o/o entre los períodos 1925–29 y 1945–49.[29] En estas condiciones, la estagnación de la economía avivará las contradicciones sociales. Entre 1938 y 1948, por ejemplo, el índice de precios casi se cuadruplicará,[30] empeo-

[28] CEPAL, *op. cit.*, p.20.

[29] *Ibid*, p.20

[30] El índice de precios (base 1937:100) evolucionó de la siguiente forma: 1938: 101; 1943: 168; y 1948: 395. Cf: Luis Carbo, *op. cit.*, p. 595.

rando la situación de la pequeña burguesía, del proletariado y del subproletariado urbanos. Sin embargo, la lucha no sólo será interclasista, sino que se dará fundamentalmente entre los diversos sectores de la clase dominante. Esta lucha se expresará, en lo político, en los sucesivos cambios de gobierno y en lo económico, precisamente en ese desmesurado crecimiento de los precios, señal inequívoca de que los diversos sectores pugnan por una mayor cuota del excedente producido.

CUADRO No. 13
INDICES DE PRECIOS DE PRODUCTOS DE EXPORTACION

AÑOS	SUCRES	DOLARES
1927	100.0	100.0
1928	90.2	90.2
1929	87.7	86.9
1930	65.8	65.2
1931	51.7	51.1
1932	47.4	40.8
1933	49.7	42.8
1934	84.7	39.5
1935	76.9	36.4
1936	108.9	51.9
1937	148.3	65.6
1938	123.0	45.6
1939	141.3	52.0
1940	141.2	44.0

FUENTE: H. Heiman, *op. cit*, Tabla 78.

Habría que anotar, finalmente, que en este lapso se consolida la presencia del capital extranjero en la economía nacional. Si bien las inversiones no fueron de gran magnitud, concentrándose básicamente en la explotación mineral (petróleo y oro), en cambio su influencia fue alta, al punto de ser Carlos Arroyo del Río, estre-

chamente ligado a los intereses extranjeros, una de las más importantes figuras políticas del período.[31]

CUADRO No. 14

COTIZACION DEL DOLAR EN EL MERCADO OFICIAL
(Tasa oficial de venta, sucre por dolar)

AÑO	COTIZACION	AÑO	COTIZACION
1930	5.05	1940	16.04
1931	5.06	1941	15.00
1932	5.93	1942	14.39
1933	6.00	1943	14.10
1934	10.80	1944	14.03
1935	10.57	1945	13.50
1936	10.50	1946	13.50
1937	11.67	1947	13.50
1938	14.13	1948	13.13*
1939	14.83	1949	13.13*

* Mercado Libre: 18.05 y 17.63 respectivamente.

FUENTE: American International Investment Corporation, *World Currency Charts*, p. 14

A partir de 1950, las exportaciones nacionales se reanimarán en función de un producto hasta ese entonces de escasa trascendencia: el banano. Esta expansión exportadora —que dinamiza la vinculación externa del país—, se origina en una coyuntura internacional eficazmente aprovechada.

[31] Cf: Gonzalo Abad, *op. cit.*, p.19.

CUADRO No. 15

EXPORTACION DE BANANO

AÑO	VOLUMEN (miles de Tons.)	VALOR (miles de sucres)	PRECIO MEDIO POR RACIMO (en sucres)
1940	47.2	6.448	3.51
1941	34.2	4.658	3.49
1942	22.6	3.107	3.53
1943	15.8	2.159	3.51
1944	13.9	1.898	3.51
1945	17.8	2.872	4.14
1946	33.4	7.382	5.67
1947	69.0	23.179	8.62
1948	99.6	37.000	9.53
1949	138.0	66.253	12.32
1950	169.6	106.496	16.11

FUENTE:
Volumen y valor de la exportación: *Boletín del Banco Central del Ecuador*, Mayo y Junio de 1951, pp. 132 y 133. Precio medio por racimo: CEPAL, *op.cit*, p. 170.

Como puede observarse en el cuadro No. 15, estimuladas por los incrementos de precios, las exportaciones de banano comienzan a crecer desde 1946. El país se beneficiaba tanto del alza general de precios del mercado mundial, como del aumento de la demanda de banano.

La presencia de estos elementos se acentuará a partir de 1950. El precio por racimo, que había sido de 12.32 sucres en 1949, pasará a 16.11 en 1950, a 18.07 en 1951 y a 18.46 en 1952.[32] Por otra parte, durante todo el primer quinquenio de la década del cincuenta, se expandirá considerablemente la demanda mundial, especialmente en Estados Unidos y en Europa Occidental.[33] Sin embargo, el factor de mayor

[32] CEPAL, *op. cit.*, p.179.

[33] *Ibid*, p.81.

trascendencia fue la decadencia de las plantaciones bananeras de Centroamérica, súbitamente atacadas por el "Mal de Panamá". Al caer sustancialmente la producción de esta zona, se incorporará al mercado mundial la producción de una zona hasta entonces marginal.

La diferencia con el caso del cacao es marcada. Y esto es natural. Recuperado de la crisis de los 30, el sistema capitalista para 1950 gira alrededor de la economía norteamericana y retoma la tendencia integradora no sólo a nivel comercial, sino buscando involucrar directamente bajo su control a los sistemas productivos incluídos en su área de influencia.

A diferencia de 1890–1900 la fase monopólica del capitalismo está plenamente consolidada. Por ello, si bien –al igual que con el cacao existían condiciones ecológicas favorables y un producto de buena calidad, si bien existía una creciente demanda en el mercado mundial, si bien había una burguesía exportadora dispuesta a articular un modelo político que asegurase la vinculación dinámica con el exterior, todos estos elementos, presentes desde 1946, eran necesarios mas no suficientes en el caso del banano. Sólo cuando la crisis en Centroamérica lo exigió, la United Fruit Company incorporó dinámicamente, a partir de 1949, la producción ecuatoriana al mercado mundial. Esa, por tanto, será la coyuntura que aprovechará el sector exportador a través del gobierno del señor Plaza. Al respecto, éste mismo afirma:

> "Un día de 1948, visitaron mi despacho altos funcionarios de la United Fruit que ve-

> nían a inspeccionar sus plantaciones en la Costa ecuatoriana. En esa época, la mayor parte de las grandes plantaciones centroamericanas habían sido destruídas por el "Mal de Panamá", y yo les pregunté, con gran interés, si la United Fruit había encontrado algún indicio del "Mal de Panamá" en el Ecuador. Me contestaron negativamente, y que aún en el caso de que tales indicios aparecieran en el Ecuador, todavía tenía diez años de buena producción por delante. Con este consejo técnico (sic) el gobierno se empeñó en impulsar el cultivo de banano..."[34]

Abierta la posibilidad por la United, los grupos exportadores en el Estado buscarán una rápida expansión de la producción nacional. Entre 1948 y 1950, el gobierno asignó 15 millones de sucres al fomento bananero a través de la "Comisión de Orientación y Crédito para el Banano" y, posteriormente, sirviéndose del sistema nacional de Bancos de Fomento. Paralelamente, las firmas exportadoras establecieron sus propias plantaciones en grandes áreas y, además otorgaron facilidades crediticias a los productores nacionales.[35]

Subsidiados los productos de exportación en diciembre de 1949, debido a los bajos precios vigentes en el mercado mundial, las exportaciones se incrementarán en el primer semestre de 1950. Simultáneamente, comienzan a subir los precios. Sin embargo, el 30 de noviembre de

[34] Galo Plaza, *Problems of Democracy in Latin America*, p.39, cit. y trad. por G. Abad, *op. cit.*, p.p. 31–32.

[35] CEPAL, *op. cit.*, p.77.

1950, el gobierno establecerá la nueva paridad de 15 sucres por dólar. Se trataba, en definitiva, de asegurar al máximo tanto la competitividad de los productos exportables como las utilidades de los exportadores.

En estas condiciones, confluyendo múltiples factores favorables, las exportaciones nacionales se expandirán, contando como base no sólo el banano, sino también el cacao y el café.

CUADRO No. 16
EXPORTACIONES DE BANANO, CACAO, Y CAFE, Y SU PARTICIPACION EN EL TOTAL EXPORTADO
(en millones de sucres)

AÑO	BANANO		CACAO		CAFE	
	VALOR	o/o	VALOR	o/o	VALOR	o/o
1951	107.3	19.9	267.4	31.2	237.2	27.7
1952	320.7	26.7	255.6	21.3	302.2	25.2
1953	355.0	31.3	236.4	20.6	282.9	24.9
1954	415.1	27.2	512.0	33.5	413.6	27.1
1955	551.4	41.4	281.2	21.1	345.8	26.0
1956	547.6	39.3	261.4	18.8	439.9	31.6
1957	517.8	35.0	279.2	18.9	448.6	30.3
1958	507.7	35.7	305.7	21.5	394.1	27.7
1959	663.9	45.6	326.5	22.5	262.5	18.0
1960	679.0	44.1	321.6	20.0	329.2	21.4

FUENTE: Junta Nacional de Planificación, *Plan General de Desarrollo*, T.I. lib. 1, p. 66

Como se puede observar, el crecimiento de las exportaciones es especialmente notable durante el primer quinquenio del cincuenta, alentado básicamente por los altos precios que regían en los mercados internacionales. Al invertirse esta situación y acentuarse el deterioro de los términos de intercambio luego de la finalización de la guerra de Corea, la expansión perderá su dinamismo, y el valor de las exportaciones por habitante decrecerá entre 1955 y 1960.

Políticamente, el auge que se gestaba des-

de fines de la anterior década, permite al sector exportador la hegemonía en el poder. Pero esta vez, su expresión política no será el Partido Liberal, sino un grupo dentro de éste: el placismo, el mismo que, por consiguiente, tendrá una gravitación fundamental en la evolución política de las dos siguientes décadas.[36]

Dado que, como es evidente, las condiciones tanto internas como externas habían variado, el modelo exportador de productos primarios va a cobrar matices especiales, sobre todo en función del tipo de vinculación del país en el mercado mundial.

A principios de 1949, la misión especial enviada por la International Basic Economy Corporation (IBEC) –entidad dirigida por Nelson Rockefeller– presenta ante el gobierno el informe denominado "El Desarrollo Económico del Ecuador". En sus conclusiones se define un modelo de desarrollo asociado que, en suma, va a caracterizar –con breves paréntesis– la evolución del país hasta la actualidad. Este modelo se basa en la consolidación y cierta diversificación del sector exportador de productos primarios y en la dinamización del sector agropecuario que produce para el mercado interno, y del sector industrial. La dinamización implica, para la agricultura serrana, la absorción de nueva tecnología –"abonos, ayuda técnica externa, mejora de razas bovinas, irrigación"– y, en lo que se refiere a la industria, un mejoramiento de costos y calidades, especialmente en la producción textil, a través de la modernización de métodos y ma-

[36] Véase al respecto, Gonzalo Abad, *op. cit.*, p.38.

quinaria. Finalmente, se destaca la necesidad de definir una política de inversiones extranjeras que sea "religiosamente" seguida.[37]

Lo que se busca, en suma, es la participación más activa del país en el mercado mundial en su calidad de exportador de productos primarios y de importador de manufacturas, modernizando los sectores que abastecen las necesidades nacionales y abriendo las puertas al capital extranjero.

Así planteado, en términos generales, el modelo de desarrollo asociado, es evidente que va a ser redefinido en función tanto de las condiciones internas como de la coyuntura internacional, la cual le dará su especificidad.

La estructura de producción del banano se asienta en pequeñas y en medianas propiedades. Este hecho aparece desde la expansión inicial de la producción. Los 15 millones de sucres concedidos por el gobierno en 1948–50 para fomento bananero, beneficiaron a 922 agricultores. Ningún préstamo fue superior a los 50.000 y el 77 o/o fueron inferiores a los 20.000.[38]

Esta importancia de la pequeña y mediana propiedad, que nos está hablando de la presencia activa de un nuevo grupo social que desplaza a los productores tradicionales, se explica en virtud de la ampliación de la frontera agrícola. La producción bananera fue incorporando a tierras antes no explotadas, especialmente de las estribaciones de la cordillera occidental, lo que,

[37] Luis Carbo, *op. cit.*, pp.330–334.

[38] CEPAL, *op. cit.*, p.170.

unido a las facilidades crediticias, abrió amplias perspectivas a los grupos sociales emergentes.

La expansión, entonces, se hace en base a nuevas formas laborales y de tenencia: relaciones salariales de tipo capitalista y plantaciones pequeñas y medianas —hasta de 100 has.—. Las grandes haciendas aportaban apenas hasta un 20 o/o de la exportación.[39]

Las grandes plantaciones pertenecían en su mayor parte a las compañías extranjeras. Sin embargo, ésta no era su actividad más importante. Sus operaciones fundamentales estaban centradas alrededor de la comercialización del producto ecuatoriano, en virtud del control monopólico que las mayores compañías ejercían sobre el mercado mundial.

Así, en 1954, la exportación nacional de banano era manejada en un 80 o/o por cinco compañías: la Compañía Bananera del Ecuador y la Standard Fruit and Steamship Co., norteamericanas; la Compañía Frutera Sudamericana, chilena, y la Corporación Ecuatoriana y Europea y la Compañía Frutera Astral, alemanas. De estas, la Standard y la Corporación Ecuatoriana y Europea, no poseían plantaciones propias, operando en base a intermediarios[40]

Como se aprecia, la estructura de producción sobre la cual se asienta el auge bananero integra una serie de elementos novedosos. Por una parte, el tamaño medio de la finca dispersa considerablemente la oferta del producto, consoli-

[39] U.S. Department of Commerce, *Investment in Ecuador*, p. 37, cit. por Gonzalo Abad, *op. cit.*, p. 47.

[40] *Ibid*, pp.38 y 39. En: Gonzalo Abad, *op. cit.*, p.42.

dando un amplio sector de intermediarios nacionales, encargados de las diversas actividades que median entre la cosecha y el embarque controlado éste, como ya hemos visto, por las compañías extranjeras.

Todo esto determina que la mayor parte del precio final sea absorbido por estos sectores, siendo mínima la porción que recibe el productor. Según la Junta Nacional de Planificación, en 1960 el productor percibía apenas un 27.6 o/o del precio de exportación, quedando un 17.7 o/o como margen bruto de comercialización interna y un 54.7 o/o como margen bruto de comercialización del sector exportador.[41] Esta participación, como es obvio, está determinada por la estructura productiva,[42] tanto en lo que respecta al tamaño medio de la explotación como en lo que se refiere a la presencia de inversiones extranjeras.

Respecto a este hecho, habría que señalar, en primer lugar que, desde la perspectiva del control de la producción, en la primera década del auge bananero coexisten un sector de enclave —ligado directamente a la economía central— y un sector controlado nacionalmente, mayoritario, que se subordinaba al enclave a través de los mecanismos de comercialización.

Esta presencia del capital extranjero en el sector productivo fue uno de los factores que

[41] Junta Nacional de Planificación, *Plan General de Desarrollo Económico y Social*, T.I., Lb.I, Quito, 1963, p. 68.

[42] Al respecto, vale destacar la mayor participación del productor en el caso del café (61.5 o/o) y del cacao (58.7 o/o). Cf: *Ibid*, p. 69.

contribuyeron a alcanzar un precio más alto, ya que el sector nacional se beneficiaba de los precios del enclave, pero paradójicamente, determinaba al mismo tiempo la baja participación del productor en el precio final, por el casi absoluto control que las firmas extranjeras tenían en la exportación.

De todas maneras, esta sui-géneris estructura posibilitaba una mayor difusión del auge económico. Desde una perspectiva social, el banano representa la oportunidad de consolidación económica y social que buscaba la pequeña burguesía. Por un lado, porque pudo aprovechar el rápido crecimiento de la demanda bananera, usando elementos que estuvieron a su alcance -especialmente tierra barata y fértil- [43] y por otro, porque la expansión bananera, al dinamizar el crecimiento del sector público, le abrió -sobre todo a partir de 1950- una considerable fuente de trabajo. El auge bananero marcará el fin de la beligerancia de la pequeña burguesía y de su partido -el Socialista- que desde 1949 colaborará con Plaza. Por ello, como insinúa Agustín Cueva, talvez no se deba al azar que la decadencia de la novela ecuatoriana coincida con los hechos anteriores. [44]

Pese a los varios factores que especifican el auge bananero, la división interna y externa de tareas productivas persiste. Esto es, la Costa sigue especializada en la producción exportable y la Sierra -con similares relaciones de produc-

[43] Junta Nacional de Planificación, *op. cit.*, T.I., Lb.I, p.328.

[44] Agustín Cueva, "El Ecuador y la Crisis Actual de su Cultura", *Víspera*, No. 12, p. 17.

ción que en 1910–20– en la producción de alimentos. Las exportaciones financian la casi totalidad de las importaciones, las cuales estaban compuestas en el lapso de 1948–50, por un 60.5 o/o de bienes de consumo.[45] Además, en la imposición al comercio exterior se generaron, en la década del cincuenta, entre el 34.7 y el 41.5 o/o de los ingresos tributarios, los cuales, especialmente en el primer quinquenio, posibilitaron un extraordinario crecimiento de la inversión pública, que alcanzó en el lapso 1950–54 una tasa de incremento anual del 22.6 o/o.[46]

El rasgo más interesante de la segunda expansión de las exportaciones nacionales parece ser la coexistencia de un sector productivo controlado nacionalmente y de un enclave, directamente dependiente del cartel mundial del banano. Dada la etapa del capitalismo en que se da esta dinamización de la vinculación al mercado mundial, llama la atención el que, incluso en los momentos de más rápido crecimiento, la producción haya estado, en su mayor parte, en manos nacionales, controlando el enclave casi en forma monopólica, la exportación.

Las causas que explican esta situación creemos que pueden hallarse tanto en la capacidad política y empresarial demostrada por el sector agroexportador para aprovechar la coyuntura y organizar rápidamente la expansión de la producción, como en la disponibilidad de capital

[45] CEPAL, *op. cit.*, p.24.

[46] Germánico Salgado, *El Ecuador y la Integración Subregional*, T.I., Quito, 1969, (mimeo), p. 19.

en atención a la demanda que, por otra parte, no era considerable. A este respecto, a inicios de la década del cincuenta, la CEPAL consideraba que en el país aún quedaba un amplio margen de aprovechamiento de los recursos naturales, los cuales eran susceptibles de ser movilizados con dotaciones relativamente reducidas de capital.[47]

Además, parece que a la postre, resultaba más rentable a las empresas extranjeras concentrarse fundamentalmente en la comercialización, lo que aseguraba un absoluto e indirecto control del sistema productivo, sin necesidad de realizar cuantiosas inversiones. De esta suerte el Ecuador quedó en calidad de zona marginal, o sea, de área productora a la cual se apelaba eventualmente y según las fluctuaciones de la demanda y de la producción mundiales. Por esta razón, al perder dinamismo la demanda mundial, las compañías extranjeras comienzan a abandonar el país, retornan a sus plantaciones centroamericanas, habilitadas por una tecnología más desarrollada y se transforman en competidoras de la producción nacional.

[47] CEPAL, *op. cit.*, p.13.

VI. LA NUEVA FASE DE LA DEPENDENCIA

1. La Crisis del Banano y el Intento Industrial

A partir de 1955 se aprecia una estagnación en las exportaciones bananeras, afectadas en el ritmo de crecimiento tanto del volumen como de los precios, que muestran tendencias depresivas luego de la finalización del conflicto coreano.

CUADRO No. 1
EXPORTACIONES DE BANANO Y RELACION DE INTERCAMBIO
(1951–60)

AÑO	EXPORTACIONES		RELACION DE INTERCAMBIO
	VOLUMEN Miles de tons. métricas	VALOR Millones de sucres	
1951	246.5	107.3	105.6
1952	429.8	320.7	105.4
1953	406.4	355.0	105.8
1954	492.2	415.1	120.8
1955	612.6	551.4	100.0
1956	578.9	547.6	100.5
1957	669.1	517.8	96.5
1958	742.7	507.7	90.7
1959	885.6	663.9	90.4
1960	895.1	679.0	82.9

FUENTE:

Exportaciones, Volumen, Germánico Salgado, *op cit.* T.I. p. 64 . Valor y Relación de Intercambio: Junta Nacional de Planificación, *Plan General de Desarrollo*, Libro I. Vol. I pp. 62 y 66

El cuadro No. 1 demuestra la anterior afirmación. Si bien las exportaciones crecen durante toda la década, durante la segunda mitad de ésta ya han perdido el dinamismo que caracterizara su pasada evolución. Esta disminución del crecimiento de la capacidad de compra de las exportaciones, cuya tasa de incremento pasa de 9.8 en 1950--55 a 3.1 en el siguiente quinquenio [1] va a afectar decisivamente a toda la economía. Así, la demanda global crecerá más lentamente en 1955--59 (4.3 o/o)— que en 1950—54 (7.2o/o) influída tanto por el menor incremento de la demanda externa, como por el similar comportamiento de la inversión pública que de una tasa de 22.6 o/o en el primer quinquenio pasa a 6.6 o/o en el segundo.[2] Todo esto, en suma, se condensa en la ulterior reducción del ritmo de crecimiento del producto por habitante, que habiendo sido de 2.3 o/o en la década del 50, se reduce a 1 o/o anual entre 1960 y 1967. [3]

Esta segunda crisis del modelo exportador patentiza el agotamiento de las estructuras tradicionales. A partir de este momento, dentro del juego de posibles soluciones que maneja la clase dominante entra, como denominador común, la realización de ciertos cambios—de diversa extensión y profundidad— que devuelvan dinamismo, y a través de él, estabilidad, al sistema. Y es que a partir de este lapso, entran a gravitar con considerable peso las masas subproletarias, concen-

1 Germánico Salgado, *op. cit.*, p. 49.

2 *Ibid.*

3 *Ibid*, p. 41.

tradas especialmente en Quito y Guayaquil y además en Machala, Quevedo y Manta.[4]

Entre 1950 y 1962, la población nacional crece a un promedio —con tendencia al ascenso— de 3 o/o anual.[5] Este notable incremento de la oferta de la fuerza de trabajo corresponde, como hemos visto, a un período caracterizado —a partir de 1956— por un relativo estancamiento económico. En estas condiciones, se produce la creciente marginalización de vastos sectores, que al no lograr incorporarse directamente al aparato productivo no tienen más opción que cumplir tareas de subempleo en las ramas menos calificadas del sector terciario y en la rama de la construcción.

En buena parte, el problema del comercio exterior ecuatoriano era la pérdida del mercado estadounidense. Proveedor marginal, el Ecuador fue abandonado por la United y la Standart Fruit, como abastecedor de banano para Norteamérica tan pronto como se logró restablecer las plantaciones centroamericanas, en base a nuevas variedades, resistentes al "mal de Panamá": las dos grandes compañías, que fueran las que propiciaran el auge bananero, se transformaron en

[4] Estas masas tan sólo eventualmente serán controladas a través de la represión directa, como en 1959, en Guayaquil. El usual mecanismo será el populismo. Al respecto, consúltese el trabajo de Agustín Cueva: *Introducción a la Mitología Velasquista;* de Lautaro Ojeda, *Mecanismos y Articulaciones del Caudillismo Velasquista;* y de Esteban del Campo, "Introducción al Velasquismo", *Procontra,* no.1.

[5] Esta alta tasa de crecimiento se origina en la reducción de la tasa de mortalidad, que de 17.3 en 1950, pasa a 12.9 en 1962. Cf: Pedro Merlo, *Estructura y Crecimiento de la Población,* p. 74., Cit. por O. Hurtado, *op. cit.,* p. 132.

competidores de la principal exportación nacional a los Estados Unidos. Los resultados fueron, como es natural, desfavorables al país. En 1957, el Ecuador tuvo balanza comercial favorable con los Estados Unidos: 67.0 millones de sucres; diez años más tarde, la relación favoreció a los Estados Unidos: 177.9 millones.[6] Mientras que las exportaciones totales del país crecieron en ese lapso en 6.8 o/o anual, las exportaciones al principal mercado, el estadounidense, lo hicieron a una tasa anual de 5.0 o/o.[7] En estas condiciones, una de las preocupaciones fundamentales de los sectores exportadores ha sido, a partir de 1960, el buscar nuevos mercados para las tradicionales exportaciones nacionales. Es así como, progresivamente, se ha ido abriendo el mercado de la República Federal Alemana y, aprovechando coyunturas favorables, el mercado japonés. Sin embargo, es evidente que los mercados del mundo capitalista no ofrecen posibilidades de un crecimiento dinámico y sostenido de nuestras exportaciones, tanto por la aguda competencia como por las características de la demanda de los productos tropicales.[8] Por ello, la posibilidad de comerciar con los países socialistas –medida que, como es obvio, rebasa los límites de lo comercial– ha sido uno de los elementos que han pesado decisivamente en la definición de la política externa del país.

Esta crisis del sector exportador lleva, du-

[6] Raúl Maldonado y Héctor Garay, comps, *Estadísticas sobre Comercio Exterior*, cuadro No. 19.1.

[7] *Ibid*, cuadro 19.3

[8] Cf: R. Maldonado y Garay, *op. cit.*

rante el gobierno de la Junta Militar (1963–1965) a plantear un modelo de desarrollo asociado que se caracterizaba por la búsqueda de una mayor diferenciación de la estructura económica, en base a la industrialización por substitución de importaciones.

Al ampliarse la base social que se benefició con el auge bananero, de hecho se estaba posibilitando la consolidación de un mercado interno que justificase un cierto esfuerzo de substitución de importaciones al producirse la estagnación de las exportaciones. Por otra parte, existían ya, más claramente diferenciados, intereses industriales que buscaban una cierta expresión política; y, finalmente, era obvio que los exportadores buscaban un sector productivo al que pudieran transferir sus inversiones y, por lo tanto, apoyarían el modelo desarrollista, cuyo principal teórico fue un organismo técnico: la Junta Nacional de Planificación.

Representando políticamente los intereses desarrollistas de los industriales, de grupos exportadores y de los sectores medios,[9] la Junta Militar va a tratar de darle competitividad a la industria a través de múltiples medidas. Quizás, el plantear así el problema es, hasta cierto punto, simplificar la evolución político–económica de julio del 63 a marzo del 65. Sin embargo, desde la perspectiva que hemos adoptado, resulta fructífero el tomar el intento de industrialización como proceso clave que puede servirnos como hilo conductor de los acontecimientos.

El éxito de un proceso de industrialización

[9] Cf: Gonzalo Abad, *op. cit.*, p.p. 135 y s.s.

está condicionado a la capacidad de la burguesía industrial para resolver satisfactoriamente cuatro problemas: ampliar el mercado interno, lograr un adecuado abastecimiento de capital, orientar la inversión en infraestructura en concordancia a sus intereses y proteger su producción de los similares importados. Estos cuatro requerimientos implican el crear condiciones político–económicas que aseguren una cierta tasa de rentabilidad para el sector industrial. Concretamente, para la burguesía industrial, ello significa el desplazar hacia sí el eje de gravitación política, en manos de los sectores tradicionales de la clase dominante: terratenientes y exportadores.

Este proceso político fue posible en algunos países latinoamericanos, a través de alianzas interclasistas que aglutinaron a la burguesía nacional, buena parte de los sectores medios y al proletariado; alianzas que, por lo general, se expresaron a través de modelos populistas. Sin embargo, hay que señalar que estos países inician su industrialización en la depresión mundial de los años treinta, en una época caracterizada por el atenuamiento de las relaciones de dependencia en función de la crisis de los países centrales. Esta coyuntura posibilitó la existencia de una burguesía de carácter nacional, esto es, que optó por un modelo autónomo de corte desarrollista.

En cambio, el intento industrial ecuatoriano se da en una coyuntura marcada por el reforzamiento de la dependencia, la cual cobra caracteres especiales por el acentuamiento de la brecha tecnológica y por la tendencia imperialista de integración de los sistemas productivos. Estos hechos, reforzados por la creciente ideologi-

zación de las Fuerzas Armadas por parte de los centros hegemónicos, confiere un carácter específicamente dependiente al proceso ecuatoriano de industrialización, optándose por un modelo asociado de desarrollo, que se financia en base a la penetración del capital extranjero y al mantenimiento del patrón tradicional de exportaciones.

A fin de elevar el grado de competencia de la rama industrial, la Junta Militar articula una serie de medidas destinadas, en definitiva, a conferir viabilidad a un proceso de substitución de las importaciones de bienes de consumo.

Buscando ampliar el mercado interno, se dicta la Ley de Reforma Agraria, que si bien no transforma la estructura de tenencia de la tierra, logra en cambio monetarizar las relaciones salariales en el campo y elimina ciertas supervivencias feudales. Más aún, puesto que en definitiva, el criterio de expropiación es el nivel de tecnificación y por tanto de productividad, perseguía implícitamente un incremento de la producción alimenticia para el mercado interno, eliminando o atenuando un peligroso foco inflacionario.

Puesto que era evidente que el mercado con mayores probabilidades de crecimiento no era el rural sino el urbano, el gobierno militar expandió el poder de compra de los sectores medios, especialmente de aquellos ligados a la burocracia. De esta manera, además, buscaba la Junta Militar, ampliar su base de apoyo social y político.

Estos sectores no contaban, sin embargo, como antaño, con mecanismos propios de expresión política, a través de los cuales pudiesen

lograr una participación efectiva. Al mismo tiempo, puesto que se transó con los terratenientes que lograron que la Reforma Agraria no se profundizara, los militares —que actuaban en calidad de vanguardia de la burguesía industrial— no pudieron, ni quisieron apoyarse en las masas campesinas para lograr su programa reformista. Finalmente motivados por su enajenación ideológica y tratando de asegurar una tasa alta de ganancia a los inversionistas, reprimieron duramente tanto a los organismos de los trabajadores, como a los movimientos políticos de izquierda.

En estas circunstancias, huérfano del apoyo popular, el gobierno militar sólo podía forzar su programa industrialista en la medida en que hubiera estado dispuesto a imponer, por la fuerza, ciertos puntos en los cuales se preveía un conflicto con ciertas fracciones de la clase dominante. Al no optar por esta alternativa por la debilidad de su base social, la vía de la conciliación y el entendimiento, sólo logró la aceptación de aquellas medidas que no afectaban a otros sectores y, al mismo tiempo, debilitó su propia posición, autocondenándose al fracaso.

Todas las acciones a las que hemos aludido antes, relacionadas con el interés de ampliar el mercado interno y de asegurar rentabilidad y seguridad para atraer la inversión al sector, refuerzan la que podríamos considerar medida fundamental: la Ley de Protección Industrial, que otorgaba al sector manufacturero una serie de privilegios y exenciones tributarias y que, unidos a la asistencia técnica que debía prestar CENDES, estaban destinados a incrementar la

tasa media de ganancia. Simultáneamente, a fin de encauzar el capital hacia la industria, se establecen los canales adecuados a través de la Comisión de Valores –Corporación Financiera Nacional–organismo estatal– y de la Corporación Financiera Ecuatoriana –COFIEC– de carácter privado.

El paso final era eliminar progresivamente las importaciones de similares, con lo cual, además, se conseguía que la mayor parte de la capacidad para importar del país, se orientase al financiamiento de los insumos y bienes de capital que requería la industria. El intento de imponer una serie de reformas arancelarias llevó a la caída de la Junta Militar, atacada simultáneamente desde varios frentes.

En resumen, el proceso de industrialización es un producto de una coyuntura determinada: la nueva crisis de las exportaciones tradicionales. Esta situación viabiliza la búsqueda de una alternativa de inversión a la burguesía exportadora, y de 1964 en adelante, se produce una transferencia de capital que consolida el sector manufacturero cuya tasa de crecimiento es la más alta en el período 1962–67.

CUADRO No. 2

TASA DE CRECIMIENTO DEL PRODUCTO POR SECTORES

	1950–54	1955–61	1962–67
Producto Agropecuario	2.7	0.6	– 0.3
Producto Manufacturero	1.5	1.2	3.2
Producto de Construcciones	4.7	6.0	2.1
Producto de Servicios	2.4	1.4	1.9
Producto Global	3.1	0.6	0.8

FUENTE: Junta Nacional de Planificación, Ecuador: *Bases para una Estrategia de Desarrollo*. T.I. p. 50

Esta transferencia de capital se opera también a través del sistema crediticio. Así, mientras que en 1962 el volumen de crédito otorgado a la industria ascendía a 572 millones de sucres, para 1969 la cifra casi se había cuadruplicado, alcanzando los 2.111 millones.[10]

Dicho de otra manera, es evidente que a partir especialmente de 1965, se dinamiza la industrialización nacional, la misma que se basa en la substitución de importaciones.[11] Sin embargo, este hecho no implica una atenuación de la dependencia. Primero, porque de todas maneras son las exportaciones tradicionales las que siguen financiando la capacidad de compra del país y, además, porque la evolución de la estructura económico–social y la coyuntura mundial confieren un especial sello de dependencia al proceso, el mismo que analizaremos seguidamente.

En un sistema capitalista cualquiera, la asignación de los escasos recursos disponibles para satisfacer el cúmulo de necesidades, se la hace sobre la base del sistema de mercado, el mismo que descansa sobre el sistema de precios. Esto significa que, en definitiva, es la demanda efectiva la que determina la orientación de la producción, la misma que no necesariamente deparará una máxima satisfacción social a la colectividad.

En el caso que estamos analizando, la producción del sector manufacturero se determina en función de la demanda efectiva, la cual, a su

[10] O. Hurtado, *op. cit.*, p.50.

[11] La participación de las importaciones de bienes de consumo en el monto total pasó de 19.4 o/o en 1960 a 13.9 en 1968.

vez, está definida por la propensión cuantitativa y cualitativa al consumo de los diversos estratos socio–económicos de la sociedad ecuatoriana.

La distribución del ingreso nacional es extremadamente desigual entre los diversos grupos sociales. En el cuadro No. 3 podemos observar este hecho. Un 74.7 o/o de la población activa percibe ingresos anuales inferiores a los 7.000 sucres, no constituyendo por la exiguedad de la renta, demandantes efectivos de los productos industriales. En cambio, existe un 1.3 o/o de la población activa, con ingresos anuales superiores a los 60.000 sucres, que absorben el 26.1 o/o del ingreso nacional.

CUADRO No. 3
ESTIMACIONES DE LA DISTRIBUCION POR TRAMOS DE INGRESO DE LA POBLACION ACTIVA – 1966

TRAMOS DE RENTA ANUAL (sucres)	MILES DE PERSONAS ACTIVAS	INGRESO TOTAL (miles de sucres)	PORCENTAJES ACUMULADOS PERSONAS	INGRESO
Menos de 2.000	297.7	452.5	20.7	3.7
2.000 a 3.000	425.5	1.011.8	50.2	12.0
3.000 a 5.000	168.1	626.8	61.9	17.1
5.000 a 7.000	184.9	1.141.7	74.7	26.4
7.000 a 10.000	98.4	819.8	81.5	33.1
10.000 a 15.000	111.2	1.338.1	89.2	44.0
20.000 a 25.000	20.2	454.5	95.8	59.7
25.000 a 30.000	19.3	255.8	96.4	51.8
30.000 a 40.000	13.4	451.6	97.3	65.5
40.000 a 50.000	4.0	180.0	97.6	67.0
50.000 a 60.000	16.0	844.6	98.7	73.9
60.000 a 100.000	7.3	703.7	99.2	79.7
Más de 100.000	11.2	2.476.7	100.0	100.0
TOTAL:	1.442.5	12.221.1		

FUENTE: Junta Nacional de Planificación, *Ecuador: Bases para una Estrategia de Desarrollo* .... , T.I. p. 35.

Esta desequilibrada distribución del ingreso, coloca el control de la demanda en muy po-

cas manos, lo cual no sólo que reduce el mercado —ya de por sí pequeño dada la magnitud de la población ecuatoriana— sino que además limita considerablemente las oportunidades de expansión, dado el tipo de demanda de esos grupos que absorben la mayor parte del ingreso nacional.

Los estratos medios y altos de nuestro país son sujetos de una marcada dependencia cultural con respecto a las naciones centrales del sistema capitalista, lo cual influye decisivamente en la estructuración de una demanda sumamente sofisticada y diversificada, que distorsiona la estructura del sector industrial y además presiona fuertemente sobre las importaciones.

El efecto más notable de la dependencia cultural es que los grupos más directamente influídos por ella desean vivir y consumir como se vive y se consume en los Estados Unidos y en Europa, lo cual hace que el coeficiente de importaciones de bienes de consumo no pueda reducirse. Esto, naturalmente, crea presiones sobre la balanza de pagos. Sin embargo, la consecuencia más interesante para nuestro análisis es que esta dependencia cultural estimula la dependencia financiera y tecnológica de nuestra incipiente industria, que debe importar no sólo las maquinarias, las materias primas y los bienes intermedios, sino además el "know how", los secretos tecnológicos en poder de las grandes corporaciones que hoy dominan el mercado mundial.

El actual desarrollo de las fuerzas productivas y la creciente internacionalización del mercado, exigen una importante acumulación de capital. Si a ello añadimos los requerimientos tec-

nológicos antes aludidos, comprenderemos que la industria del país es campo propicio para la penetración del capital extranjero.

Expongamos paralelamente la situación mundial. Habíamos indicado que la actual fase del capitalismo se caracterizaba por haber retomado, desde la Segunda Postguerra, la tendencia integradora del imperialismo pero a un nivel superior: la integración de los sistemas productivos comprendidos en su esfera de influencia.[12]

Este hecho se fundamenta en el extraordinario desarrollo de las fuerzas productivas, que se opera desde la Segunda Guerra Mundial. Los descubrimientos en los campos de la energía atómica y de la cibernética introducen en los procesos de producción cambios de una magnitud comparable a aquellos que hace más de un siglo desencadenaron la Revolución Industrial. Transformaciones de tanta importancia inducen cambios tanto en la estructura económica como en la superestructura, especialmente en las relaciones jurídico–políticas.

En este sentido, el fenómeno más decisivo ha sido la aparición de la corporación gigante como producto de la aguda concentración del capital en los países desarrollados.[13] Esta corporación marca un avance cualitativo en las formas de organización para la producción. Por

[12] Cf. *Supra.*

[13] En los Estados Unidos, ya en 1962, de un total de 420.000 empresas, las 20 sociedades anónimas más grandes disponían de un monto de activos mayor que el de las 419.000 empresas más pequeñas. En el momento actual, la distribución debe ser más polarizada, ya que según la información estadística presentada como testimonio ante el Subcomité de Monopolios del Senado de los Estados Unidos –de donde se han extraído los presentes

una parte, un primer análisis de la estructura industrial norteamericana nos revela que el actual proceso de concentración no se basa más que accesoriamente en las economías de escala. Más bien, la característica predominante parece ser el ensanchamiento del campo de acción de estas grandes empresas. Esto es, como anota Furtado, las corporaciones constituyen una aberración desde el punto de vista de la teoría económica convencional, ya que no se apoyan ni sobre las economías de escala ni sobre las ventajas de la integración vertical.[14]

Sin embargo, pese al evidente desafío a la teoría, nadie podría negar el creciente poderío de empresas como la General Motors, o la I.T.T. o la Standar Oil.[15]

La Corporación, en cambio, como señalan Baran y Sweezy, se caracteriza por su capacidad para lograr su independencia financiera mediante la creación interna de fondos de los que pueda disponer libremente la dirección.[16] Por tanto, a

datos– existe una creciente tendencia a la concentración. Celso Furtado, "La concentración del Poder económico en Estados Unidos y sus Repercusiones con América Latina", *Comercio Exterior*, Vol. XIX, No. 8, p. 607.

[14] Ibid, p.p. 607–608.

[15] Tomemos, por ejemplo, la General Motors: En 1965 empleaba a 735.000 personas, tenía más de un millón de accionistas en más de 80 países y fábricas en 24. Sus beneficios netos fueron de 2.100 millones de dólares y sus rentas alcanzaron a 21.000 millones de dólares, esto es, un tercio del Ingreso Nacional de todos los países de Latinoamérica. R. Barber, *The New Partnership, Big Government and Big Business*, cit. por C. Furtado, *op. cit.*, p. 607.

[16] Paúl Baran y Paúl Sweezy, *El Capital Monopolista*, op. cit.p. 18.

diferencia de la etapa clásica del imperialismo descrita por Lenín, en la que existía una directa dependencia de la industria al sector bancario [17] la corporación logra un apreciable grado de autofinanciamiento, basado en la sistemática tendencia del excedente a subir en términos absolutos y relativos frente al producto total. [18]

Otra característica importante de la corporación gigante atañe a su estructura interna. En palabras de Furtado:

> "El conglomerado no está ligado a un mercado y no depende del dominio de una técnica particular. Amalgama esencialmente la capacidad de gestión y administración, y el control de una cantidad crítica de recursos financieros. En una economía de precios administrados* su principal problema no es tanto el aumentar al máximo la tasa de ganancia, como el buscar la aplicación más remunerativa de recursos líquidos que acumula. Concretamente, a lo que sucedía con la empresa marshaliana que era un instrumento para remunerar un monto determinado de capital, el conglomerado moderno es principalmente un mecanismo para invertir una cantidad de recursos en expansión, creada por ella misma. [19]

[17] Lenín, *El Imperialismo, Fase Superior del Capitalismo*, Moscú, Ed. de Lenguas Extranjeras, s.f., pp.30 y ss.

[18] Cf: Baran y Sweezy, *op. cit.*, cap. III.

* Se estima en Estados Unidos que aproximadamente el 90 o/o de los productores industriales tiene precios fijados administrativamente, es decir independientemente de la situación del mercado a corto plazo.

[19] Celso Furtado, *op. cit*, p. 609.

Este hecho confiere a las corporaciones gigantes una extraordinaria vocación expansiva, tanto en lo que atañe a la diferenciación de su producción, como a la incorporación de nuevas zonas geográficas, siempre en busca de áreas de inversión. Penetrando incesantemente a nuevos territorios, la corporación gigante deviene en multinacional por el carácter que cobran en la actualidad las inversiones. Estas ya no son temporales o especulativas. Ahora el capital va a establecerse en el extranjero casi definitivamente. Dado que el perfil de la demanda europea se ajusta al desarrollo tecnológico de las grandes corporaciones, el viejo continente es el campo preferido de la inversión norteamericana. Sin embargo, esta penetración se está dando en especiales condiciones de competencia. La lucha no es únicamente contra el capital nacional europeo, sino contra la poderosa industria soviética. Por ello la notable exigencia de acumulación del capital que obliga a reinvertir incesantemente las utilidades. Además, la misma necesidad de enfrentar situaciones nuevas y específicas que provienen de la creciente internacionalización del mercado y de la producción, obligan a la estructuración de entidades que prescinden de fronteras e ideologías nacionales. [20] En suma, estamos en presencia de una nueva forma de soberanía. Hasta recientemente, la fundamental forma conocida fue el Estado Nacional. Ahora, a ésta se añade la corporación multinacional. [21] La an-

[20] Cf: J.J. Servan–Schreiber, *El Desafío Americano*, trad. de J. Ferer, Barcelona, Ed. Plaza y Janés, 1970, 1ra. parte.

[21] Cf: Frank, Tannenbaum, "Más allá de la Nación–Estado". *Facetas*, Vol. III, II, I, p.p. 36 y s.s.

tigua contradicción entre los estados imperialistas se atenúa en virtud del acentuamiento de la tendencia integradora, cediendo paso a una nueva contradicción entre Estados nacionales y corporaciones multinacionales.

Habíamos indicado que el principal campo de expansión de estas inversiones era Europa. Ello no excluye a Latinoamérica. Aunque en menor cantidad, se ha producido un notable imcremento de la inversión extranjera, con características cualitativamente nuevas. Señalemos en primer lugar ciertas causas que se suman a las generales antes anotadas, y que refuerzan el flujo de capital hacia Latinoamérica.

Por una parte, tenemos la propia evolución del capitalismo dependiente latinoamericano, que ha llegado, especialmente en los países más avanzados, a un punto en que la única opción posible era el desarrollo asociado al capital extranjero o una radical transformación de estructuras.[22] A esto habría que añadir el gran desarrollo de la industria pesada, que provoca la necesidad de incrementar este tipo de exportaciones, aunada por la considerable reducción del tiempo medio de renovación de maquinaria.[23]

Estos elementos especifican las características de la inversión extranjera en Latinoamérica: está ligada en su mayor parte a las corporaciones multinacionales; obtiene la mayor parte de su financiamiento de utilidades de las empresas exis-

[22] Cf: Ruy Mauro Marini, *op. cit.* p.p. 17–23; Theotonio Dos Santos, *op. cit.* p.p. 73–188 y André G. Frank, *op. cit.* p.p. 181–219.

[23] Alejandro Moreano, *Análisis Económico–Social–Político del Ecuador*, 1969–1970, mimeo, p. 8.

tentes y del uso creciente del ahorro latinoamericano movilizado por los intermediarios financieros extranjeros,[24] y se orienta fundamentalmente al control de los sectores financiero, manufacturero y extractivo —minerales estratégicos— desdeñando las actividades tradicionales.

Este fenómeno es claramente observable en el país. Como se desprende del siguiente cuadro,

CUADRO No. 4
DISTRIBUCION DE LA INVERSION PRIVADA EXTRANJERA POR RAMAS Y SUBRAMAS DE ACTIVIDADES ECONOMICAS (CAPITAL ESCRITURADO EN MILES DE SUCRES)

ACTIVIDAD	1965		1967		1969	
	CAPITAL	o/o	CAPITAL	o/o	CAPITAL	o/o
1. - Agricultura, minas.	164.662	41.9	276.809	48.54	190.986	37.51
2.- Industrias manufactureras	63.700	16.2	80.300	14.08	92.500	18.14
3. - Fabricación productos de caucho, químicos, metálicos	39.750	10.1	74.832	13.12	82.332	16.15
4.- Comercio	28.040	7.1	37.342	6.55	42.271	8.3
5.- Servicios	80		- 400	0.01	800	0.15
6.- Construcción		—	400	0.07	500	0.09
7.- Transporte	665	0.2	655	0.11	730	0.14
8.- Electricidad, gas, etc.	96.519	24.5	99.519	17.45	99.546	19.53
TOTAL	393.366	100.0	570.257	100.0	509.665	100.0

FUENTE: Superintendencia de Compañías
ELABORACION: Secretaría de Integración.
TOMADO DE: "La Inversión Extranjera en el Ecuador", *Carta Económica*, Volumen III, No. 4, p. 41.

24 Miguel Wionczec, "El Endeudamiento Público Externo y los Cambios Sectoriales en la Inversión Privada Estatal de América Latina", en H. Jaguaribe *et al*, *La Dependencia Político—Económica de América Latina*, op. cit., p. 128.

realizado en base a una muestra de 80 empresas de capital extranjero, la inversión privada extranjera se concentra principalmente en la explotación petrolera—incluida en la actividad 1. Agricultura, minas— y en el sector manufacturero —actividades 2 y 3.

Analicemos, en primer lugar, las inversiones en el sector secundario. Especialmente en 1965 y 1967, se aprecia un rápido crecimiento de la inversión extranjera en la industria de productos de caucho, químicos, etc. Esto es, dada la estructura del sector, en la subrama más dinámica de la manufactura nacional. Además, es notable el incremento de importancia relativa del sector secundario dentro del total de inversiones extranjeras, pese al monto de capital requerido para la explotación petrolera.

Hay que señalar que este proceso de penetración extranjera en la industria nacional, se lo hace cada vez más intensamente, en base a la captación, a través del crédito, de recursos internos y externos. Esto está demostrando que la inversión extranjera no es, como comunmente se cree, estimulada por el déficit de capital del país y que viene a llenar este vacío. En efecto, el siguiente cuadro presenta el índice de endeudamiento de una muestra de empresas de capitalización extranjera en el sector secundario.

El cuadro comprueba plenamente lo planteado. En el país se está produciendo un proceso de desnacionalización de la industria, el mismo que se basa no en la falta de capital generado internamente, sino en los requerimientos tecnológicos del sector manufacturero. Estos requeri-

CUADRO No. 5
INDICE DE ENDEUDAMIENTO DE LAS EMPRESAS EXTRANJERAS EN EL SECTOR SECUNDARIO (miles de sucres)

	1965	1967	1969
a.- CAPITAL PROPIO*	165.389	263.488	408.093
b.- CREDITO INTERNO	184.204	107.974	504.273
c.- CREDITO EXTERNO	395	23.161	14.485
d.- INDICE b/a	111o/o	40o/o	123o/o

FUENTE: Superintendencia de Compañías.
ELABORACION: Secretaría de Integración.
TOMADO DE: A. Moreano, *Análisis*... p. 9

mientos llevan a la burguesía industrial a plantear el desarrollo asociado como opción frente a una redistribución del ingreso que altere el perfil de la demanda.[25] Es notoria la desproporción entre el capital nacional utilizado y el crédito externo, e incluso el total del crédito interno supera al capital traído del exterior.

Todo esto nos está revelando que en el proceso a través del cual la inversión externa ha ido penetrando en la industria, han jugado un papel fundamental las relaciones con el sistema financiero. Los bancos extranjeros con un mínimo de capital se establecían en el país, atraían, en vir-

* Se consideran como capital propio los siguientes rubros: capital social, superávit general menos pérdidas acumuladas.

25 Al respecto, recuérdese la oposición de las Cámaras de Industriales al Régimen Común de Tratamiento al Capital Extranjero adoptado por el Ecuador en su calidad de signatario del Acuerdo de Cartagena.

tud de su prestigio, el ahorro nacional, y lo canalizaban para el financiamiento de las inversiones antes citadas.

Este proceso de financiamiento a través del endeudamiento interno, ha llevado a que las empresas extranjeras establecidas en el sector secundario muestren una creciente y notoria tendencia al desequilibrio entre el total de su pasivo que supera con creces su capital social.

CUADRO No. 6

INDICE DE RESPONSABILIDAD DE LAS EMPRESAS EXTRANJERAS EN EL SECTOR SECUNDARIO (miles de sucres)

	1965	1966	1967	1968	1969
A. CAPITAL SOCIAL	103.450	144.350	150.132	169.832	174.832
B. TOTAL PASIVO	184.390	342.075	431.135	491.615	518.758
INDICE a/b	56o/o	42.1o/o	34.8o/o	34.5o/o	33.7o/o

FUENTE: Superintendencia de Compañías.
ELABORACION: Secretaría de Integración
TOMADO DE: "La Inversión Extranjera", *Carta Económica*, III, No. 4, p. 43.

Puesto que no es la falta de capital nacional lo que estimula la inversión extranjera en la industria, se comprueba plenamente la tesis antes planteada: el capital extranjero penetra sin ninguna resistencia debido fundamentalmente a las necesidades tecnológicas de la industria, necesidades que emanan de un especial perfil de la demanda originada en una desigual distribución del ingreso y en la marcada dependencia cultural hacia los países centrales.

El desarrollo, en estos términos, del sector industrial implica, por consiguiente, un reforzamiento de la dependencia estructural que afecta

al país.

Si bien el sector industrial ha crecido entre 1966 y 1970 en un 49.2 o/o,[26] ello se ha reflejado en un crecimiento paralelo de la participación de la industria en las exportaciones nacionales. En 1965, de 133.8 millones de dólares exportados por el Ecuador, 15.2 millones correspondieron a productos industriales (11.3 o/o), mientras que el aporte de los productos agrícolas, café, cacao y banano, ascendía a 83.7 o/o. Para 1969, de 151.9 millones de dólares exportados 20.7 millones se originan en la industria (13.6 o/o) frente a una participación de 79.5 o/o de los productos agrícolas. [27]

En definitiva, pese a la variación registrada, el Ecuador sigue participando en el mercado mundial como exportador de productos tropicales, con todas las implicaciones de vulnerabilidad que hemos señalado. Sin embargo, la situación ha variado en lo que atañe al ritmo de crecimiento de las importaciones destinadas a la industria —materias primas, combustibles y lubricantes, bienes intermedios y bienes de capital— que pasaron de 89.4 millones de dólares en 1965 a 126.8 millones en 1969; han experimentado pues, un crecimiento de 41.8 o/o en ese lapso.[28] Esto implica, en suma, que el sector industrial es doblemente dependiente: por una parte, directamente del capital internacional

[26] Junta Nacional de Planificación, *Ecuador, Principales Indicadores Económicos y Sociales*, mimeo.

[27] Banco Central del Ecuador, *Memoria 1969*, p. 76.

[28] *Ibid*, p. 78.

y por otra, del sector exportador y, a través de él, de los precios impuestos en el mercado mundial de productos tropicales.

En lo que concierne a la presencia frecuente de filiales de las grandes corporaciones multinacionales, destacábamos la dependencia tecnológica que la viabiliza y que refuerza los tradicionales mecanismos de la dependencia estructural. Este rasgo de creciente importancia, es el producto de la conjunción de factores históricos internos y externos, y redefine el modelo capitalista-dependiente, confiriéndole un especial carácter.[29]

En el país, el entronizamiento de un enclave en el sector secundario ha significado un acentuamiento de una de las distorsiones básicas de la economía: la distribución del ingreso. Las condiciones en las cuales se ha operado la transferencia de tecnología hacen que se produzcan ciertos efectos señalados en un reciente informe presentado al Grupo de Expertos de las Naciones Unidas sobre Transferencia de Tecnología Operatoria:

"a) El desplazamiento de los servicios ofrecidos por el sistema nacional de innovaciones con la consiguiente frustración del personal nacional calificado.
b) La distorsión de los patrones de con-

[29] En cuanto se refiere al nuevo carácter de la dependencia, consúltese: Helio Jaguaribe, *op. cit.;* Octavio Iani, La Dependencia Estructural, *Comercio Exterior,* Vol. XXI, No.12; Theotonio Dos Santos, *op. cit.;* Sergio de la Peña, *op. cit.,* p. 175–198; Pierre Jalee, *El Imperialismo en 1970,* p.p. 124 y s.s.; Celso Furtado, *op. cit.,* p.p. 200–213 y Ruy Mauro Marini, *op. cit.,* p. 66–120.

sumo en favor de bienes de consumo de alta calidad para las clases de altos ingresos, con la correspondiente disminución del ahorro y reasignación de los recursos en desmedro de la producción de bienes de consumo popular; y

c) La creación del empleo y la generación de ingresos para los grupos de alto ingreso a expensas de los de bajo ingreso, con el consiguiente aumento de la pobreza general". [30]

De estos tres puntos, son especialmente importantes los dos últimos. El estímulo a una diversificación del consumo y sus consecuencias ya ha sido anotado. En cuanto al empleo, el tipo de tecnología importada , ahorradora de mano de obra, impide un crecimiento dinámico de la demanda industrial de mano de obra, que se incrementa anualmente en alrededor de 1.800 plazas, mientras que a la población activa se incorporan cada año cerca de 70.000 personas. Este hecho determina un alto subempleo y, consecuentemente, la creciente marginalidad urbana, acentuada por la alta tasa de migración campo--ciudad. [31]

Otra consecuencia de la incorporación indiscriminada de tecnología con relación al mercado es la inutilización de capacidad industrial instalada. No disponemos de datos recientes, sin embargo ya en 1961, en investigaciones

[30] Manfred Nitsch, "La Trampa Tecnológica y los Países en Desarrollo, *Comercio Exterior*, Vol. XXI, No. 9, p. 816.

[31] Cf: Junta Nacional de Planificación, *Encuesta de Hogares en el Area Urbana, 1963*, p.p. 21–22–30–31–36–38 y 40.

realizadas en la industria fabril se estableció que ninguna rama empleaba más del 62 o/o de su capacidad, teniendo la industria en conjunto desocupada el 40 o/o de su capacidad. [32]

Esta dependencia tecnológica no sólo que redefine la estructura económica –nivel de producción sino que, como es natural, se proyecta en las relaciones de distribución, acelerando la sistemática descapitalización del país. Esta se da a través de varios canales. En primer lugar, por concepto de utilidades repatriadas del capital extranjero.

CUADRO No. 7
REMESAS DE UTILIDADES AL EXTRANJERO
(millones de dólares)

AÑOS	1963	1964	1965	1966	1967	1968
REMESAS	11.4	14.9	20.2	19.8	20.6	19.0

FUENTE: Junta Nacional de Planificación, *El desarrollo del Ecuador 1970-73*, lib. I, p. 82

Lamentablemente, no disponemos de datos desglosados por actividades económicas. En todo caso, hay que señalar los mecanismos que rigen la reinversión. En los sectores industriales nacionalmente controlados, ésta se determina en base a la correlación con la tasa de ganancia. En cambio, en el enclave, la decisión final es tomada en base a los intereses de la matriz.

En palabras de Cardoso y Faletto:

"Tanto el flujo de capitales como el control de las decisiones económicas pasan por el

32 César Robalino, *El Desarrollo Económico del Ecuador*, p. 16.

exterior: los beneficios aún cuando la producción y la comercialización de los productos se realicen en el ámbito de la economía dependiente, aumentan virtualmente la masa de capital disponible por parte de las economías centrales, y las decisiones de inversión también dependen parcialmente de decisiones y presiones externas". [33]

Otro mecanismo de descapitalización es el pago de regalías por el uso de marcas y patentes y de derechos especiales por la concesión de asistencia técnica. No tenemos datos al respecto, pero todo indica que su importancia radica tanto en el monto como en el hecho de ser camino para la asociación de capitales.

Finalmente, un tercer mecanismo que señalaremos es el comercial, presente secularmente en nuestra relación dependiente. Esto es, las importaciones para la industria —bienes producidos con una altísima tecnología— son intercambiadas con exportaciones que en su mayor parte son productos primarios tropicales [34] con precios fijados por el mercado mundial, estableciéndose una relación desigual que se manifiesta a través del deterioro de los términos de intercambio.

2. *El Petróleo*

La explotación petrolera, sin lugar a dudas, se constituirá en los próximos años en el sector de mayor impacto en la economía ecuatoriana.

[33] Fernando H. Cardoso y E. Faletto, *op. cit*, p. 145.

[34] *Supra p.*

Ocho millones de has. han sido concedidas a varias compañías. De éstas, las más importantes son las del consorcio Texaco Gulf (1'595.000 has., 10 o/o de regalías).[35] De su importancia nos hablan el monto de inversiones realizadas: más de 300 millones de dólares sólo por parte de Texaco Gulf, 169 millones en el acondicionamiento para la producción y 143 millones para la construcción del oleoducto transoceánico con capacidad de 250.000 barriles diarios en la primera etapa, 325.000 en la siguiente y 400.000 en la tercera. Más aún, se estima —en base al rendimiento actual de los pozos y a la capacidad del oleoducto—que la producción en la etapa de explotación llegará a por lo menos 250.000 barriles por día, de los cuales se exportará un 90 o/o que representa un ingreso bruto anual de 256 millones de dólares.

El volumen de la inversión y de las utilidades nos hace ver la importancia del sector petrolero que, sin lugar a dudas, se convertirá en el polo integrador de la economía ecuatoriana, con preeminencia tanto sobre el sector agropecuario como sobre el sector externo y sobre el sector asociado de la industria.

El sector petrolero constituirá un clásico enclave dentro de la economía nacional, en su calidad de núcleo de actividades primarias controladas directamente desde afuera. La explotación se viabiliza en virtud de un flujo externo de capital que se acrecienta en el enclave, retornando a la economía central.

[35] El Enclave Petrolero en el Ecuador, *Carta Económica*, Vol. III, No. 53, Suplemento 71, p. 15.

En este sentido, el enclave petrolero se asemeja a la industria asociada. Además, una apreciable parte de los recursos se obtiene a través del crédito interno y especialmente externo. Así, en 1969, investigaciones para el sector primario dominado, como es obvio, casi absolutamente por el petróleo señalaban que la relación entre capital ajeno sobre capital propio era de 1.71. Esto, naturalmente, determinaba un bajo nivel de responsabilidad. En dicho año, el capital social representaba apenas un 20.08 o/o del total del pasivo.[36]

Constituyendo, por otra parte, un enclave exportador de un bien primario cuya producción y comercio están controlados casi monopólicamente por siete grandes corporaciones unidas por estrechos lazos,[37] la tasa de reinversión y de explotación no se determinan internamente, sino en virtud de las fluctuaciones y contingencias del mercado mundial valga decir en virtud de las necesidades de las grandes corporaciones.

Además, dado que el nivel de demanda de mano de obra es bajo, por el grado automatización en la explotación y transporte, y considerando que la demanda de insumo será satisfecha casi totalmente a través de importaciones, el efecto dinámico del petróleo sobre la economía nacional dependerá de la capacidad negociadora de los grupos que controlen el aparato estatal

[36] "La Inversión Extranjera en el Ecuador", *Carta Económica*, Vol. II, No. 4, p. 43.

[37] Estas son: La Standard Oil de New Jersey, La Socony-Vacuum, La Standard de California, La Texaco, La Gulf, la Shell y la British Petroleum. Cf: *Hechos Mundiales*, No.46, pp.32 y ss.

con los representantes del enclave, como señala la Carta Económica:

> "... esto significa que en el ámbito nacional el petróleo involucrará en su esquema a un muy reducido grupo de individuos, cuya viabilidad como intermediarios ya no dependerá de su viabilidad económica sino de su habilidad política para controlar el aparato del Estado"[38]

Evidentemente, en estas condiciones, la importancia del Estado es superlativa, desde la perspectiva de las compañías petroleras. El grupo que lo controle debería asegurarles no sólo facilidades posibles para acumular y exportar utilidades, sino además asegurar un adecuado control interno del país en términos sociales y políticos. Además, la vinculación con el aparato del Estado deberá darse directamente en el ámbito de ciertas fases periféricas del proceso de la explotación petrolera, e indirectamente, a nivel financiero.[39]

Señalemos finalmente, que la interacción del enclave petrolero y la industria asociada, si bien en cierto sentido contribuirá a cubrir ciertos desequilibrios de la economía nacional, fundamentalmente agudizará las distorsiones que ha generado el proceso histórico de desarrollo. Por una parte, consolidará la dependencia estructural del país a un nivel más alto y por otra, acentuará contradicciones propias del capitalismo depen-

[38] "El Enclave Petrolero en el Ecuador", *Carta Económica*, Vol. III, No. 33, Suplemento 2/71, p. 13.

[39] *Ibid*, p. 14

diente, como son la polarización del ingreso, el desempleo tecnológico y la mala asignación de los recursos disponibles. En suma, si consideramos que el desarrollo nacional es un proceso que de ninguna manera se agota en una determinada tasa de crecimiento del PIB, tendremos que convenir que la agudización de las disparidades sociales, económicas, políticas y culturales que, seguramente, nos dejará la nueva fase de la evolución de nuestra formación social capitalista-dependiente, no implica, en términos cualitativos, ningún grado apreciable de desarrollo.

BIBLIOGRAFIA

Abad, Gonzalo, *Ecuador: Análisis de una Problemática*, Tesis lcdo. Rel. Int., México, 1970, (mimeo).

Achig, Lucas, *et al.*, *Las Migraciones Internas del Ecuador*, Quito, 1970, (mimeo).

Aguilar Monteverde, Alfonso, *Teoría y Política del Desarrollo Latinoamericano*, México, UNAM, 1969.

Albornoz, Oswaldo, *Historia de la Acción Clerical en el Ecuador*, Quito, Ed. Espejo, 1963.

Albornoz, Oswaldo, *Del Crimen de El Ejido a la Revolución Juliana*, Guayaquil, Ed. Claridad, 1969.

Albornoz, Oswaldo, *Las Luchas Indígenas en el Ecuador*, Guayaquil, Ed. Claridad, 1971.

Althusser, Louis y E. Balibar, *Para Leer El Capital*, trad. de M. Harnecker, 2a. ed., México, Ed. Siglo XXI, 1969.

Anguiano-Roch, Eugenio, "Teoría del Comercio Internacional y Países en Desarrollo", *Comercio Exterior*, México, XX, 12 y XXI, 1, 1970 y 1971.

Auzias, Jean Marie, *El Estructuralismo*, Trad. de S. González, 2a. ed., Madrid, Ed. Alianza, 1970.

Banco Central del Ecuador, *Historia de Medio Siglo*, Guayaquil, s.f.

Banco Central del Ecuador, *Memoria 1969*, Quito, s.f.

Banco Central del Ecuador, *Boletín No. 286–7*, Quito, 1951.

Baran, Paul, *La Economía Política del Crecimiento*, Trad. de Nathan Warman, 3a. ed., México, F.C.E., 1964.

Baran, Paul y P. Sweezy, *El Capital Monopolista*, Trad. de A. Ch. de Yánez, México, Ed. Siglo XXI, 1970.

Benítez Vinueza, Leopoldo, *Ecuador, Drama y Paradoja*, 1a ed., México, F.C.E., 1950.

Benítez Vinueza, Leopoldo, comp., *Precursores*, Quito, Biblioteca Ecuatoriana Mínima, 1960.

Boulding Kenneth, *Análisis Económico*, Trad. de J. Bramtot, 8a. ed., Madrid, Ed. Revista de Occidente, 1963.

Brito Figueroa, Federico, *El Derecho de Propiedad Territorial en la Epoca Colonial*, Bogotá, IICA–CIRA, 1971, (mimeo).

Burgos, Hugo, *Relaciones Interétnicas en Riobamba*, México, Instituto Indigenista Interamericano, 1970.

Cabezas, Betty, *América Latina, Una y Múltiple*, Barcelona, Ed. Herder, 1968.

Carbo, Luis Alberto, *Historia Monetaria y Cambiaria del Ecuador*, Quito, Imp. del Banco Central, 1953.

Cardoso, Fernando y E. Faletto, *Dependencia y Desarrollo en América Latina*, 2a. ed., México, Ed. Siglo XXI, 1970.

Castro, Antonio y C. Lessa, *Introducción a la Economía, Enfoque Estructuralista*, Trad. de C. Colombani, México, Ed. Siglo XXI, 1969.

CEPAL, *El Desarrollo Económico del Ecuador*, México, N.U., 1954.

Cevallos García, Gabriel, *Historia del Ecuador*, 2a. ed., Cuenca, Ed. L.N.S., 1967.

Cole, G.D.H., *Introducción a la Historia Económica, 1750–1950*, Trad. de C. Villegas, 3a. ed., México, F.C.E., 1966.

Crespo Ordónez, Roberto, *Historia del Ferrocarril del Sur*, Quito, Imprenta Nacional, 1933.

Cueva, Agustín, "Introducción a la Mitología Velasquista", *Mañana*, Quito, 191 y 192, 1967.

Cueva, Agustín, *Apuntes de Sociología Política Ecuatoriana*, Quito, s.f., (mimeo).

Cueva, Agustín, "El Ecuador y la Crisis Actual de su Cultura", *Víspera*, Montevideo, 12, 1969.

Cueva, Agustín, "La Crisis Política de los Ultimos Años", *Hora Universitaria*, Quito, 1, 1969.

Daix, Pierre, *Claves del Estructuralismo*, Trad. de Julio Vera, Buenos Aires, Ed. Calden. 1969.

Del Campo, Esteban, "Introducción al Velasquismo", *Procontra*, Quito, 1, 1971.

De La Peña, Sergio, *El Antidesarrollo de América Latina*, México, Ed. Siglo XXI, 1971.

De Velasco, Juan, *Historia del Reino de Quito*, Guayaquil, Ed. Clásicos Ariel, 5 tomos, 1971.

DESAL, *América Latina y Desarrollo Social*, Barcelona, Ed. Herder, 2 tomos, 1966.

DESAL, *Marginalidad en América Latina*, Barcelona, Ed. Herder, 1969.

Dos Santos, Theotonio, *Lucha de Clases y Dependencia en América Latina*, Medellín, Ed. La Oveja Negra, 1970.

Dillard, Dudley, *La Teoría Económica de John Maynard Keynes*, Trad. de J. Díaz, 2a. ed., Madrid, Ed. Aguilar, 1966.

Dillon, Luis Napoleón, *La Crisis Económica Financiera del Ecuador*, Ed. Artes Gráficas, 1927.

Ecuador, Ministerio de Hacienda, *Memoria al Congreso de 1833*, Quito, Imprenta del Gobierno, 1833.

Ecuador, Ministerio de Hacienda, *Exposición a las Cámaras Le-*

gislativas, 1848, Quito, Imp, del Gobierno, 1848.

Ecuador, Ministerio de Hacienda, *Exposición al Congreso de 1871,* Quito, Imp. del Gobierno, 1871.

Ecuador, Ministerio de Hacienda, *Informe al Congreso de 1887,* Quito, Imp. del Gobierno, 1887.

Frank, André G., *Capitalismo y Subdesarrollo en América Latina,* Buenos Aires, Ed. Signos, 1970.

Furtado, Celso, *Dialéctica del Desarrollo,* Trad. de B. Hopenhayn, México, F.C.E., 1965.

Furtado Celso, *Desarrollo y Subdesarrollo,* Trad. de A. O'Neill, Buenos Aires, EUDEBA, 1968.

Furtado, Celso, *Teoría y Política del Desarrollo Económico,* Trad. de F. Oliveira y M. Soler, 2a. ed., rev., México, Ed. Siglo XXI, 1969.

Furtado, Celso, *La Economía Latinoamericana desde la Conquista Ibérica hasta la Revolución Cubana,* Trad. de A. Gimpel Smith, México, Ed. Siglo XXI, 1969.

Furtado, Celso, "La Concentración del Poder Económico en Estados Unidos y sus Repercusiones en América Latina", *Comercio Exterior,* México, XIX, 8, 1969.

Garay, Héctor, "Antecedentes de los Problemas del Desarrollo Ecuatoriano", *Hora Universitaria,* Quito, 2, 1970.

García, Antonio, *Feudalismo y Capitalismo en la América Colonial Española,* Bogotá, IICA—CIRA, 1970, (mimeo).

Godelier, Maurice, *Racionalidad e Irracionalidad en Economía,* Trad. de N. Blanc, México, Ed. Siglo XXI, 1967.

Gonzalez Casanova, Pablo, *Sociología de la Explotación,* 2a. ed., México, Ed. Siglo XXI, 1970.

González Suárez, Federico, *Historia General del Ecuador,* 2a. ed., 8 tomos, Quito, Ed. Daniel Cadena, 1931.

Guzmán, Carlos y Jean-Loup Herbert, *Guatemala: Una Interpretación Histórica Social,* México, Ed. Siglo XXI, 1970.

Haberler, Gottfried, *Un Examen de la Teoría del Comercio Internacional*, Trad. de M. de Gamboa y J. Floriani, Buenos Aires, Ed. del Instituto, 1965.

Halperin Donghi, Tulio, *Historia Contemporánea de América Latina*, Madrid, Ed. Alianza, 1969.

Harnecker, Marta, *Los Conceptos Elementales del Materialismo Histórico*, 6a. ed. corregida, México, Ed. Siglo XXI, 1971.

Heiman, Hans, *Estadísticas de las Exportaciones del Ecuador, 1940–42* (con series históricas anteriores), Quito, Ministerio de Economía, 1943–45.

Hinkelammert, Franz, *Economía y Revolución*, Santiago, Ed. del Pacífico, 1967.

Hurtado, Osvaldo, *Dos Mundos Superpuestos*, 1a. ed., 2a. ed., Quito, INEDES, 1969, 1971.

Ianni, Octavio, *Imperialismo y Cultura de la Violencia en América Latina*, Trad. de C. Colombani y J. Cintra, México, Ed. Siglo XXI, 1970.

Ianni, Octavio, "La Dependencia Estructural", *Comercio Exterior*, México, XXI, 12, 1971.

Jaguaribe, Helio, A. Ferrer, M. Wionczoc y T. Dos Santos, *La Dependencia Político–Económica de América Latina*, México, Ed. Siglo XXI, 1969.

Junta Nacional de Planificación y Coordinación, *Plan General de Desarrollo Económico y Social*, Quito, 1963.

Junta Nacional de Planificación y Coordinación, *Encuesta de Hogares, 1968*, Quito, s.f.

Junta Nacional de Planificación y Coordinación, *El Desarrollo del Ecuador, 1970–73*, 5 vols., Quito, 1969.

Junta Nacional de Planificación y Coordinación, *Ecuador: Bases para una Estrategia de Desarrollo en el Contexto de la Integración Subregional*, 7 vols., Quito, 1969.

Kaplan, Marcos, *La Formación del Estado Nacional en América Latina*, Santiago, Ed. Universitaria, 1969.

Kindleberger, Charles, *Economía Internacional*, Trad. de J. Ruiz, Madrid, Aguilar, 1967.

Labrousse, Ernest, et al., *Las Estructuras y los Hombres*, Trad. de M. Sacristán, Barcelona, Ed. Ariel, 1969.

Lambert, América Latina, *Estructuras Sociales e Instituciones Políticas*, Trad. de Bordonaba, 2a. ed., Barcelona, Ed. Ariel, 1970.

Lenín, V.I., *El Imperialismo, Fase Superior del Capitalismo*, Moscú, Ed. en Lenguas Extranjeras, s.f.

Lewis, Arthur, "Desarrollo Económico con Oferta Ilimitada de Mano de Obra", *El Trimestre Económico*, XXVII, 108.

Maldonado, Raúl y Héctor Garay, *Estadísticas sobre Comercio Exterior*, Quito, s.f., (mimeo).

Mandel, Ernest, *Tratado de Economía Marxista*, Trad. de F. Diez, 2 vols., México, Ed. Era, 1969.

Mao, Tse—Tung, *Obras Escogidas*, (s.t.), 4 tomos, Pekín, Ed. en Lenguas Extranjeras, 1968.

Mariátegui, José Carlos, *7 ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana*, 9a. ed. popular, Lima, Ed. Amauta, 1970.

Marini, Ruy Mauro, *Subdesarrollo y Revolución*, México, Ed. Siglo XXI, 1966.

Marx, Carlos, *El Capital*, (trad. de W. Roces), México F.C.E., 4a. ed., 1966.

Medina Castro, Manuel, *Estados Unidos y América Latina, siglo XIX*, La Habana, Ed. Casa de las Américas, 1968.

Medina Echavarría, José, *Filosofía, Educación y Desarrollo*, México, Ed. Siglo XXI, 1967.

Meier, Gerard y Robert Baldwin, *Desarrollo Económico*, Trad. de J. Irastorza, Madrid, Ed. Aguilar, 1964.

Merk, Frederick, *La Doctrina Monroe y el Expansionismo Americano, 1843—1949*, Trad. de E. Goligorsky, Buenos Aires, Ed. Paidos, 1966.

Moreano, Alejandro, *Análisis Económico-Social, Política del Ecuador 1960-1970*, Quito (mimeo).

Muñoz, Francisco, *et. al., El Proceso Industrial en el Ecuador, 1900–1930*, Quito, Escuela de Sociología, (mimeo).

Myrdal, Gunnar, *Teoría Económica y Regiones Subdesarrolladas*, Trad. de E. Cuesta y O. Soberón, 2a. ed., México, F.C.E., 1967.

Nitsch, Manfred, "La Trampa Tecnológica y los Países en Desarrollo", *Comercio Exterior*, México, XXI, No. 9, 1971.

Nurkse, Ragnar, *Los Problemas de Formación de Capital en los Países Insuficientemente Desarrollados*, Trad. de M. Chávez, 4a. ed., México, F.C.E., 1966.

Ojeda, Lautaro, *Mecanismos y Articulaciones del Caudillismo Velasquista*, Tesis lcdo. Soc., Lovaina, 1971, (mimeo).

Orellana, Gonzalo, *Guía Comercial Geográfica*, Guayaquil, Tip. de la Escuela de Artes y Oficios, 1922.

Páez, Roberto, comp., *Cronistas Coloniales*, Quito, Biblioteca Ecuatoriana Mínima, 1960.

Pérez, Aquiles, *Las Mitas en la Real Audiencia de Quito*, Quito, Imp. del Ministerio del Tesoro, 1947.

Pinto, Joao B., *Nociones sobre Dialéctica*, Bogotá, IICA–CIRA, 1970, (mimeo).

Pinto, Joao B., *Apuntes sobre el Concepto de Estructura Social*, Bogotá, IICA–CIRA, 1970, (mimeo).

Pouillon, Jean, *et al., Problemas del Estructuralismo*, Trad. de J. Campos, G. Esteva y A. de Ezcurdia, 3a. ed., México, Ed. Siglo XXI, 1969.

Poulantzas, Nicos, *Clases Sociales y Poder Político en el Estado Capitalista*, Trad. de F. Torner, México, Ed. Siglo XXI, 1969.

Prebisch, Raúl, *Nueva Política Comercial para el Desarrollo*, 2a. ed., México, F.C.E., 1966.

Quevedo, Belisario, *Texto de Historia Patria*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1959.

Reyes, Oscar Efrén, *Historia de la República*, Quito, Imp. Nacio-

nal, 1931.

Reyes, Oscar Efrén, Breve *Historia General del Ecuador*, 8a. ed., Quito, Ed. F.J. Ricke, 1967.

Riesman, David, *et al.*, *La Muchedumbre Solitaria*, Trad. de N. Rosemblat, 2a. ed., Buenos Aires, Ed. Paidos, 1968.

Robalino, César, *El Desarrollo Económico del Ecuador*, Quito, Junta de Planificación, s.f.

Robalino, Luis, *García Moreno*, Quito, Talleres Gráficos Nacionales, 1944.

Robalino, Luis, *Diez años de Civilismo*, Puebla, Ed. Cajica, 1968.

Robinson, Joan, *Ensayos sobre Análisis Económico*, Trad. de M. Chávez, México, F.C.E., 1964.

Robinson, Joan, *El fracaso de la Economía Liberal*, Trad. de A. de Yánez, México, Ed. Siglo XXI, 1968.

Rojas, Angel, *La Novela Ecuatoriana*, México, F.C.E., 1948.

Roll, Eric, *Historia de las Doctrinas Económicas*, Trad. de Florentino M. Torner, 7a. ed., México, F.C.E., 1971.

Rostow, Walt, *Las Etapas del Crecimiento Económico, un Manifiesto no Comunista*, Trad. de R. Pimentel, 4a. ed., México, F.C.E., 1967.

Salgado, Germánico, *El Ecuador y la Integración Subregional*, Quito, UNTAL, 1969, (mimeo).

Samuelson, Paul, *Fundamentos del Análisis Económico*, Trad. de V. Bagic, Buenos Aires, Ed. El Ateneo, 1957.

Schumpeter, Joseph, *Ciencia e Ideología*, (s.t.), Buenos Aires, EUDEBA, 1968.

Servan–Schreiber, Jean–Jacques, *El Desafío Americano*, Trad. de J. Ferrer, Barcelona, Ed. Plaza y Janés, 1970.

Smith, Adam, *Investigación sobre la Naturaleza y Causas de la Riqueza de las Naciones*, Trad. y estudio preliminar de G. Franco, México, F.C.E., 1958.

Stavenhagen, Rodolfo, *Las Clases Sociales en las Sociedades A-*

grarias, México, Ed. Siglo XXI, 1970.

Stein, Stanley y Bárbara, *La Herencia Colonial de América Latina,* Trad. de A. Sicona, México, Ed. Siglo XXI, 1970.

Sunkel, Oswaldo y Pedro Paz, *El Subdesarrollo Latinoamericano y la Teoría del Desarrollo,* México, Ed. Siglo XXI, 1970.

Tirado, Alvaro, "La Tierra en Colombia", *U.N.,* Bogotá, 7, 1970.

Toscano, Humberto, comp. *El Ecuador visto por los Extranjeros,* Quito, Biblioteca Ecuatoriana Mínima, 1960.

Toynbee, Arnold, *Estudio de la Historia Compendio de D.C. Somerwell,* Trad. de J. Grasset, tres tomos, Madrid, Ed. Alianza, 1970.

Vargas, José María, *La Economía Política del Ecuador durante la Colonia,* Quito, Ed. Universitaria, 1957.

Vásconez, Eduardo, *Resumen Estadístico del Comercio Exterior de la República del Ecuador en la década 1911—1920,* Quito, Imp. Nacional, 1923.

Vicens, Vives, Jaime, *Coyuntura Económica y Reformismo Burgués,* Barcelona, Ed. Ariel, 1969.

Weber, Max, *Economía y Sociedad,* Trad. de J.M. Echevarría y otros, 2a. ed., México, F.C.E., 1964.

PUBLICACIONES PERIODICAS

Carta Económica, Quito, III, 4, 22—I—1971
Quito, III, 53, supl. 2/71, 31—XII—1971.

Hechos Mundiales, Santiago, 43, 1971.

Este libro se terminó de imprimir en los talleres de Artes Gráficas "Señal", Vargas 1208, Quito, Ecuador, el día 20 de marzo de 1981. Para las páginas interiores se utilizó papel bond miméografo de 75 gr. y para la cubierta cartulina kromekote de 210 gr. La fotomecánica de color la realizó el señor Jaime Quintero; la de línea el señor José Vaca; el montaje estuvo al cuidado del señor Edmundo Brito; la impresión, al cuidado de los señores Germán Alvarez y Bolívar Haro.